

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL PULPO

por
PAUL ANDREOTA



Candice Strasberg, una joven estudiante norteamericana en vacaciones, es encontrada muerta en las landas de Provenza, Francia. De inmediato, la pesquisa desplegará sus tentáculos en todas las direcciones y en todos los medios. Atrevidas hipótesis y personalidades diversas serán arrojadas como pasto a un público ávido, insaciable y cruel. El Pulpo es, además de una historia verídica, un relato de apasionante actualidad.

OceanofPDF.com



Paul Andreota

El pulpo

El séptimo círculo - 246

ePub r1.0

Café mañanero 25-08-2022

OceanofPDF.com

Título original: *La pieuvre*
Paul Andreota, 1972
Traducción: Raquel D. R. de Albornoz
Portada, José Bonomi
Rige bajo normantiva RAE 2010

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 2022
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

EL PULPO

Paul Andreota

OceanofPDF.com

*«Una vida no vale nada,
pero nada vale tanto como una vida».*

André Malraux,

OceanofPDF.com

Es verdaderamente asombroso que, en nuestra sociedad, la importancia de la vida humana sea inversamente proporcional al número de víctimas que provoca un desastre. Desde el 2 de setiembre de 1939, hay siempre una guerra que se desarrolla en algún lugar de nuestro planeta. Día tras día, mueren millares de hombres, y a veces mujeres y niños también: como individuos, no interesan a nadie. Luego vienen las hecatombes de la ruta, con centenares de cadáveres destrozados que no tienen más que importancia estadística para nosotros, y cuya renovación periódica termina por cansarnos. Con el accidente de aviación o de ferrocarril, un resplandor de interés ilumina nuestra mirada. Esta vez sí, nuestro periódico, que no es sino el reflejo de nosotros mismos, publica los nombres y un breve comentario sobre la personalidad de las víctimas. Si la catástrofe es más modesta, si se trata, por ejemplo, de un accidente de montaña, el círculo del reflector se concentra un poco más. La fotografía de los cuatro o cinco miembros de la expedición que se precipitó en el Cervin, el relato de lo que fue su existencia, las circunstancias de su trágico fin, se brindan a nuestra meditación por un espacio de cuarenta y ocho horas. Consideremos, por último, la muerte aislada. Entonces todo cambia súbitamente. Si un caminante descubre una noche, entre las malezas, el cadáver calcinado de un hombre o de una mujer, de inmediato algo formidable se pone en marcha en el país. La Pesquisa arranca. Durante semanas, meses, a veces años, ella ocupará el primer puesto entre las noticias. Costará sumas fabulosas. Movilizará la capacidad profesional de una cantidad de magistrados, policías, gendarmes, periodistas. Trastornará la vida de decenas de testigos. Extenderá sus tentáculos en todas direcciones, en todos los ambientes. Las hipótesis más audaces saldrán a luz, las personalidades más diversas serán pasto de la insaciable y sádica curiosidad del público. Este exigirá ser informado, hora por hora, acerca de su marcha; si la verdad tarda en descubrirse, un viento de rebelión comenzará a soplar,

levantando oleadas de indignación. Se diría que el hombre de hoy, perfectamente insensible a la muerte en masa, no puede aceptar la desaparición de un miembro aislado de la comunidad, por más que haya sido un bribón, un expresidiario o una prostituta.

Y sin embargo, el muerto anónimo, el de las rutas y el de las guerras, está más cerca de nosotros. Es otro, ciertamente, otro cualquiera, pero mañana, de pronto, nosotros podemos ser ese otro. Falta muy poco para que eso ocurra. La muerte nos acecha en cada cruce de caminos y bien sabemos que, si la vida es peligrosa, el mundo moderno agrega al peligro la crueldad de lo imponderable y la estupidez de lo casual. A la inversa, los ajustes de cuentas, los crímenes pasionales o crapulosos están probablemente excluidos de nuestro destino. Esta víctima, que ponemos tanto ardor en querer vengar, no nos concierne en nada. Entonces, ¿por qué esa pasión, por qué ese fanatismo? ¿Es un resto de esa vieja exigencia de Justicia que dormita en el corazón de todo hombre civilizado? Los crímenes en serie tienen también sus culpables, pero su identificación no nos interesa, así como su castigo tampoco nos conmueve. ¿Es la curiosidad exasperada, la fiebre del aficionado a los enigmas lo que tiene al lector de novela policial despierto en su lecho hasta las primeras horas del alba? ¿Es un gusto desmedido por el escándalo o la secreta esperanza de que la información de prensa no diga todo, que haya cosas que no se atreven a publicar, formidables secretos, revelaciones pasmosas cuya sospecha es, por sí sola, un gozo para el espíritu?

Sin embargo, mientras millones de hombres vibran con deleite a cada nueva resonancia de la Pesquisa, algunos ven su existencia convulsionada y hasta amenazada por ella. Víctimas inocentes de sus tanteos, de sus errores, helos aquí, de la noche a la mañana, librados sin defensa a una opinión tan pronta a sospechar de ellos sin pruebas como a fustigarlos por diversión. ¿Y cómo podría ser de otro modo, puesto que, entre ellos, un día u otro se encontrará al culpable?

1 - EL FLAGRANTE DELITO

OceanofPDF.com

I

Hacía varios años —en realidad esto venía desde mucho antes de su casamiento—, que Nicole Laplace soñaba con conocer Baux-de-Provence. Era, para ella, un lugar mágico, del que poco sabía, del que ni siquiera había visto nunca una foto, pero que la atraía irresistiblemente. Había algo más, en esta atracción, que simple curiosidad o el placer anticipado de visitar un sitio distinguido; algún oscuro pensamiento, en el fondo de su subconsciente, le daba la sensación de una cita misteriosa, la necesidad de volver a un lugar donde había vivido alguna vez, vestida de suaves encajes, con un capirote lleno de cintas en la cabeza, como otra Nicole del siglo xv. Quizás el origen de este sueño era la expresión *corte de amor*. Nicole había leído en un libro de arqueología la historia del castillo, ahora en ruinas. Para ser invitadas al castillo, decía el libro, las damas debían ser *de noble cuna, de hablar gracioso y de físico amable* (lo cual era su caso, dejando la cuna aparte). Los trovadores de las provincias meridionales acudían a estas citas. Había entonces, en las cálidas noches provenzales, orgías de poesía, fiestas, galanteos. Los atavíos más suntuosos, las delicadas músicas de los violones, las coronas de plumas de pavo real destinadas a recompensar al vencedor, desempeñaban su papel en este sueño de vigilia, pero también los desbordes del alma, los desarreglos del cuerpo y hasta los refinamientos más sutiles de la crueldad. Nicole se sorprendía a veces a sí misma identificándose con la princesa Alix, cuyo marido, habiéndola sorprendido en su lecho en compañía de un joven trovador, le había hecho servir a la mesa, preparado como un manjar selecto, el corazón de su amante.

En varias ocasiones, Claude le había prometido llevarla: la oportunidad no se había presentado nunca. Pero he aquí que, en ese mes de agosto de 1965, la joven pareja (él tenía treinta y cinco años, ella veintinueve), volvía

de España, donde había pasado sus vacaciones. Cruzaron la frontera en Perthus, el 16 de agosto, a las 18. Era un sábado. Se detuvieron en Perpignan para tomar un café y entonces se les ocurrió: en realidad, Claude no tenía necesidad de estar en su escritorio hasta el martes por la mañana. Nada les impedía hacer una etapa en Baux, pasar allí el domingo y retomar el camino de París el lunes temprano.

Claude Laplace había tenido primero la intención de bajar hasta Baumanière, así la fiesta, para Nicole, hubiese sido completa. Situado al pie de las estribaciones sobre las cuales se erige el castillo, el Hotel de Baumanière es uno de los más lujosos de Francia. Pero ya habían gastado en la Costa Brava más de lo previsto y se alojaron en el *Reina Juana*, peor situado y cuya mesa no tenía tanta reputación. Sin embargo, allí les sirvieron una excelente comida.

El domingo por la mañana, Nicole fue la primera en abrir los postigos. El día se anunciaba tórrido. Se pusieron en marcha inmediatamente después del desayuno.

Se dirigieron a pie hacia el pueblo, que distaba un kilómetro del hotel. Mientras recorrían el valle, podían ver por encima de ellos, a la izquierda, el decorado fantástico de Baux, un vasto círculo de acantilados recortados contra el firmamento, erguidos bajo el sol implacable. Arriba, en la cima, las ruinas del castillo a tal punto se confundían con los desmoronamientos de rocas, que había que mirar muy atentamente para distinguir lo que pertenecía a la naturaleza de lo que pertenecía a la Historia. Cuando comenzaron a trepar, atravesando la aldea apacible que los vehículos de los turistas no habían invadido aún, Nicole iba muy concentrada.

A la una de la tarde, se detuvieron un poco para tomar aliento. No habían cesado de desplazarse rápidamente entre las rocosidades o las piedras talladas, Nicole tomando siempre la delantera, para un lado o para otro, como un cabrito, y Claude obligado a veces a apurar el paso para alcanzarla. Juntos llegaron a lo alto del torreón, por una escalera cortada a pique de escalones gastados, con una balaustrada de hierro roída por la herrumbre, que conducía a la terraza superior. Juntos habían llegado a lo alto de una torre desde donde habían admirado largamente el panorama que se extendía más allá de los llanos de Crau, hasta Camargue, y Nicole hasta

había afirmado que lejos, muy lejos, podía ver el mar. Habían escalado, bajado, vuelto a subir, esperándose en los pasos difíciles para tomarse de la mano. Habían corrido por los espacios tapizados de hierba, o en medio de arbustos enanos y plantas aromáticas. Habían soñado a la sombra fresca de los salones abovedados, o de lo que quedaba de ellos. Señalando las acequias de mármol que corrían a lo largo de las paredes, Nicole había hecho la observación de que ya entonces «tenían agua corriente». Ella podía imaginar sin esfuerzo los muros todavía en pie, las explanadas invadidas por una multitud de pajes y señores, los aposentos resonantes de risas y de suspiros amorosos. Todo se lo podía imaginar, mucho más que Claude, que empezaba a tener hambre.

Compraron sándwiches y dos botellas de cerveza en una tiendita que se encontraba abajo, al lado de la capilla. Compraron también una guía y la leyeron mientras comían, sentados a la sombra, sobre una piedra de gran dimensión. Al estudiar el mapa de la guía, Nicole vio que novecientos metros más o menos hacia el norte, se encontraba un lugar llamado Val d'Enfer (Valle del Infierno). De inmediato afirmó que de ningún modo podían perderse eso, que vendría a completar de manera perfecta el paseo de ese día. Claude hubiera preferido dormir la siesta, pero Nicole consultó al vendedor de sándwiches; este les aseguró que una horita bastaba, entre ida y vuelta, para visitar el Val d'Enfer por un sendero muy pintoresco; Nicole prometió irse a dormir al hotel apenas volvieran, y ambos se internaron por el sendero.

Si el Val d'Enfer fue bautizado con ese nombre romántico se debe a que, terminado el sendero que serpentea al costado este de la garganta, ofrece de pronto un espectáculo sorprendente. En ese lugar, el caos de los desmoronamientos no se atempera con ninguna ruina que atestigüe una presencia humana. El paisaje entero, árido, desolado, parece un lugar maldito, abandonado de Dios, y el canto áspero de las cigarras, repetido entre los paredones de la angostura, alcanza una estridencia casi insoportable. Nicole experimentó una sensación de angustia. «Era algo físico, explicaría más tarde, tenía apuro por alejarme de ese lugar». Esta vez fue ella quien se quedó sentada en una peña mientras Claude trataba de abrirse paso hacia el fondo de la garganta, saltando sobre las rocas, unas

tras otras. Tuvo miedo de que se torciera un pie, y cuando lo oyó gritar, se levantó. «¡Ahora sí que estamos arreglados!» —exclamó afligida.

Pero Claude no se había torcido un pie. Simplemente se había encontrado cara a cara —en una pequeña extensión de hierba que formaba como un claro en medio de las rocas, y al pie de un arbusto que, pensó, debía de ser un olivo (en realidad era un almendro), en un lugar que, al fin de cuentas, parecía un oasis de dulzura en medio de esas masas revueltas—, con un cadáver.

Oyó que Nicole gritaba, hacía preguntas inquietas y se apuró a responder, esforzando él también su voz, que no, que todo iba bien. Miraba fascinado eso, una chica que parecía dormir si no hubiera sido por las marcas de descomposición que ya aparecían. Tenía la cabeza de lado, cortos cabellos castaños, un rostro que parecía bonito; tal vez un poco gorda, pensó él, porque no había visto nunca un cadáver e ignoraba que los gases de la putrefacción hinchaban las carnes. Los brazos tendidos en el suelo, ligeramente apartados del cuerpo y su falda levantada, casi hasta el pubis. Las moscas le volaban alrededor de la cara; un surco negro, irregular, se veía en torno al cuello. Al costado del cuerpo, a dos metros más o menos, había una mochila. «Todo parecía una broma —diría Claude más tarde—, ese nombre, Val d’Enfer, ese decorado siniestro, el sol, las cigarras enloquecidas, y de pronto, ese cadáver». Lentamente dio media vuelta y se dirigió hacia el lugar donde había quedado Nicole.

A las 14 y 10, es decir, aproximadamente una hora antes, en la ruta N.º 99, cerca de Plan d’Orgon, se había producido un accidente de tránsito. Después de haber efectuado las comprobaciones de costumbre y evacuado los heridos, el sargento Maizerac, jefe de la brigada de Saint-Rémy-de-Provence, había vuelto a subir al patrullero; apenas llevaba hechos dos kilómetros, cuando la chicharra de la radio empezó a sonar.

—Escucho.

—Acabo de recibir un llamado desde el café *Tres Olmos*, en Baux, mi sargento. Un caminante descubrió el cuerpo de una mujer muerta en el Valle del Infierno.

—Está bien —dijo Maizerac—. Vamos allí directamente. Justamente nos queda de paso.

Se preparaba a colgar el micrófono, pero cambió de idea.

—¿Joven o vieja la mujer?

—Joven. Probablemente estrangulada, si entendí bien.

—Entonces eso cambia todo. ¿Calmette habla?

—Sí, mi sargento.

—Telefonee inmediatamente a Tarascón. Trate de encontrar al fiscal... Un domingo no es muy probable. En fin, intente de todos modos... Después, avise a la Compañía. Comuníqueme al jefe Lavergne que me dirijo al lugar del hecho.

Colgó y miró la ruta, pensativo. Su chofer, el gendarme Vincent, no decía nada. Al cabo de un momento, Maizerac comentó:

—¿Cómo diablos pueden saber que fue estrangulada?

—Tal vez haya un doctor.

—Tiene que ser. Ya veremos. —Consultó su reloj—. Estaremos allí dentro de veinte minutos.

El sargento Maizerac tenía cuarenta años. De baja estatura, nudoso y seco, cuello grueso, dos profundas arrugas en la nuca, una boca que rara vez sonreía, coronada por un bigote tupido, era un tipo casi puro de su Béarn natal, cuyo acento había conservado. Después de haber trepado por los montículos rocosos con una agilidad sorprendente para un hombre de su edad, lo primero que observó fue la falda levantada hasta la altura de los muslos, y el primer pensamiento que se le impuso fue el de la violación. Alzó con delicadeza el borde de la falda y comprobó que la víctima no llevaba slip, lo que confirmó su sospecha. El slip debía de estar sin duda por algún lado. Se enderezó y, con la vista en el suelo, describió lentamente, alrededor del cadáver, un círculo cada vez más amplio, pero no encontró ni el menor indicio del slip. Está bien, pensó, haremos un rastrillaje en un vasto perímetro. Se dijo que necesitaría hombres, muchos más hombres, en un sitio semejante donde cada anfractuosidad era un escondite, que si fuera en llanura o en bosque. Tal vez se podría solicitar el concurso de los aviadores de Salon, pensó, en tanto regresaba junto al cuerpo para examinarlo más en detalle.

El surco de estrangulación era bien visible, en efecto, y no dejaba ninguna duda acerca de las causas de la muerte. Además el rostro de la joven presentaba una marca de golpe en el temporal izquierdo y otra en la punta de la cabeza. Tres largos collares de fantasía entremezclaban sus cadenitas doradas hasta la altura del ombligo. La blusa, muy escotada, parecía en su parte superior una camisa de hombre, con mangas recogidas, pero se terminaba a la manera de una casulla bastante larga, que recubría la cintura de la falda. Un ancho cinturón de cuero, de tipo militar, muy suelto alrededor del talle. El conjunto era de colores abigarrados, que iban desde el naranja hasta el castaño claro (escribió más tarde en su informe) y los pies estaban calzados con sandalias de cuero con tiritas.

El sargento Maizerac se enderezó y se aproximó al bolso tirolés. Las cosas, en su interior, estaban bastante cuidadosamente ordenadas; las retiró con precaución una a una, colocándolas en el suelo al lado de él. Una campera de gamuza con faldones desflecados. Una servilleta. Una camisa de *cowboy*. Objetos de tocador. Material de cocina, calentador de gas, pequeña escudilla. Un mapa. Un cuaderno de tipo escolar. (No había slip para mudarse, registró su cerebro). Tuvo que llegar hasta el fondo para encontrar lo que buscaba: documentos de identidad.

Era un pasaporte de nacionalidad norteamericana. Maizerac lo hojeó lentamente, dando vuelta las páginas una a una con ayuda de su pulgar. El nombre indicado era Candice Strasberg, la edad veintidós años, el domicilio Greenwich Street 531, San Francisco, California. A continuación venían varias páginas cubiertas de visas. La más reciente, la de la entrada en Francia, provenía de El Havre y databa del 11 de julio. La mirada de Maizerac se demoró en la fotografía. Aunque no hubiese duda posible, había una diferencia entre el rostro de la muerta y el del pasaporte. En primer lugar, la fotografía era de varios años atrás. El pelo era más largo y suelto, peinado a lo Juana de Arco, con un flequillo hasta las cejas, y los rasgos más infantiles. Pero, sobre todo, la muerte había extinguido para siempre el apetito de su mirada, esa sonrisa confiada donde los dientes aparecían extraordinariamente blancos, por contraste con la piel bronceada. Una pobre chica, pensó Maizerac cerrando el pasaporte.

Prosiguió luego el registro, interesándose esta vez en el contenido de los dos profundos bolsillos del costado. Lo que buscaba era dinero, una billetera, un portafolio, cheques de viajero. Pero no halló ni rastros de todo eso, y echó una ojeada al cuerpo para verificar que sus ropas no tenían bolsillos, lo que ya sabía, por otra parte. La palabra robo vino entonces a superponerse en su espíritu a la palabra violación, y guardó todas las cosas en el interior de la mochila, esforzándose por encontrar un lugar para cada una. Maizerac se dijo que todo iba a resultar endiabladamente más complicado de lo que parecía a primera vista. No tenía ninguna razón particular para pensarlo; era simple intuición. En ese momento, oyó voces del lado del sendero; trepó a una piedra y vio un grupo que se aproximaba. Reconoció al fiscal Delarue y avanzó a su encuentro para ayudarlo a escalar las rocas.

En París, la noticia cayó sobre los teletipos a las 18. Tres líneas solamente, una noticia suelta aparentemente insignificante, pero, sin necesidad de consultarse, todos los redactores jefes, o en función de tales, de todos los diarios de la capital, arrancaron de un tirón la banda de papel que brotaba de la máquina. En ese instante, ya sabían todos que ese hecho iba a aparecer en la primera página. Una chica de veintidós años, probablemente linda, una joven turista norteamericana que vagaba a través de Francia y era hallada asesinada en el Midi, y eso cuando el crimen de Lurs —y todo el alboroto que se había hecho con ese motivo— estaba aún presente en todas las memorias, era una verdadera ganga, sobre todo en un 17 de agosto, cuando no hay gran cosa que destacar.

Durante las dos horas que siguieron, las señales luminosas se prendieron en los tableros de las telefonistas, que eran sacadas de su somnolencia por voces excitadas. Los corresponsales locales no tenían tiempo de llegar al lugar del hecho antes del cierre de la primera edición; la brigada de Saint-Rémy no podía informar gran cosa; pero el menor informe era bueno para ser explotado, ya que la literatura se encargaría del resto. Al principio, ella era indispensable. Proporcionaba de entrada un título sensacional: LA MUERTA DEL VALLE DEL INFIERNO. Los redactores, arrancados a la *dolce vita*

del último día de ese largo fin de semana, dejaban correr su pluma sobre el papel. *El lugar donde la fatalidad tomó el rostro del diablo tiene un nombre predestinado: Valle del Infierno...* escribía uno. Otro se explayaba sobre las breñas, las plantas aromáticas y las cigarras, *cuya música intensa, apenas soportable, había acompañado el atroz final de la joven estudiante norteamericana.* Un tercero recordaba que era *precisamente ese lugar, en ese caos de piedras que rodean senderos apenas trazados, al pie de los acantilados cretáceos, el que Mistral había elegido para hacer morir a Mireille.* Se confundía a sabiendas, con Saintes-Maries-de-la-Mer, que distan de Baux unos diecisiete kilómetros, a vuelo de pájaro, pero ¿quién iba a pensar en corregir el error? Además, había que cubrir a toda costa las cinco cuartillas.

A la hora en que las primeras ediciones de los diarios de París llegaban a la provincia, trescientos sesenta militares acantonados en la base de Salon —correspondían al efectivo de tres compañías— eran llevados en camiones al lugar del crimen. El jefe de escuadrón Campanez, que comandaba el Grupo, había tomado a su cargo la operación rastrillo. Además de los aviadores de Salon, había hecho venir dos compañías de C. R. S^[1], acantonadas en Aix y tres perros de policía, Rid, Istar y Styx, acompañados por sus respectivos adiestradores. Apostado al costado del sendero, con un mapa de estado-mayor desplegado por delante, sobre una roca, el jefe Campanez daba sus instrucciones a los oficiales y suboficiales reunidos en círculo. Se expresaba de un modo preciso, casi afectado; este rasgo, junto con su manera arrogante de pararse, lo asemejaban más a un oficial de caballería que al oficial de gendarmería eficaz y concienzudo, riguroso hasta el perfeccionismo, que en realidad era. Más tarde reconoció que nada lo obligaba a tomar, desde el comienzo, una parte tan activa en el asunto. «Mis subordinados tenían toda la competencia requerida para hacer el trabajo». Pero él preveía —y en eso tenía razón—, que la prensa iba a dar un relieve particular a este asesinato de una turista extranjera: el recuerdo de Lurs, decididamente, pesaba de igual modo sobre todos. Además, la nacionalidad norteamericana de la víctima le hacía pensar, en una forma muy vaga, que

un día u otro Washington le pediría cuentas a París, y muy precisas cuentas, por ese crimen. Por todas esas razones, se había tomado a pecho la tarea de cuidar personalmente de que no se cometiera ninguna omisión, ni el más ínfimo descuido.

El sol acababa de emerger por encima de la Caume, esa montaña redondeada que domina el macizo de los Alpillles, y todo el valle empezaba a recalentarse, cuando el dispositivo se puso en marcha. Nada ocurrió hasta las 10 y 20, momento en que el cadete de aviación Lamoureux vino a informar a un sargento que había recogido, más allá del camino, a unos doscientos metros del lugar del crimen, una especie de herramienta en forma de punta de lanza que identificó inmediatamente como la punta de un arpón de caza submarina. El metal limpio y pulido, la punta sin gastar, permitían pensar que el aparato no había sido utilizado nunca. Poco después de las 14, el gendarme Delpêche recogió a su vez un bastón de madera de almendro de sesenta centímetros de largo por cinco de diámetro aproximadamente, una de cuyas extremidades había sido tallada a cuchillo con mucho esmero; se veían en él unas manchas negruzcas que podían ser de sangre, pero que también podían ser de cualquier otra cosa. (El laboratorio estableció que era realmente sangre, pero en cantidad demasiado ínfima para determinar si se trataba de sangre humana o de animal; un experto precisó, por otra parte, que el bastón había sido cortado entre los ocho y doce días que precedieron al asesinato).

Mientras los hombres, agotados por el calor, continuaban sus búsquedas, doblados en dos, avanzando a pasitos bajo un sol cada vez más agobiante a medida que pasaban las horas, el sargento Maizerac retomaba, por tercera vez, el interrogatorio de Claude y Nicole Laplace. A pesar de sus protestas habían quedado a disposición de la gendarmería, por lo menos hasta última hora del lunes; estarían libres para viajar de noche, de regreso a París.

Se asombraba el sargento de que Claude Laplace, entre la multitud de direcciones que hubiera podido elegir entre los peñascos, hubiese elegido justamente la senda que conducía directamente al cadáver. Así había sido, y eso era todo, era la única respuesta que Claude podía dar. Sí, su mujer, fatigada, se había quedado a la vera del sendero. ¿Acaso él no se sentía

cansado? Lo estaba, pero al ver los amontonamientos de rocas, había sentido el impulso súbito —capricho de niño— de trepar y saltar de una a otra. ¿Podían detallar sus actividades de los días precedentes? Naturalmente que sí. Habían salido de la pensión de Calella de Palafrugell el 16 de mañana. En realidad, de mañana, en España, significa las 11. Habían pasado la frontera al caer la tarde. Mientras respondía, Claude pensaba que «la próxima vez que encontrara un cadáver, se guardaría muy bien de informar a quienquiera que fuese».

A las 16, el jefe de escuadrón Campanez dio orden de suspender el rastrillaje. Este se había realizado durante siete horas, y más de tres mil hectáreas de breñales habían sido registradas, sin resultado apreciable. En tanto los hombres se amontonaban lentamente en los camiones, los oficiales subían a dos automóviles y tomaban el camino de Tarascón.

Precisamente allí, en el viejo Palacio de Justicia que ocupa el ángulo norte del edificio de la Municipalidad, muy cerca del castillo cuya austera fachada se refleja, desde hace cuatro siglos, en las aguas rápidas del Ródano, el juez Souffries había recibido, a las 16:30, la comunicación del resultado de la autopsia. Esta confirmaba la muerte por estrangulación, ya que los golpes en la cabeza *eran superficiales y sin gravedad*. El informe calculaba la fecha de la muerte el 15 o 16 de agosto, sin aportar ninguna otra precisión sobre ese punto, y terminaba por esta comprobación: que el *estado de descomposición del cuerpo y más particularmente de las partes sexuales, debido al fuerte calor, no permitía establecer si había habido violación o no*.

Gérard Souffries había sido nombrado en Tarascón dos años antes; era su segundo destino. Tenía cuarenta y dos años y era oriundo del Norte, de Lille para ser más precisos. Alto, de manos grandes, el pelo cortado como cepillo, se paraba siempre un poco encorvado y su miopía lo obligaba a llevar anteojos de gruesos vidrios. Si el fiscal Delarue lo había elegido, sin vacilación, para instruir el sumario del caso Strasberg era, sin duda, porque en todos los asuntos de los que se había ocupado, su sentido común, su rectitud intelectual, la inagotable capacidad de trabajo que había heredado de sus antepasados flamencos, habían dado siempre los mejores resultados. Pero había una razón suplementaria, una razón personal. El joven juez era

casado y padre de una niña de dieciocho años, inclinada al modelo de vida beatnik, que adoptaba actitudes de independencia y se paseaba en Aix, donde estudiaba, con atuendos estrafalarios. La primera vez que vio el cadáver, en el Val d'Enfer, el juez Souffries se había sentido «conmovido hasta la médula». «He visto muchas cosas tristes en mi vida, pero nada más doloroso que el espectáculo de esta jovencita, apenas salida de la infancia, cruelmente arrebatada en plena juventud».

A las 18, el pequeño escritorio que ocupaba en el segundo piso del edificio fue invadido por un grupo de hombres nerviosos que hablaban todos a la vez. Se encontraban allí el fiscal Delarue, apoyado en su bastón, como era su costumbre, el jefe Campanez, el comandante Lavergne, el sargento Maizerac, el teniente coronel Bruard, jefe de la Brigada de Investigaciones de Aix-en-Provence, a los que se agregó, un poco más tarde, el comisario Bonetti, que llegaba de Marsella en automóvil.

Traía una información de importancia capital, en realidad, la primera información seria que se obtuviera sobre este asunto. Durante el curso de la mañana, el S. R. P. J^[2] de Marsella había logrado establecer una conexión radiotelefónica con el paquebote *France* que se encontraba en alta mar, a la altura de 41 946 de latitud Norte y 50 924 de longitud Oeste. El *France* había fondeado en efecto en El Havre la noche del 10 de julio, desembarcando a la mañana un contingente de turistas norteamericanos, y el capitán confirmó que el nombre de Candice Strasberg figuraba en la lista de pasajeros. Aparte de eso, él particularmente no sabía nada preciso, pero el comisario de a bordo se acordaba muy bien de la joven. En su declaración expresó que «era una chica muy alegre, vivaz y jovial, que ponía mucha animación entre los pasajeros». No llevaba mucho dinero encima, pero poseía su pasaje de vuelta en una línea holandesa (no se había encontrado ningún pasaje de regreso entre las pertenencias de la occisa). Esta había anunciado su intención de visitar Francia haciendo *auto-stop* y con el menor gasto posible. «Usted sabe —dijo el comisario—, uno de tantos jóvenes que parten un poco a la ventura; son chicos simpáticos, y en cualquier otro país aparte del nuestro, famoso por su falta de hospitalidad, la gente no vacila en invitarlos a su casa».

Una cosa resultaba bien clara. Desde el 11 de julio al 16 de agosto, Candice había podido recorrer tranquilamente toda Francia sin dejar huellas. Quizá, de vez en cuando, había pasado la noche en algún hotel y en tal caso el registro de los residenciales podría aportar indicaciones útiles. Pero, tal como lo hizo notar el comisario, ella también podía haber sido albergada por amigos circunstanciales, o por relaciones cuya dirección poseía ya antes de partir. O tal vez otra cosa: existía, agregó, una especie de red más o menos clandestina que cubría todo el país. Había albergues para estos jóvenes vagabundos, departamentos o casas estaban a su disposición; llegaban, dormían, volvían a partir sin tener nada que pagar ni la obligación de revelar su identidad. Bonetti había leído un estudio sobre este tema, en la primavera pasada, en la revista de la policía (el artículo alertaba a los policías, subrayando que esos jóvenes no eran forzosamente delincuentes, y que había entre ellos muchachos y chicas de muy buena familia). En conclusión, sugería que se hiciera poner un aviso en la prensa pidiendo a todos los automovilistas que habían llevado a la víctima a bordo de sus vehículos, que se pusieran en comunicación con la policía o la gendarmería. El fiscal Delarue aprobó tal iniciativa, agregando que convenía igualmente publicar la fotografía del pasaporte y hacerla pasar por el noticioso de la televisión.

Poco a poco el trabajo se iba organizando, las tareas se repartían. La policía se encargaría de estudiar la personalidad y las coartadas de todos los que, en un momento u otro, habían estado en contacto con la víctima. Por su lado, la gendarmería trataría de reconstruir su itinerario en Francia, alertando a todas sus brigadas alrededor del eje *El Havre-París-Costa Azul* y enviando una circular a los trescientos setenta y ocho albergues para la juventud de Francia. Durante ese tiempo, la Brigada de Investigaciones estudiaría detenidamente todos los hechos delictuosos ocurridos en la región en el momento del homicidio —asaltos, robos de bicicletas o autos, delitos diversos—, y la brigada de Saint-Rémy cotejaría los informes referentes a la presencia de la joven en Baux o en sus alrededores, con los de los sospechosos: no se excluía la posibilidad de que se tratara del crimen de un vagabundo. Maizerac no había esperado que le dieran esta orden. Ya desde esa mañana el patrullero de la Brigada recorría hasta el último

camino, deteniéndose en cada café, hotel, restaurante. Se detenía, se iba, volvía a detenerse. Los gendarmes Calmette y Vincent interrogaban a los dueños de comercios de artículos alimenticios, a los obreros de talleres, a los conductores de ómnibus, a los pastores, campesinos, guardias rurales, peones camineros... era solo el comienzo de una fastidiosa investigación casa por casa cuya zona iría ampliándose y que duraría meses.

Cuando, a las 21 y 15 los visitantes se fueron de su escritorio, el juez Souffries experimentó una impresión de satisfacción personal. Todos los peones estaban ubicados, en su opinión, para la vasta partida que iba a jugarse. Gérard Souffries no era particularmente ambicioso, pero no podía descartar el pensamiento de que un asunto semejante podía tener una feliz incidencia en su carrera. Muy lejos estaba de sospechar en ese momento, que este asunto, por el contrario, iba a comprometer seriamente su ascenso, impidiéndole, por un tiempo indeterminado, toda esperanza de dejar su pequeño despacho del segundo piso en el Palacio de Justicia de la vieja ciudad de Tarascón.

La mayor parte de los sillones estaban cubiertos de fundas y la alfombra persa había sido arrollada y el rollo atado con piolas, en el vasto *living-room*. Laurent Kirschner detestaba vivir en ese decorado lúgubre de un departamento abandonado durante el verano. Pero lo mismo ocurría todos los años: cada vez que su mujer y sus dos hijos se iban a la playa en julio, las ocho piezas cuyas ventanas daban sobre la avenida Foch eran limpiadas de arriba abajo.

No era solo el polvo lo que se aspiraba, sino también cualquier otro rastro de vida y de intimidad, y hasta el mismo industrial ni siquiera se molestaba en abrir los postigos. Evitaba permanecer en su casa. Se iba temprano a sus escritorios de la avenida Messine, almorzaba en el restaurante, pasaba la velada en el cine o con amigos y no volvía más que para dormir, lo más tarde posible.

Esa noche, sin embargo, había regresado temprano. Como todos, había leído la noticia del asesinato en los diarios y deseaba ver las actualidades televisadas en la transmisión de las ocho. Era un hombre alto y corpulento,

de cincuenta y cinco años. Tenía una frente amplia, cabellos grises, muy finos y ralos, una mandíbula que él mismo adelantaba en un gesto habitual, una voz que martillaba las frases, dejando poco lugar a la réplica o a la contradicción.

Encendió el aparato de T. V. y se sentó en una poltrona. Estaban dando una película cómica en la primera red de canales, cuyas últimas imágenes miró sin ver. Cuando la cinta terminó, se levantó para aumentar el volumen del sonido y volvió a sentarse tecleando sobre el brazo del sillón. Sus dedos, bruscamente, cesaron de moverse cuando la fotografía de Candice Strasberg apareció en la pequeña pantalla. Escuchó, conteniendo el aliento, el anuncio del locutor pidiendo a toda persona que hubiera estado en contacto con esa joven, especialmente a los automovilistas, camioneros, turistas o viajeros de comercio que la hubieran llevado en sus vehículos, que se pusieran sin tardanza en contacto con la comisaría de policía más cercana.

Apagó el receptor cuando el locutor pasó a otro tema. Permaneció de pie, un rato bastante largo, frente al aparato: sus dedos, entretanto, tanteaban el interior de sus bolsillos, registrándolos febrilmente uno tras otro, como buscando algo que no se encontraba en ellos. Kirschner había dejado de fumar tres semanas antes. De pronto, marchó con paso decidido hasta el cajón de un secreter Luis XV que abrió, y donde sabía que iba a encontrar un viejo atado de Stuyvesant. Se llevó uno a los labios y se volvió a la mesa central, sobre la cual había un encendedor. Aspiró la primera bocanada, profundamente. «Al fin de cuentas, yo tenía una excusa». Luego se acercó al teléfono. Se detuvo de nuevo, apoyando los dedos sobre el aparato. Esperaba que su decisión fuera definitiva. Cuando lo fue, descolgó con brusquedad y marcó un número: el de su abogado.

II

Más tarde, el teniente Georges Moulières, comisario de a bordo del *France*, habló de Candice con alguien que había iniciado una pesquisa previa a la instrucción del sumario, y lo hizo de manera mucho más detallada que en oportunidad de la conversación radiotelefónica con la policía, el 18 de agosto.

«En cada travesía —dijo—, tenemos dos mil pasajeros a bordo. Mi principal función es ayudarlos a entrar en contacto unos con otros y organizar sus distracciones. Como usted debe de saber, el *France* tiene dos clases, primera y turista; pero no hay entre ellas mamparas divisorias.

»Cuando por primera vez encuentro a alguien, en un salón, en el bar o en un pasillo, puedo decir de una sola ojeada a qué categoría social pertenece. Este no fue el caso con la señorita Strasberg. Yo reparé en ella desde la primera noche: no se podía dejar de hacerlo. A bordo, la gente se arregla más o menos para cenar. Ella estaba vestida muy sencillamente, en la medida en que se pueda llamar sencilla esa forma que tienen ciertos jóvenes de hoy de alardear de su desprecio por las convenciones. Se había colocado alrededor de la frente una especie de cinta negra, al estilo hindú. Sus cabellos castaño claro, muy cortos, estaban sujetos por la cinta. Estaba apenas maquillada, y hasta creo que ni siquiera lo estaba, sin embargo no sé por qué la tomé más por una hija de millonario o por una joven mantenida antes que por una estudiante sin plata. De inmediato busqué al hombre. No había hombre. Hasta fui a consultar las listas para asegurarme de que viajaba sola. Me parecía raro, quiero decir una chica tan linda, viajando sola. Le ofrecí una copa en el bar, después de la comida. ¡Pues bien! No solo era linda, también era simpática, adorable.

»Se expresaba muy bien en francés. Me dijo que su madre era francesa: una de esas francesas que los G. I^[3] se llevaron de vuelta a su casa después de la Liberación. Hacía mucho tiempo que no tenía más noticias de su padre ni de su madre —se habían divorciado— y vivía en las afueras de San Francisco, en casa de una hermana de su padre.

»Era inteligente, culta. Puede parecer tonto, ¿no es cierto?, encontrarle solo cualidades. Me dediqué a buscarle la falla. Debía de haber sin duda algún defecto por algún lado. ¿Narcisista, cínica, disoluta, qué sé yo? Durante toda la travesía, en cierto modo la estuve observando constantemente. No, se portaba muy bien. Mucho trato con gente de todas las generaciones —nosotros tenemos en general muy pocos jóvenes a bordo, en el trayecto Nueva York-El Havre. Nada de borracheras: no bebía. Nada de líos amorosos, al menos por lo que pude saber. En cambio, un buen humor permanente, una alegría de vivir que hacía chispear su sonrisa. Usted me entiende: esa especie de seres que creen en la suerte. Que creen que todo es fácil. Que en la vida basta con abrir la puerta y entrar.

»Esta vuelta que proyectaba dar por Francia había sido el sueño de toda su adolescencia. Tal vez porque había oído hablar a su madre de Francia como de un lugar maravilloso; esas esposas de la Liberación siguen siempre desarraigadas, nostálgicas. Me contó que había esperado varios años hasta juntar el dinero necesario. Finalmente un amigo le había conseguido una apreciable rebaja en el precio del pasaje. Otros amigos le habían prestado dinero. La palabra amigo, camarada, aparecía muy a menudo en su conversación.

»Ahora bien, para que todo esté completo, debo señalar una cosa. La víspera de nuestra llegada a El Havre, charlaba yo con un pasajero de primera clase, un decorador de Nueva York que viajaba con su mujer —gente bastante sofisticada. No sé cómo nos pusimos a hablar de ella. Según este hombre, Candice Strasberg era una “aventurera”, una chica interesada y frígida, mitómana por añadidura. Me quedé estupefacto. En primer lugar, ¿cómo sabía que fuese “frígida”? Me dejó entender que lo sabía perfectamente, y que le había costado bastante caro averiguarlo. Vuelvo a repetirlo: me quedé estupefacto. Yo no creía una palabra de todo eso, pero

lo afirmaba tan rotundamente, ¿y por qué habría inventado una cosa así? En la primera ocasión que se me presentó, le pregunté a Candice si lo conocía.

»Me contó que le había hecho la corte “como para morirse de risa, — esa fue su expresión—. No solo quería que me acostara con él —me dijo—, lo que después de todo es concebible, sino también con su mujer. Los mandé a bañarse a los dos”. Y estalló en carcajadas.

»Eso es todo. Usted sabe, en ese pequeño universo que se constituye durante cinco días en pleno océano, la gente más equilibrada puede volverse totalmente loca. Desde que ponen de nuevo el pie en tierra firme, todo eso se olvida; reencuentran sus raíces. ¡Nosotros vemos cada cosa, a veces! Yo podría escribir un libro entero sobre ese tema. No tenemos que juzgarlos por eso. No conocemos a los seres más que por su apariencia, una apariencia falsificada la mayor parte de las veces, un disfraz que adoptan durante el tiempo que dura una travesía. Es por esto que, cuando más tarde salieron a luz todas estas historias fantásticas a propósito de Candice Strasberg, me sentí más apenado que sorprendido. Y aún hoy, sea lo que fuere, sigo creyendo que era una chica de esas que a uno le gustaría conocer más a menudo.

—Al fin lo encuentro —dijo la voz. Una linda voz, con un ligero acento—. Usted es el cuarto.

—¿El cuarto qué?

—El cuarto que llamo. —La voz se puso a reír—. ¿Se acuerda de Ed Thatcher?

—¿Ed?... Sí... Sí... Por supuesto.

—Bueno. Ed es amigo mío. Me ha dado un montón de números de teléfono en París, pero todo el mundo está de vacaciones.

—¿Usted es una amiga de Ed Thatcher? —Bernard bajó el tono y puso su mano en pantalla alrededor del aparato. Había otras cuatro personas en el escritorio y en principio las comunicaciones privadas estaban prohibidas. No prohibidas en realidad, pero el patrón, el viejo Boni, detestaba que su personal bloqueara las líneas a la hora en que los clientes llamaban, es decir, inmediatamente después del cierre. Y hoy justamente, con esta baja brutal

del oro, los llamados se sucedían con un ritmo infernal. Además, no se acordaba realmente de Ed Thatcher. Aunque sí, tenía una vaga idea de ese alto muchacho pelirrojo, ese periodista norteamericano, ¿cuánto tiempo hacía? Dos años. Acababa de separarse de Colette y buscaba compañeros de aventuras y juergas. Ed había sido el compañero ideal—. ¿Cómo está él?

—Creo que bien. La última vez que lo vi estaba bien.

Él me dio su número de teléfono. Según me dijo, usted tiene un departamento desocupado a medias. —De nuevo, esa risa clara y aguda que se quebraba súbitamente para terminar en un gorjeo en tono grave, como un vibrato—. En fin, si no es una molestia.

—Pero es que...

—¡Oh! Me olvidé de decirle... —la voz se puso a recitar a toda velocidad—. Me llamo Candice Strasberg, soy norteamericana, acabo de desembarcar, me quedo solamente tres días en París.

—¿Y usted pensaba vivir en mi casa?

—En la casa de alguien, en todo caso. Ando demasiado fundida para el hotel. Ed me dijo...

—Lo siento mucho, no es posible. —Después de todo, ¿por qué no?, pensó. No te va a comer—. Bueno —dijo—, en realidad viene bien, yo me voy de paseo por el fin de semana esta noche, hasta el 16. Puede disponer del departamento para usted sola.

—Formidable.

—¿Tiene la dirección?

—Sí.

—Vaya directamente, yo le voy a avisar al portero por teléfono. Él le va a dar la llave.

—Gracias, Bernard. Dígame, ¿de todos modos no lo veré ni un momento?

—Voy a pasar a buscar mi valija a las 7.

—Entonces lo esperaré. Bye!

Él colgó el tubo, llamó al conserje y no pensó más en el asunto. Cuando volvió a su casa, apurado por irse —contaba con llegar a la Moutherie para la cena, y un viernes, 12 de julio por añadidura, habría seguramente unos atascamientos gigantescos a la entrada de la autopista—, ella acababa de

cambiarse. Lo primero que le llamó la atención en ella fueron sus párpados brillantes (acababa de pasarse vaselina). Estaba vestida con un *jean* color *beige*, de corderoy de rayas finas; el primer botón de la cintura, desprendido, dejaba ver un vientre chato y bronceado. Sobre una camisa muy escotada, colgaba, entre los dos senos, toda una tienda de collares que hacían ruido cuando ella se movía. No cesaba de caminar rápidamente del cuarto al baño con los pies descalzos, apoyando primero la punta a cada paso, haciendo trabajar de este modo todos los músculos de sus largas piernas y de sus caderas altas y angostas. Ligera. Tal fue su primera impresión. Ligera y linda. Mozartiana. Tenía la nuca un poco arqueada, la nariz corta que no cesaba de fruncirse cómicamente, dientes lindos que parecían extraordinariamente blancos por contraste con la piel bronceada. Manchitas de pecas alrededor de los ojos, el pelo peinado con sencillez (algunos cepillazos rabiosos terminaron de alisarlos), una semisonrisa constante, una pizca de acento que hacía gracioso todo lo que decía. Y cómica —pensó Bernard—, en segundo lugar. Estaba loca de contenta por ese 14-de-julio-en-París. Bernard, que recogía rápidamente sus cosas de *toilette*, un pijama, una remera para cambiarse, se complació en hacerle añicos sus ilusiones.

—Un gentío, una bolsa de gatos, se la regalo.

—¿Una bolsa de gatos? ¿Qué quiere decir eso?

—Que usted se va a hacer atropellar, brutalizar, desvestir, violar. Un consejo: póngase un traje de baño debajo de su abrigo. Es el gran festival del ratero y del pillo.

—¿Y qué otra cosa más?

—Y los extranjeros. Usted se va a encontrar entre norteamericanos. ¿Es eso, tal vez, lo que quiere en el fondo?

—Tal vez. ¿Y eso qué puede importarte?

—Nada —dijo, deteniéndose en el momento de franquear la puerta. (Había recibido el tuteo como una descarga eléctrica en la nuca. Se distendió y sonrió casi sin querer)—. El lunes estaré aquí temprano.

—El lunes me habré ido.

—Entonces, deje la llave en casa del portero. Hasta la vista. Que se divierta.

—Haré lo posible. ¿Y tú adónde vas?

—Al campo, a ver a mis chicos.

—¿Eres casado?

—Divorciado. Ellos viven con mi mujer, en el campo, dos varones de dos y cuatro años.

Le hubiera gustado extenderse sobre ese punto, pero a ella no parecía interesarle. Al echar el bolsito de cuero en el baúl delantero del Porsche, estaba furioso consigo mismo.

Tal como había previsto, la puerta de Saint-Cloud estaba congestionada. El acceso a la autopista fue una agonía. Después de Bocquencourt se puso a llover, unas gotas finas que el limpiaparabrisas no borraba. El Porsche marchaba en zigzags, cambiando constantemente de fila para ganar algunos metros. Tenía ganas de ir rápido, de poner el motor al máximo de velocidad, pero era imposible. Tenía hambre. Le dolía la cabeza. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Estaba cada vez más furioso. Vaciló en detenerse en la primera estación de servicio que encontró a la salida de la autopista. Así, siguió hasta Trappes, luego hasta Cognières. Pero en Bréviaires, poco antes de Rambouillet, se decidió, detuvo el auto en la banquina y entró en un café. Obtuvo la comunicación enseguida.

—Oye, Colette, lo siento muchísimo, pero no voy a poder llegar.

—¿Dónde estás, querido?

—Cerca de Rambouillet.

—Pero lo peor ya lo hiciste.

—No es eso. Es... ya te explicaré.

—Los chicos se van a desilusionar terriblemente. Te esperaban con tanta alegría.

—Ya lo sé. Es... un caso de fuerza mayor.

—¿Una chica? —Él adivinaba su sonrisa, al otro extremo del hilo.

—Es algo extraño —dijo—. Ni yo mismo sé bien lo que es.

—Les habías prometido traerles fuegos artificiales.

—Los tengo en el auto. Diles que los tiraremos el próximo fin de semana. Se lo juro.

—Haber llegado hasta allí para volverse, es estúpido.

—Sí —contestó—, es estúpido. Te mando un beso.

Era alrededor de las diez cuando regresó al departamento de la calle Nicolo, y de antemano sabía que ella habría salido. ¿A lo mejor volvía temprano? Sabía muy bien que no volvería temprano. ¿Y si se cae con un muchacho? —pensó. Se sintió presa de pánico, cargado de odio. ¿Con qué derecho esta chica, a quien doy hospitalidad, se traería un niño bonito a casa? ¿Por quién me toma? (En su cabeza, la posibilidad tomaba consistencia). ¿Qué son los de esta generación? ¿Qué se creen que son? ¿Acaso en mi época (y su época no estaba tan lejos, él no tenía más que treinta y un años) las chicas se permitían atracar tipos? Al acostarse, a medianoche, se la imaginaba, desnuda, pasando de brazo en brazo, una orgía espantosa. Se levantó, tomó una hoja de papel, escribió:

«Cambié de idea. Me quedo. (A su parecer, era una fantástica confesión de amor). Me acuesto en el escritorio. (Era una admirable demostración de tacto). Mañana pienso dormir hasta tarde. (Era una manera de expresar claramente sus intenciones)».

Al día siguiente, al despertarse, encontró a continuación de su mensaje:

«Me desperté temprano. No puedo dormir; volveré a mediodía».

Bernard entonces se afeitó, como de costumbre se cortó, y se volvió a acostar. Cuando la llave giró en la cerradura, la dejó aproximarse al diván, simulando dormir. Había previsto toda una gama de técnicas de seducción: sorpresa, dulzura, brutalidad, pero cuando oyó el clic del cinturón y el susurro del *jean* al deslizarse a lo largo de sus piernas, supo que no tendría necesidad de ninguna técnica.

Hacer el amor con ella comenzaba como un juego; algo sin mucha importancia, pero de pronto se ponía seria, concentrada, dando vuelta la cabeza a un lado, con un rictus en los labios, que se movían espasmódicamente, exhalando quejidos cada vez más largos; tenía los ojos cerrados, pero en ciertos momentos los abría muy grandes, escrutando el rostro que estaba encima del suyo, luego clac, los párpados descendían de nuevo, la cabeza giraba, el cuerpo ondulaba más aún, y así repetidas veces se hundía, resurgía, miradas, aniquilamiento, y todo el proceso volvía a empezar, hasta llegar al grito salvaje de liberación, agudísimo, un ultrasonido de felicidad absoluta.

—Tú sabes —dijo ella—, esto no me ocurría desde hace tres semanas.

—¿Ni siquiera en el barco?

—Ni siquiera en el barco. El comisario de a bordo era bien. Era el único hombre que me gustaba.

—¿Y no te acostaste con él?

—Sí —replicó ella—, es verdad. Me había olvidado.

«Al principio me conduje como un idiota con esa chica —confesaría él más tarde. Estaba loco por ella y la sentía muy próxima: esa soltura, esa gentileza, esa dulzura satinada, ninguna molestia entre nosotros, ninguna barrera, como si siempre nos hubiéramos conocido y desde siempre nos hubiéramos amado. Pero al mismo tiempo yo sentía que había algo invisible, como una inmaterial cortina plástica transparente que pendía en torno de ella y que la emparedaba viva. Usted sabe, como en los filmes de ciencia-ficción, cuando el marciano de apariencia humana está separado de los verdaderos humanos por una pared de vidrio que se traslada con él. Me porté como un idiota porque estaba loco por ella y cada vez que se lo decía, la cortina se ponía un poco más espesa».

La noche del 13 de julio hubo todo ese atropellarse en Saint-Germain-des-Prés. La gente bailaba en la calle, las orquestas de las boites tocaban en la acera, los pocos vehículos que habían logrado infiltrarse en la multitud eran tomados por asalto, sus ocupantes sacados por la fuerza, los grupos los rodeaban gritando a coro: «¡Bésense! ¡Bésense!», al compás de los farolitos venecianos. Había toda esa mezcla de alegría forzada, de vulgaridad y violencia que caracteriza la manera de divertirse de los franceses en montón. Pero a ella le encantaba eso. Llevaba un liviano *pullover* blanco de cuello volcado, pollerita roja —lo que pude encontrar más tricolor, según decía. Sus cabellos estaban sujetos por un broche, y su minúscula cola de caballo le saltaba sin cesar sobre la nuca al modo de una coleta, mientras iba de uno a otro, saludando a los desconocidos, besando a los hombres; adoraba a todo el mundo. Bailaba con cualquiera, al azar, hombres o mujeres, los dejaba bruscamente, volvía al lado de Bernard, lo besaba, le pasaba el brazo por el cuello, lo arrastraba un poco más lejos, diciéndole cómo era de maravilloso todo eso. De repente, él la deseó con violencia; la

tomó por la cintura y la empujó a la entrada de un hotel de la calle Saint-Benoit.

—Pero ¿tienes una obsesión?

Sin embargo, lo dejó hacer. Y aun, al cabo de un momentito, ella también participó. Puso en su delirio toda la euforia de ese júbilo tan largamente soñado. Un verdadero fuego artificial del 14 de julio, pensaba él al vestirse de nuevo. Tenía ganas de reírse, se sentía feliz. Un verdadero concurso de cañitas voladoras.

—Quédate —le dijo bruscamente—. Yo tomo mis vacaciones en agosto. El 13, podemos ir juntos al Midi.

—¿Estás loco? He venido para pasear. ¿Qué haría yo durante un mes en París?

Salieron del hotel, de nuevo se hallaron en pleno barullo, y tuvieron que abrirse camino hacia la placita Furstenberg, donde les habían dicho que había un quiosco de música.

—Una chica como tú no puede desplazarse haciendo *auto-stop*. En primer lugar, es peligroso.

—No puedo hacer de otro modo. No tengo dinero. Y además, quiero conocer gente.

—Conocerás hombres que se echarán sobre ti al amanecer, al costado del camino.

—Tal vez sea eso lo que me gusta. —Bromeaba. Él parecía tan desdichado, que ella se apresuró a agregar—: ¿Por qué no vienes a reunirme conmigo?

—No sé dónde estarás. Tú misma no lo sabes.

—Escucha, puedo mandarte un telegrama.

En ese momento, un muchacho altísimo, un sueco, la tomó en sus brazos y se la llevó, valseando, al centro de la placita. Bernard esperaba, apoyado contra un árbol, buscándola con la vista cada vez que giraba. La quiero, pensó, al fin de cuentas es eso. La quiero y a ella esto le interesa tan poco como la pesca con linterna. Estaba medio borracho.

Al día siguiente permanecieron todo el día en la cama. Salieron a las nueve para comer, pero ya no había disposición de ánimo, y todo fue triste

hasta el martes de mañana, cuando ella tomó su horrible mochila y lo besó en ambas mejillas.

—Voy a tratar de encontrar un camión en la puerta de Italia.

Cuando la joven hubo desaparecido en el ascensor. Bernard se dijo: «Después de todo, es mucho mejor así, ¿por qué tengo que enfurecerme? Es perfecto —pensó al volver al departamento—, exactamente como debía terminar».

—Sin embargo —le dijo más tarde el comisario Bretonnet—, usted se había citado con ella.

—No exactamente citado.

—Usted declaró la primera vez: «Ella debía telegrafíame, el 10 de agosto, para decirme dónde se encontraba. Solo vivía esperando ese momento».

—En cierto modo, es verdad.

—Bien. Volvamos a ese telegrama.

—No lo recibí nunca.

—¿Qué me lo prueba?

—Nada —dijo Bernard—. ¿Y qué?

—Ella pudo haberlo llamado por teléfono.

—Ella pudo llamarme por teléfono, pudo volver a París. Yo pude tomar mi auto para ir a buscarla. Es una historia llena de posibilidades.

—En su lugar, yo tomaría todo esto en serio.

—De acuerdo —aceptó Bernard—. Durante un mes, esperé ese telegrama, pero no llegó.

—Creo que estamos girando alrededor de lo mismo —dijo Bretonnet—. Admitámoslo. Pero entonces, ¿por qué se fue usted al Midi?

—Eran mis vacaciones, ¿no?

—¿Usted la buscaba?

—Reconozco que eso era bastante tonto, pero a mí se me ocurría que debía estar en Marsella.

—¿Por qué en Marsella?

—Ella tenía, dentro de su desorden, una especie de plan de viaje. Pensaba estar hacia el 15 de agosto en Marsella.

—¿Y usted pretende decir que no la encontró?

—No lo pretendo. Lo afirmo.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Anduve dando vueltas durante cuatro días por la Costa, y luego volví.

—¿La buscaba?

—No especialmente. En realidad, sí. Estuve en Saint-Tropez, en Juan. Recorría las terrazas de los cafés.

—¿Y no la encontró?

—Estaba muerta, señor comisario, ¿cómo podía encontrarla?

Al salir de la dependencia de la Policía Judicial, Bernard entró en un café, frente al Palacio de Justicia, y llamó a su padre por teléfono: «Dime, papá, ¿no se pueden parar todas estas boludeces?». Su padre rio con sarcasmo del otro lado del aparato: «Me crees más influyente de lo que soy. Además, estás bastante hinchón, y todavía eso es suave. En tercer lugar, todas estas cosas me patean las bolas».

Cuarenta y ocho horas habían transcurrido desde el descubrimiento del cuerpo. Ocho hombres trabajaban *full-time* en ese asunto, pero cada uno de esos hombres representaba mucho más que un esfuerzo aislado. Tanto del lado de la policía como del de la gendarmería, los pedidos de informes, las respuestas, las ratificaciones, rebotaban de un servicio al otro, eran transmitidas de una aldea alejada a una cabecera de departamento, de un comisariato a un puesto de mando, de París a Lyon o a Marsella. Una vasta red se estaba tejiendo en el eje. El Havre-París-Costa Azul, cuyas mallas estaban constituidas por hechos. Por el momento, nadie se preocupaba por clasificar esos hechos, por saber cuáles podían ser importantes y cuáles sin ningún interés. Se rastrillaba todo lo que estaba al alcance del rastrillo, se llenaban fichas, se completaban informes, se trasmitía, se centralizaba.

Se sabía por ejemplo que se había cometido un robo en una villa de Gordes entre el 7 y el 14 de agosto. La villa pertenecía a un comerciante lyonés; la familia había estado afuera desde el fin de semana del 14 de julio, y no había vuelto hasta el 15 de agosto, encontrando una de las hojas de la ventana forzada y abierta. Un vecino informó que el 7 de mañana la ventana

todavía estaba cerrada. Habían robado ropa usada, así como latas de conserva y elementos de pesca submarina.

Se sabía que una motocicleta abandonada había sido hallada, el 13 de agosto, junto al antiguo monasterio de Saint-Paul-de-Mausole; que el 17 le habían robado una bicicleta de hombre marca Peugeot al señor Pacherel, en el lugar antes citado, Le Castelet; que el 16 habían robado una bicicleta de mujer, de color verde, en Robion (fue encontrada el 18, a 15 kilómetros de allí, en un matorral, dañada); que un automóvil marca Simca también había sido robado en la noche del 14 al 15 de agosto, en Salon-de-Provence.

Se sabía también que en la madrugada del 16, el viejo Victor Lamazère, pastor de la granja de Fontvieille, había llevado sus corderos a través del Val d'Enfer, pasando a unos diez metros del cuerpo. Llamaba la atención que ninguno de sus dos perros, Mireille y Castor, que tenían costumbre de corretear alrededor del pequeño rebaño, huroneando entre las breñas (uno de ellos era zorrero), hubiera alertado a su amo ladrando. En cierto modo, el viejo Lamazère se convertía en el primer sospechoso.

El miércoles por la mañana, un gendarme se dirigió temprano al matadero de Salon, de donde trajo una cabeza de cordero recién cortada. La cabeza fue colocada al pie del almendro, en el preciso lugar donde se había descubierto el cuerpo, y se hizo recorrer al viejo, sus corderos y sus perros, el mismo camino que habían seguido el 16. Los perros corrieron como de costumbre de un lado al otro del sendero, brincando entre los corderos, pero muy pronto fue evidente que el viento, que soplaba de este a oeste, no les traía ningún efluvio. La meteorología nacional confirmó que el viento había soplado en la misma dirección el 16 y el 17. Eso no impidió que el pobre pastor, totalmente azorado, fuera detenido durante cuarenta y ocho horas en la brigada de Saint-Rémy e interrogado sin descanso.

A la vez que se procedía a esas comprobaciones, todos los sospechosos de la región eran controlados, y el detalle de sus actividades verificado cuidadosamente. Una cosa llamaba la atención: nadie había podido localizar el menor rastro de Candice en un radio de 15 kilómetros. El primer testimonio recogido a ese respecto fue el de una vendedora de diarios de Gordes, la señora de Lauret. Esta se acordaba bien de esa joven que, la mañana del 12 de agosto, le había pedido una publicación en inglés. Su

testimonio fue colocado arriba de la pila de todos los obtenidos hasta entonces: por el momento, la señora de Lauret era la última persona que vio a Candice con vida (varios meses más tarde reconocería que se había equivocado en un día). Al final del mismo día se pudo atar un segundo cabo: el director del Albergue de Juventud de Armellière, en Camargue, afirmaba que la joven norteamericana había pasado en su albergue las noches del 7 al 8 y del 8 al 9. Armellière quedaba a una distancia de 43 kilómetros de Baux-de-Provence y a 82 kilómetros de Gordes. Según lo que se iba recogiendo, el itinerario de Candice parecía realmente anárquico.

Entre las personas susceptibles de haber encontrado a la joven norteamericana en ocasión de su gira por Francia, o al menos de haberla alzado en sus vehículos, tres habían sido ya identificadas. Un muchacho de veintiocho años, Bernard Vauquier, que declaraba haber pasado con ella las fiestas del 14 de julio en París, un camionero que se presentó espontáneamente a la gendarmería, informando que la alzó en la puerta de Italia la mañana del 15 dejándola cerca de las dieciséis horas en Avallon y por último, un industrial, Laurent Kirschner que, por consejo de su abogado, se puso personalmente en conversación con el jefe de la Policía Judicial, en París. Kirschner viajaba para reunirse con su familia en el Midi, solo en su Mercedes, el 15 de julio, cuando —declaró—, la joven atrajo su atención en el camino, a la salida de Vienne. La subió, dejándola poco después en Saint-Raphaël y no tenía nada especial que agregar, salvo que esperaba que no se hiciera mucho ruido alrededor de la cosa.

El examen detallado de los objetos contenidos en la mochila de Candice Strasberg era decepcionante. Ahora se sabía —por el testimonio de Bernard Vauquier principalmente— que la joven poseía una máquina de fotografías Polaroid; la tal máquina había desaparecido, así como el pasaje de regreso en una línea holandesa, su reloj, su dinero, y eventualmente una libreta de cheques de viajero. El robo tanto podía haber sido el móvil del crimen, como haber servido para disimular su verdadero móvil. El estudio del pequeño cuaderno de tapas negras no había aportado informes de valor por el momento. No era un diario íntimo, ni siquiera un diario de a bordo. No contenía ninguna fecha ni nombre, con excepción de uno solo: Marcello, que aparecía varias veces, sea escrito separadamente, sea unido a una

especie de poemas. Había en total siete poemas, aunque quizá fueran la letra de canciones. La mayoría trataba de grandes temas como la guerra de Vietnam o la personalidad de Fidel Castro. Pero al juez Souffries le pareció poco probable que Fidel Castro pudiese estar implicado en este asesinato (más tarde tendría que reconsiderar esta opinión).

Había, por fin, una fotografía en blanco y negro, bastante mala y posiblemente sacada por la misma cámara de la víctima. Representaba a un muchacho de veinte años más o menos, vestido con una camisa Lacoste y un *jean* de terciopelo de bastones gruesos. De pie, en el muelle de un puerto —puerto mediterráneo, a juzgar por el tipo de barcos fondeados—, miraba hacia lo lejos, colocado en un ángulo de tres cuartos con relación al objetivo, de manera que su rostro no se identificaba fácilmente. El rasgo más saliente era el espeso flequillo que cubría una parte de su frente, al bies, hasta ocultar, probablemente, el ojo derecho. Lo que se podía adivinar de los rasgos revelaba un carácter débil o simplemente infantil, *un rostro angelical*, era la impresión dominante de los investigadores. Algunos decían: *un joven bien educado, probablemente de buena familia*. De común acuerdo, convinieron en no hablar de esta fotografía a la prensa. Tampoco hablaron, por el momento, del cuaderno negro ni del nombre *Marcello*.

El 24 de agosto, en presencia de las autoridades de policía, gendarmería y magistrados, tuvo lugar una reconstrucción del crimen. No aportó ningún elemento nuevo. Un gendarme ocupó el lugar del cadáver. Otro simuló pasarle un lazo alrededor del cuello y apretarlo. Los periodistas habían sido cuidadosamente mantenidos apartados por un cordón de C. R. S.; a la noche de ese mismo día, el juez Souffries los recibió en su despacho, que pronto resultó demasiado pequeño para albergarlos a todos.

—Las huellas, señor juez, ¿cómo es posible que no se haya encontrado ninguna? —preguntó de entrada el enviado especial de un cotidiano marsellés. Su tono era agresivo, parecía tener un agravio personal.

—Hubo dos tormentas en la región, una la noche del 16, otra el 18. Sobre un suelo seco y esquistoso como el del valle o el del camino que pasa cerca, basta un poco de lluvia para borrar todas las huellas, ya sea de neumáticos en el camino, o de pisadas en las breñas.

—¿Piensa usted que la víctima fue llevada al valle con su pleno consentimiento?

—¡Caramba! ¿Cómo puedo saberlo? Pueden haberla matado en el mismo sitio o antes.

—¿No hay modo de averiguarlo?

—Escuchen —dijo el juez—, hay medios de averiguar todo, pero todavía nos falta conocerlos. En eso precisamente consiste nuestro trabajo.

Pero ya uno hablaba de otra cosa, y varias voces se entrecruzaron, haciendo preguntas diferentes, sin dar al juez tiempo de responder a todas.

—¿Se inclinan a pensar que es el crimen de un vagabundo?

—¿Avisaron a su familia?

—¿Siguen con la hipótesis de la violación?

—¿No ha habido alguna reacción de la policía norteamericana?

—¿Piensan que el asesino sería alguien de la zona o alguien de afuera?

—¿La policía francesa tiene pensado hacer declarar a...?

—Señores, señores —cortó el juez. Levantaba los brazos al cielo sonriendo—. ¡Atengámonos a los hechos y dejemos las teorías de lado!

Nuevamente serio, agregó que el hecho más importante de este caso, el que imprimía la dirección inicial a las investigaciones, era la autopsia. Esta probaba que el homicidio había tenido lugar el 16 o el 17 de agosto, que la muerte se debió a estrangulación, que el asesino había utilizado un cordón o un lazo de cuero o de nylon. Pero no podía decir nada más. No podía decir si el asesino era hombre o mujer, si conocía a Candice de antes o la había encontrado por primera vez. Ni siquiera si estaba solo o si eran varios. No podía decir si el hecho de no haber dejado ninguna huella en el claro en medio de las rocas o en el camino de tierra vecino era, para el criminal, un afortunado hecho casual, o el signo de una suprema habilidad. No podía decir tampoco si había habido premeditación, plan largamente concebido y madurado o si, por el contrario, el crimen había sido consumado en el curso de una crisis de demencia.

—Y ahora —concluyó el juez—, si quieren saber más, déjenos trabajar.

Los periodistas se retiraron del escritorio lentamente, como contrariados. Se quedaron formando en los pasillos pequeños grupos que

discutían apasionadamente y, para terminar, volvieron a sus hoteles. Durante algunos días, su presencia había aportado un poco de animación a la pequeña ciudad, pero la mayor parte de ellos partieron esa noche misma y el último emprendió el regreso a París a la mañana siguiente. Era un sábado. Siete días completos habían transcurrido desde el descubrimiento macabro del Val d'Enfer. El tiempo de las primeras comprobaciones hechas por las autoridades con motivo de un delito que se acababa de cometer había expirado. La Pesquisa propiamente dicha iba a desplegar sus alas.

OceanofPDF.com

2 - TITUBEOS

OceanofPDF.com

III

Laurent Kirschner tenía por principio no andar nunca por rutas atestadas. Siempre se las arreglaba para salir de París la víspera o al día siguiente de los grandes éxodos y es por esta razón que había pasado el fin de semana del 14 de julio en su departamento de la avenida Foch: la alta pila de expedientes que ocupaban su mesa de trabajo constituía su única coartada.

Era un hombre al que no le gustaban las vacaciones. Eran para él sinónimo de vida de familia y de descanso, cosas ambas que no apreciaba particularmente. Razones suficientes, a su parecer, para reducir lo más posible ese mes que pasaba, cada año, en su villa de Val d'Esquières, con su mujer y sus dos hijos. Partía después del 14 de julio y volvía antes del 15 de agosto.

El martes 15 de julio subió a su Mercedes a las ocho y cuarto. Pensaba almorzar en Lyon, pero, por una razón u otra, cambió de idea. Quizá porque realmente no tenía hambre, o porque no encontró lugar para estacionar su coche delante del Sofitel, o más simplemente porque pasar por alto una comida formaba parte del combate que libraba contra la gordura de la cincuentena. Hacía buen tiempo y, al costear la orilla izquierda del Ródano, no se sentía ni feliz ni desgraciado. Si algo lo contrariaba, era un ruido desacostumbrado en el motor, que empezó a sentir poco después de Chalón. Probablemente un inyector, pero el coche recién salía del taller, difícilmente encontraría un especialista en el camino, y tendría que ir a Niza o a Marsella para hacerlo revisar. Pero después de todo —pensó—, sería la ocasión para cortar la estada en Val d'Esquières con una escapadita, y cuando, después de haber pasado Vienne cesó el ruido, casi lo lamentó.

Aunque la autopista estaba totalmente libre, evitaba ir demasiado rápido. Cada vez que la aguja del velocímetro marcaba 140, levantaba el

pie: Martha se lo había hecho prometer. Se detuvo en una estación de servicio Antar para llenar el tanque de nafta, y fue en el momento en que iba a arrancar, cuando la vio. Ella se acercaba al auto con displicencia, arrastrando por el suelo su mochila. Sus ojos estaban sombreados por oscuras ojeras. Parecía fatigada y sucia.

—¿Me lleva, por favor?

—Voy solamente hasta Avignon. No creo que le interese.

Había mentido sin reflexionar, por reflejo. Quizá porque ella era demasiado joven o demasiado linda. O porque en general detestaba a todos los que hacían *auto-stop*, o porque olfateaba una trampa o sabe Dios por qué razón. Pero la joven insistió.

—Aunque sea hasta Avignon, si no le es molesto.

El acento inglés lo tranquilizó. Luego se le cruzó otro pensamiento: el tipo debía de estar escondido, iba a surgir de atrás de un arbusto en cuanto él hubiera aceptado. La treta clásica.

—¿Cuántos son ustedes?

—Estoy sola.

Esta vez no podía negarse. Se inclinó hacia el costado para abrir la portezuela.

Más tarde, en el transcurso de una conversación privada, relató la escena del modo siguiente: «Por un lado, me sentía incómodo. Compréndame, yo conozco a muchísima gente, y este camino, en este período del año, es un verdadero bulevar. Fíjese que no me molesta ser visto en compañía de una chica joven y linda; era más bien su vestimenta lo que me disgustaba, una especie de campera de gamuza gastada, con flecos, como las que usan los chicos que juegan a los *cowboys*, y un viejo pantalón desteñido, al que le faltaba el primer botón. Hasta me parecía de malos modales.

»Durante los primeros kilómetros, charlamos de diversas cosas y me contó que había salido al amanecer de París, con un camionero. El camionero la había dejado en Lyon, o quizás hubo dos camioneros sucesivos, no sé bien. Después, encontró otro automóvil que la alzó, una familia de cuatro personas. Pero esta gente la fastidiaba. “Camioneros o millonarios”, dijo sonriendo, riéndose de ella misma y de mí, “pero no el término medio...”. La idea de que un mochilero pudiera ponerse a elegir no

se me había ocurrido. Le pregunté si no tenía miedo de que los hombres la molestaran. Se puso a reír: “Es gracioso, todo el mundo me pregunta lo mismo, —me dijo—, pero soy bastante grande para defenderme, ¡y además los franceses son tan amables!”. Sin duda se hacía peligrosas ilusiones. Se lo dije. “Yo, por ejemplo, no soy amable en absoluto”. Habíamos encontrado con facilidad un tono de broma que me gustaba mucho. Casi en el límite del flirt, se podría decir. “¿Acaso usted no es amable? ¿Qué quiere decir con eso?”. “Tengo un ruido de porquería en el motor, dije, seguramente se va a descomponer en un lugar desierto y voy a aprovechar para empujarla a una zanja”. “Tal vez no sea tan desagradable”, dijo ella. Como ve, era una chica que tenía mucha clase, trataba de quitarle a uno todo complejo. De golpe, decidí que la iba a invitar a comer, a pesar de todo. Quiero decir, a pesar de la campera sucia y del pantalón desteñido. No dudaba un segundo de que iba a aceptar. Yo era probablemente para ella el viejo señor francés, amable. Yo formaba parte de su aventura. Después que pasamos el puente colgante de Avignon, me dijo: “Usted mintió, ¿eh? No se queda en Avignon”. “Sí, repliqué, no tenía interés en levantarla”. “¿Hasta dónde va?”. “A Saint-Maxime, pero no llegaré esta noche. Voy a dormir en el camino”.

»En cierto modo, eso se me había escapado. Hasta entonces solo había tenido la intención de invitarla a comer, para luego seguir y llegar a medianoche. No respondió nada, y anduvimos casi durante veinte minutos sin decir palabra.

Siguieron marchando dos horas más, saliendo de la autopista a Noves y dando un gran rodeo a través de las colinas de la Basse-Provence. Era un hermoso atardecer. El sol iluminaba los campos a ras del suelo, se olía el aroma silvestre de los olivos por los vidrios abiertos. Detuvo el coche en Fontaine de Vaucluse, en la pequeña plaza, y continuaron a pie hasta la garganta, donde contemplaron en silencio los altos acantilados sobre los cuales los rayos del sol poniente parecían astillarse, y la magia del río subterráneo proyectando por encima del talud de la gruta su enorme masa líquida, en un fantástico vuelo de espuma. Al subir de nuevo al auto, él comentó:

—Pero eso no es nada al lado de Baux. ¿No lo conoce? Uno de los sitios más románticos del mundo. —Ella hizo Mmmm, con la entonación codiciosa de un niño ante una vidriera de confitería. Consideró eso como la aceptación tácita de un viaje hasta allí—. Además es uno de los lugares de Francia donde mejor se come.

Cuando llegaron a Beaumanière, el sol ya se había ido del valle, pero arriba, por encima de ellos, los bordes calados del castillo aún se veían de color rojizo. Candice no prestó ninguna atención al espectáculo. Al descubrir la piscina de mosaico color azul pálido, delante del peristilo del hotel, había lanzado un grito de entusiasmo, y mientras Kirschner se dirigía a la recepción, reservando dos cuartos comunicados entre sí para la noche, ella con su mochila se deslizó en una cabina para reaparecer de inmediato en traje de baño, y se zambulló en el agua clara, muy rápidamente, como si se tratara de un placer prohibido. Kirschner la encontró cuando salía del agua y se frotaba enérgicamente el pelo con una toalla sucia, riendo a carcajadas. Comieron afuera, en una mesa iluminada con un candelabro de plata y subieron a acostarse a las once.

—¿Cada uno en su cuarto? —preguntó el oficial de policía Mazurelles.

—Ya se lo dije.

—¿Y por qué no podía haberse acostado ella con usted?

—Porque no se lo pedí.

—¿Por qué?

—Me di cuenta de que no le interesaba. No tengo la costumbre de insistir y no veo por qué le cuento todo esto.

—Tal vez porque se lo pregunto.

—No veo por qué me lo pregunta.

El comisario Bretonnet entró en el escritorio en ese momento. Había oído la última frase de Kirschner. Había recibido instrucciones del director, de tratar a Kirschner con deferencia. Se aproximó sonriendo.

—Estamos tratando de dibujar el perfil de esta chica, señor. Queríamos saber *quién* era exactamente. Tenemos sobre ella las referencias más contradictorias y, Dios mío...

—Era una chica muy sana —cortó Kirschner—, muy...

—Sobre todo muy dispuesta —acotó Mazurelles—. Acepta pasar la noche en un hotel con un hombre de cincuenta y cinco años que conoció dos horas antes.

—Teníamos dos cuartos, usted puede verificarlo.

—Ya se hizo —dijo Bretonnet—. ¿Y luego, a la mañana siguiente?

—Nos marchamos hacia las diez. Yo quería llevarla hasta Villefranche, puesto que iba allí, pero insistió en que la dejara en Saint-Maxime, para que no tuviera que alargar mi camino. Me dijo que encontraría fácilmente otro auto.

—¿Y no volvió a verla?

—No.

—¿Está bien seguro?

Hubo un silencio que nadie parecía apurado por romper. Kirschner se encogió de hombros, y Mazurelles continuó escribiendo a máquina. Cuando hubo terminado, retiró la hoja y los carbónicos del rodillo.

—Firme acá, por favor —dijo cortésmente.

Cuando Kirschner salió del escritorio, los dos hombres se miraron, pensativos. Luego Bretonnet fue a abrir una puerta del costado: «Venga, Poultry». El interpelado penetró en la pieza y leyó el resumen del interrogatorio.

—¿Qué le parece?

—Esto vendría justo. Como para asombrar a cualquiera. La única lástima es que no la hayan encontrado asesinada un mes antes.

—Pero ¿por qué la habría matado Kirschner?

Mazurelles caminaba nerviosamente de arriba abajo.

—¿Por qué habrá vuelto a hacerse matar, treinta días más tarde, en el lugar preciso donde pasó la noche con Kirschner?

—Tal vez sea una casualidad.

—Por supuesto. Todo puede ser una casualidad. Y entre todas estas casualidades, hay forzosamente una que no lo es. Todo está en saber cuál.

La oscuridad había invadido el escritorio, pero a nadie se le ocurría prender la luz y las voces resonaban curiosamente, porque cada uno estaba en un lugar diferente de la habitación.

—Una cosa es segura: Candice es una turista. Visita Francia. Suponiendo que Baux figurara en su itinerario, ¿qué razón tenía de volver el 16 de agosto, puesto que ya había estado el 18 de julio? ¿Por qué volvió? ¿Por qué volvió allí para morir?

Entre las doscientas setenta y tres denuncias recibidas por la gendarmería local en el período del 18 al 25 de agosto, tres llamaron la atención del jefe de escuadrón Campanez. Tres testigos afirmaban haber avistado a un vagabundo en la región de Baux los días 15 y 16 de agosto y sus descripciones concordaban. Uno de ellos, la señora de Lourmelin, propietaria de una carnicería en Cavaillon, había visto al hombre pasar en una bicicleta de color verde, probablemente la que habían robado en Robion y que luego fue hallada con averías, 18 kilómetros más lejos, en una espesura. Desde que esas informaciones se publicaron por la prensa, corrió la voz de pueblo en pueblo, de que el asesino se escondía en los subterráneos de la abadía de Saint-Ginest, situada a 8 kilómetros de Baux, entre Arles y Fontvieille. Esta tesis descansaba en el testimonio de una niña de diez años, Chantal Moizeau, y de dos adultos, uno de los cuales era cartero. Los tres pretendían haber visto, en diferentes momentos, al «hombre de la campera azul», como los periodistas designaban al vagabundo en sus artículos, merodeando por los alrededores de la abadía.

«Los subterráneos de Saint-Ginest ya tenían mala reputación en la región, declararían posteriormente el jefe Campanez. Por mucho que nos remontemos en la memoria de los habitantes, nadie se acuerda de que alguien se haya atrevido alguna vez a aventurarse por ellos. Toda clase de leyendas están ligadas a esos lugares, y como ustedes saben, en esta región de Basse-Provence la gente es particularmente supersticiosa. Una de esas leyendas, sobre todo, contaba que un enorme animal negro vivía en los meandros del laberinto. Y, por supuesto, todos los que desde el comienzo de los tiempos, habían tratado de combatirlo, fueron muertos por el aliento de esa monstruosa criatura...».

La hipótesis según la cual el vagabundo asesino estaba refugiado allí y la asimilación que se había hecho, en el subconsciente colectivo, entre este

hombre y el monstruo maléfico (otra teoría no tardó en abrirse paso, y según esta versión, la joven norteamericana habría acampado durante una noche en una de las grutas, y había sido muerta por el monstruo mismo), tuvo un resultado previsible: ya nadie se atrevía a aproximarse a las ruinas de la abadía, en un radio de varios kilómetros a la redonda. Ahora bien, por allí pasaba un camino que unía por lo menos a tres aldeas: los aldeanos quedaron más bloqueados que lo que lo hubieran estado por una avalancha o por la rotura de un dique. Esas pobres gentes no llevaban más sus productos al mercado, toda manifestación de vida cívica estaba a punto de desaparecer, y el terror reinaba en las granjas atrincheradas.

Fue por esta razón que la gendarmería decidió explorar el subterráneo y sus múltiples ramificaciones. No creía realmente en esta pista, pero le parecía urgente tranquilizar a la población.

El lunes, un oficial y un suboficial se dirigieron a la biblioteca municipal de Arles a fin de consultar documentos concernientes a la abadía. Se pasaron el día inclinados sobre garabatos amarillentos, de los que no había mucho que sacar. Tres autores, en diferentes épocas —el primero en 1315—, habían trazado planos de las galerías subterráneas pero, ninguno de esos planos concordaba. Una sola cosa era segura: el número de las galerías era ilimitado, y su entrecruzamiento inextricable.

Al día siguiente, 26 de agosto, tres oficiales, treinta y cinco suboficiales y gendarmes, tres perros de policía, se dividieron en tres grupos, dotado cada uno de reflectores a pila, y de ovillos de hilo de colores diferentes. A las nueve, penetraban en los temibles recintos.

Para los que quedaron en el exterior, la espera se hizo insoportable. Desde los primeros minutos, se manifestó una tensión que fue en aumento constante. Los oficiales sabían que sus hombres corrían dos grandes peligros, de los cuales la asfixia no era el peor: a pesar del uso de ovillos de piola, era de temer que uno de los grupos se perdiera. Pasaron cuatro, cinco horas. Para entonces, los que habían quedado al aire libre ya no cambiaban una sola palabra. Caminaban de arriba a abajo entre los automóviles y cuando un periodista se aproximaba, lo echaban con un mal humor lindante con la brutalidad. Para completar la cosa, se había puesto a llover.

El grupo A surgió al aire libre poco antes de las 15. Los hombres estaban agotados. Una buena parte de su marcha se había hecho trepando por pasadizos estrechos tapizados por una capa pegajosa de formaciones calcáreas. Todo lo que habían encontrado fueron vestigios humanos cuyo análisis debía revelar más tarde que remontaban a la edad de piedra. El grupo C había avanzado con más comodidad, pero al penetrar en una especie de sala muy vasta, el gendarme Alquier tuvo un resbalón de treinta metros sobre la roca húmeda, que le provocó, además de múltiples contusiones, una fractura de peroné. Su evacuación había sido de las más difíciles: el pobre diablo sufría como un mártir y cuando apareció, alzado por dos de sus compañeros, con la pierna fijada con un entablillado provisorio, el jefe Campanez pensó que realmente una cara puede ponerse verde. Fue evacuado de inmediato al hospital de Arles, y comenzó la espera del tercer grupo.

Esta iba a prolongarse dos horas más aún. Cuando oyeron, a lo lejos, los ladridos de un perro, los que estaban afuera lanzaron un suspiro de alivio. El tercer grupo se había perdido verdaderamente. Durante todo el día habían errado por galerías y pasadizos, chapaleando grandes charcos nauseabundos. Uno de los reflectores había quedado fuera de uso, el otro se iba apagando, y la angustiosa exploración terminó en una oscuridad casi total.

Lo peor fue que no aportó ningún resultado. Todos estaban tremendamente despechados, y Campanez más aún que los otros oficiales, porque él había asumido la responsabilidad de la operación. Fue en ese momento, cuando todos se aprontaban para volver en auto, cuando la diosa fortuna vino en su ayuda.

Uno de los gendarmes del grupo B se había recostado en el suelo para reponer sus fuerzas. Justo cuando sonó la señal de formación, se levantó y se acercó a un matorral para una necesidad. Este matorral se hallaba próximo a la entrada de una de las cavernas. El hombre alcanzó a distinguir, bajo el delgado tapiz de hierba, un objeto metálico que un rayo de sol hacía brillar. Se inclinó; lo recogió; era un inflador de bicicleta de marca Tornado. Ahora bien, todos sabían que, cuando la bicicleta había sido devuelta a su

dueño, este se quejó de que faltaba el inflador. Un inflador de marca Tornado.

Así, pues, el perfil del vagabundo misterioso comenzaba a precisarse. Probablemente había asaltado una villa en Gordes entre el 7 y el 14 de agosto. Había robado una bicicleta en Robion el 16. Había tenido un accidente, y después de haber escondido la bicicleta inutilizada entre unas matas, guardándose el inflador, había continuado su camino a pie, pasando por las proximidades del Val d'Enfer y durmiendo a la noche en las grutas de Saint-Ginest. Había seguido su camino a la mañana del 17, olvidando el inflador, y probablemente habría robado otra bicicleta un poco más lejos.

Al emprender el camino de regreso, Campanez se dijo que esta aventura grotesca por los subterráneos no había sido inútil. Tal vez se había dado un gran paso adelante en la investigación. O tal vez no. Lo que pasó el 28 de agosto en Marsella lo hizo finalmente inclinarse por esta última tesis.

El hombre, un tal llamado Antoine Gilardin, era estibador en los muelles de la Joliette. Tenía treinta y cuatro años, una cara huesuda, dos ojos vivos muy hundidos en las cuencas, y una manía: la de enfundar sus manos en los bolsillos del pantalón al minuto de dejar de trabajar, para no volverlas a sacar sino lo estrictamente indispensable. Ese día, bajó del tranvía de Chartreux a la altura de la plaza Saint-Ferréol, como lo hacía cada mañana. Y cada mañana, también, iba a tomar un café en un bar que se encontraba en la esquina de una callecita, a la derecha de la ópera, antes de subir al colectivo que lo llevaba a su trabajo.

Su trayecto era siempre el mismo y sus pasos contados, porque era tan avaro de sus pasos como de sus gestos. Cuatro para subir a la acera, diez para atravesar la calle en diagonal, cinco o seis para llegar a la fachada del café, cuya pintura azul pálido se descascaraba. Gruñía un buen día indiferente a los que lo saludaban, bebía su café hirviendo aspirando el aroma en cada trago con un ruido de succión, arrojaba una moneda sobre el mostrador, y se iba.

Esa mañana del 28 de agosto, sin embargo, se fijó en dos hombres que estaban ubicados en una mesita del rincón, al lado de la ventana. No se

parecían a los otros parroquianos. Los demás eran gente que acababa de levantarse para ir a trabajar; estos, en cambio —pensó—, parecían no haberse acostado. También notó que conversaban a media voz con un acento corso, y no les prestó más atención.

Cuando se aprestaba a salir del café, los dos hombres se levantaron y pasaron delante de él para franquear la entrada, casi atropellándolo. Apenas habían llegado a la acera, cuando Gilardin observó un Citroën negro que marchaba pegado al cordón, a una velocidad anormalmente lenta. Luego oyó el estrépito de la vidriera del café volando en pedazos a su espalda, y solo después, el tac-tac-tac de la ametralladora. Pegó un salto a un lado y se tiró contra el suelo, cruzando las manos sobre la nuca en un gesto de protección, y con la nariz hundida en la alcantarilla. Hubo dos ráfagas más aún, a las que sucedió el ruido del motor que aceleraba y de los neumáticos que chirriaban al doblar la esquina. Cuando Gilardin levantó la cabeza, su primera impresión fue la felicidad de sentirse vivo. Una suerte —se dijo. Luego, en tanto que un grito de mujer resonaba agudísimo, semejante —pensó él— al gemido histérico de una llorona profesional, y que dos piernas pasaban corriendo a la altura de sus ojos, vio algo colorado y viscoso que se dirigía hacia él, un charco que se estiraba en dirección de la cuneta por donde empezó a caer gota a gota. Al seguir con la mirada el curso del charco hasta su fuente, descubrió los dos cuerpos, uno, acostado, en actitud crispada, y el otro cómicamente sentado, porque había ido a chocar contra la fachada del café antes de derrumbarse en un deslizamiento lento y suave, cayéndose para el costado en el momento preciso en que Gilardin lo miraba. Se sentía «raro». Entró de nuevo en el café, alargó la mano hacia una botella de ron que se encontraba en la repisa, se la empinó y se bebió unos buenos tragos del pico.

Cuando volvió a salir, el calor del sol fue para él como una revelación —como si fuera la primera vez en su vida que se exponía a sus rayos—, y el ruido de la calle le pareció ensordecedor. Una mujer gorda, la cabeza cubierta con un extravagante sombrero de flores, lo apostrofó con un acento que, aun en Marsella, y en otras circunstancias, hubiera hecho reventar de risa a todo el mundo: «¡Usted, pobre, yo estaba segura de que también lo habían liquidado!». Un hombrecito bajo se acercó, preguntándole: «¿Está

seguro de que no está herido? ¿Está bien seguro?». Y al mismo tiempo le palpaba el pecho y la espalda. Luego se olvidaron de él y cada uno se puso a hablar de sí mismo. Todos habían creído ver algo especial. Solo Louis Casso, patrón del bar, hacía alarde de una filosofía cínica y bonachona al mismo tiempo.

—¡Vayan, guarden sus historias para los canas! —les decía, con un aire de superioridad en su cara redonda y abotagada—. ¡Se las van a hacer repetir tantas veces que se les va a terminar la saliva!

Entretanto todos se mantenían apartados de los dos cadáveres. Nadie se había aproximado a ellos, ni siquiera para averiguar si estaban bien muertos, cosa que daban por descontado. Alguien sugirió que se debería taparlos con una ropa o una frazada, pero nadie tenía a mano ni una cosa ni otra, y Louis Casso, en una conversación aparte, replicó que él tenía algo mejor que hacer con sus frazadas. ¡Ah la, la! ¡Si tuviera que perderse una frazada cada vez que a un pedazo de pícaro se le ocurriera venir a hacerse bajar de un tiro frente a su bar, hace rato que se hubiera declarado en quiebra! Se excitaba al contacto de su propia elocuencia, y cuando se puso a pensar en la vidriera rota —250 francos por lo menos, además el televisor, y quién le pagaría todo eso—, su cólera ya no conocía límites. Era una forma de retomar contacto con la tierra, de tranquilizarse y echar fuera de su voluminosa osamenta los hedores pertinaces del terror que había experimentado. Y de pronto todo el mundo se dio vuelta hacia la ambulancia policial que llegaba ululando.

A todo esto, ya era casi mediodía y, desde hacía tres horas, el comisario Bonetti estaba fuera de sí, aunque no lo dejara traslucir. Su escritorio se hallaba situado en el tercer piso de la fachada norte de la Jefatura de Policía de Marsella, a unos veinte metros del escritorio del jefe, y toda la mañana ruidos de pasos precipitados, conversaciones en voz alta, todos los signos de una agitación desacostumbrada se habían filtrado a través de la puerta. La fiebre de los grandes días; Bonetti sabía bien cuál era la causa y era justamente eso lo que lo mortificaba.

Esperó hasta mediodía, sabiendo que en tales momentos no se podía entrar en el escritorio del jefe sin razón particular, y sin haber sido llamado. Cuando por fin pudo hacerlo, se obligó a entrar calmosamente en la vasta

habitación cuyas aberturas daban sobre el Vieux Port. Bonetti era bajo, tenía poco pelo, nariz aguileña, una expresión siempre tensa en el rostro, y dos negros y vivos ojos que parecían estar siempre en busca de un adversario.

—¿Y qué tal? ¿Se progresa?

El jefe levantó los ojos hacia él. Conocía la causa del mal humor que el joven comisario corso no podía disimular del todo, detrás de una sonrisa de circunstancias.

—Se progresa —dijo—. Los dos tipos están identificados. —De un capirotazo empujó hacia Bonetti las dos fichas traídas de los registros una hora antes. Bonetti les echó una ojeada sin tomarlas.

—Ya lo sé —dijo.

—Ya sé que lo sabe.

El jefe también sonrió, pero su sonrisa era muy diferente de la del comisario. Una real bondad la iluminaba, una expresión divertida, casi infantil. «Es bárbaro lo que corren las noticias en este piso».

—Escúcheme, jefe...

—Yo sé lo que vino a decirme. Siéntese, Bonetti —con un nuevo golpe hizo correr sobre la mesa el paquete de negros. Bonetti se sirvió uno.

—Estos dos tipos son clientes suyos; este asunto es para usted. Usted es el gran especialista en asuntos de rufianes. Entonces, ¿por qué diablos se lo confió a la tercera brigada?

—¿Es eso lo que piensa?

—Eso es justamente. Yo me deslomo todo el año por esos muchachos corsos, y cuando algo pasa, usted le regala la torta a Lannelongue. Me parece una curiosa manera de entender las competencias.

—Voy a explicarle la razón —dijo el jefe. Se echó para atrás en su sillón, hasta colocar su cara en el ángulo de sol que se filtraba a través de las cortinas semiabiertas, y cerró los ojos, abandonándose al calor—. Gracias a usted, Bonetti, sabemos casi todo acerca de la rivalidad entre la banda Lardini y los hermanos Buenaventura. Siempre gracias a usted, tenemos suficientes informantes para completar nuestros datos. Sabemos muy precisamente a quién hay que interpelar, interrogar, confrontar. Es un trabajo de rutina que Lannelongue hará perfectamente. A usted, Bonetti, lo necesito para otra cosa.

Bonetti hizo un gesto de irritación, y hasta se encogió de hombros.

—Esos dos truhanes no tienen ninguna importancia —prosiguió el director—. En cambio la norteamericana es mi mayor preocupación. Por eso lo puse a usted en eso. Porque usted es mi número uno. —Arrimó de pronto su sillón y se tiró sobre el escritorio, con apasionada atención—. Escuche bien lo que voy a decirle, querido mío. De esos mismos bandidos, tenemos por lo menos media docena que se trenzan en Marsella por año y, para mí, es cosa común. Mientras que esta historia de Baux, si nosotros nos echamos a dormir, uno de estos días va a acarrearnos un montón de trastornos. Un montón. Usted va a encargarse de ella y espero que no distraiga ni un solo minuto de su tiempo ocupándose de otra cosa.

Bonetti no respondió. Su posición estaba tomada desde hacía mucho. Es un asunto de gendarmería, le gustaba repetir. Ya se lo había dicho al jefe, que en este punto sabía a qué atenerse. A esa altura, Bonetti creía en la pista del vagabundo. Creía en los subterráneos de Saint-Ginest. Creía en el ladrón de bicicleta que ve a una linda chica dirigirse a un lugar apartado, que la sigue, se le va encima, y, cuando ella se resiste, le pasa un lazo de cuero alrededor del cuello y ajusta, y luego, para no haber hecho todo eso por nada, se va llevándose la billetera. Bonetti estaba persuadido de que todo lo que se estaba sacando a luz solo servía para darle largas al asunto. Prebenda para periodistas. Tenía la impresión de haber sido frustrado.

Alzó maquinalmente las fichas que estaban sobre el escritorio. Los dos muchachones que Gilardin había visto esa mañana en el bar Casso, y que fueron muertos ante sus ojos algunos segundos más tarde, estaban allí de frente y de perfil. Bonetti conocía de memoria cada uno de los datos consignados en esas fichas, y sin embargo, se puso a leerlos una vez más; de pronto, cuando ya leída la primera línea se concentraba en la segunda, se alertó su mirada y quedó fija, mientras un ligero silbido se escapaba de sus labios.

—*Angiotti Marcel* —leyó en voz alta—, llamado también *Paulo el Corso*, llamado *Marcello*...

Se detuvo en esta palabra. Su mirada se cruzó con la de su jefe. Bruscamente, sin agregar nada, salió de la pieza, con la ficha en la mano, volvió a su escritorio y descolgó el teléfono.

Quería ser el primero en anunciarle la novedad al juez Souffries. Pero el juez Souffries, como buen hombre del norte, no dejó traslucir la menor sorpresa.

—¿Usted cree que haya alguna relación? ¿El Marcello de la chica Strasberg no puede ser sencillamente un artista de cine?

—Tal vez, señor juez, pero este Marcello posee una propiedad en Villefranche, está escrito con todas las letras en su ficha. Allí pasa en general todo el verano. Ahora bien, sabemos que Candice estuvo en Niza unos doce días, y Niza no está más que a tres kilómetros de Villefranche.

—Ella también residió un tiempo en Villefranche —acotó el juez—. Según la declaración del industrial es allí adonde se dirigía en primer lugar.

—¿Entonces?...

—Entonces... ¿Usted piensa que hay una relación entre su muerte y el ajuste de cuentas de esta mañana?

—No lo sé. Pero me interesaría averiguarlo.

Se hizo un silencio al otro extremo del hilo, indicando que el juez reflexionaba.

—Comisario —dijo por fin—, usted conoce ese ambiente mucho mejor que yo. ¿Cómo piensa proceder?

—Con el máximo de publicidad —dijo Bonetti—. Voy a dar esta historia a los periodistas y les voy a pedir que ellos le agreguen algo más.

—¿Usted cree que eso es un buen método?

—Es el único. Tenemos que provocar testimonios. Tal vez haya una mujer atrás de eso. Otra mujer.

—Pero...

—¿Qué decía?

—Nada... Vaya, Bonetti, le doy carta blanca.

Era la primera revelación sensacional que publicaba la prensa, y tal como lo había previsto el comisario, los diarios la inflaron en forma.

AJUSTE DE CUENTAS ENTRE MALEANTES EN MARSELLA

Dos rufianes abatidos en plena ciudad...

La policía estima que quizás haya una relación entre estos homicidios y el de la joven norteamericana cuyo cadáver fue encontrado el 17 de agosto en Baux-de-Provence.

Ella corría por la vasta pradera en pendiente y la hierba estaba salpicada de macizos de margaritas. A veces se detenía y cortaba ramos de margaritas; luego, bruscamente, las flores se le escapaban de las manos, subiendo hasta el cénit como un haz de cohetes silenciosos, abriéndose en abanico en su ascensión. Ella los miraba, encantada, con la mirada extasiada de un niño que sigue una pompa de jabón y luego volvía a correr, dando saltos. Al pie de la pendiente había un bosquecito oscuro y frío; los árboles eran bajos, pero muy apretados, no dejando casi nada de paso entre uno y otro; ella se detenía en el linde, vacilando en internarse por allí, con el terror pintado en su rostro. Se volvía mirando a lo alto de la colina, desde donde Bernard la observaba y de pronto Bernard estaba junto a ella. Se encontraban en el bosque, y solo su brazo sobresalía de la hilera de árboles. Su brazo se cerraba alrededor del cuello de Candice, forzándola a penetrar en la espesura, y en ese momento un negro y horrible surco de estrangulación aparecía en torno del cuello de la joven, que caía sobre el lecho de hojas secas, muerta.

No era la primera vez que Bernard tenía esa pesadilla. Cuando se despertaba, el corazón le latía con fuerza y gotas de sudor le cubrían la frente. Luego, la impresión de garganta seca predominaba —demasiado beber, demasiado fumar— y prendía el primer cigarrillo de la jornada.

Permanecía siempre diez o veinte minutos en la cama antes de reunir suficientes energías para levantarse. Pensaba en ella, esforzándose por encontrar en su memoria algún detalle, una expresión, una palabra que se le hubieran pasado por alto. Su curiosidad, por ejemplo —se decía para sí mismo—: tenía una manera concentrada de mirarlo todo, como si hubiese querido ver en lo interior de los objetos. El mundo de los objetos —pensaba—, era un misterio para ella, un misterio que no la espantaba en absoluto sino que por el contrario se esforzaba constantemente en penetrar. Acuérdate cómo ella dio vuelta entre las manos ese encendedor (un chiche electrónico colocado sobre la mesa baja, delante del sofá), observándolo por

todas sus caras durante varios minutos, leyéndolo como hubiera leído una carta encontrada en un cajón. Su curiosidad le daba una expresión de gran seriedad a la mirada; luego aparecía una sonrisa en sus ojos, ahuyentando toda angustia y, sin necesidad de que pronunciara una sola palabra, uno comprendía que ella quería disculparse por haberlo olvidado tanto tiempo por algo que, al fin de cuentas, no valía la pena.

Las hojas dispersas de los diarios estaban tiradas por el piso, tal como habían caído de la cama durante la noche. Bernard se enredó los pies en ellas y lanzó una imprecación. *De nuestro enviado especial en Marsella, Bertrand de Ribeyrac... Los primeros rayos de sol de una hermosa mañana estival acompañaban alegremente la animación colorida de la gran ciudad hija de Focea... por suerte, ninguna bala perdida alcanzó a ninguno de los transeúntes, numerosos a esa hora temprana...*

Si yo fuera como ella —pensó—, si pudiera no hacerme nunca mala sangre... Echó una ojeada al pasar, a la fotografía clavada con alfileres en la pared, más arriba del secreter. La había tomado con *flash*, con la propia cámara de Candice. Una Candice desnuda, que hacía una mueca al operador como diciendo: no quiero que me fotografíen así —pero había más diversión que enojo en sus ojos cercados de pecas. Mas, como todas las mañanas, también «harías muy bien en tirar esa foto», pensó—. Eligió una camisa blanca, una corbata oscura, un traje triste. El uniforme del joven agente de cambio serio y dinámico. Una buena parte de su personalidad se complacía en ese camuflaje.

Cuando llegó al escritorio, hacia las diez, la secretaria le informó que el patrón quería verlo. El viejo Boni estaba arrellanado en su sillón; un débil buen día se deslizó a través de sus labios apretados; con un gesto invitó a Bernard a sentarse frente a él, en un asiento pullman más bajo.

—¿Leyó los diarios, Bernard?

—¿La historia esa de Marsella?

—No, las otras. Esto.

Tendió a Bernard una publicación de pequeño formato abierta en una de las páginas del centro; una *noticia suelta* había sido enmarcada con un trazo de lápiz rojo.

—Y bien, lea...

Al volante de su Porsche 911...

VAUQUIER JUNIOR TIENE UN DESPERFECTO CON SU COARTADA

Voces destempladas, el otro día, en el escritorio de Georges Vauquier, presidente de la comisión interdepartamental del Senado y que es, como se sabe, uno de los más sólidos pilares del movimiento U. M. F., creado por el apuesto Lavant-Bourdeaux. El consejero del presidente, Étienne Lagorce, que pasaba por la puerta, se acerca, inquieto, al ordenanza.

—Oh, ¡no es nada! —responde este—. Solo que el señor Presidente tiene una reunión con su hijo...

De pelo largo, vestido hasta las 18 de impecable cheviot inglés, pero más a gusto de noche con ropa de cuero negro y botas mejicanas, el joven Bernard lleva, en cierto modo, una doble existencia de doctor Jekyll y Mister Hyde. Gracias a las vinculaciones de su padre ocupa, durante el día, un puesto tan bien remunerado como poco absorbente, en las oficinas de uno de los primeros corredores de bolsa de París. Pero a la noche prefiere frecuentar los bares de Saint-Germain-des-Prés, sin duda para cambiarse de ideas.

Es allí donde, en el curso del pasado mes de julio, Bernard Vauquier anudaba tiernos lazos de amistad con una joven turista norteamericana llamada Candice Strasberg. Cinco semanas más tarde, la joven fue encontrada en el Midi, asesinada. Se sabe ahora que Bernard se había dado cita con ella alrededor del 15 de agosto... ¡en la Costa Azul!

Apostamos a que papá Vauquier, pese a sus poderosos amigos en el seno del gobierno, va a tener mucho problema para tapar por más tiempo este asunto.

—¿Por qué no te interesas más bien en la política? —habría preguntado a su hijo en el trascurso de la tormentosa entrevista del viernes pasado.

—La política no es divertida —respondió Bernard—. Sobre todo en la U. M. F.

Lo que prueba que, detrás de sus ínfulas de emancipación, este muchacho no carece de cierto sentido común...

—¿Y bien? —dijo Boni.

—¿Y bien qué?

—Que usted queda de a pie, querido mío. Usted comprende que, en una profesión como la nuestra, uno no puede permitirse dar el menor motivo de escándalo.

—Es un órgano de chantaje, usted lo sabe tan bien como yo, señor Boni.

—Yo no sé nada —dijo el viejo—. Su padre no podrá resentirse por esto. Estoy seguro de que aprobará lo que hago. Sus indemnizaciones le serán pagadas directamente por el contador.

Bernard comprendió que la entrevista había terminado. Muchas cosas habían terminado de golpe. Y sin explicarse muy claramente por qué, estaba más bien contento.

OceanofPDF.com

IV

En Villefranche como en Niza, en el viejo barrio que entremezcla sus callejuelas sórdidas más arriba del puerto como en los elegantes bares cercanos a la plaza Massena, nadie, aparentemente, había oído hablar jamás del crimen de Baux-de-Provence. Desde hacía varios días, los inspectores Melotti y Guinchard, del comisariato central de Niza, hacían recorridas por los hoteles, amueblados, restaurantes, pensiones, terrenos de *camping*, y en todas partes, cada vez que hacían preguntas, los miraban con ojos desmesuradamente abiertos, como si hubiesen sido dos marcianos que hablaran una lengua supersónica.

Habían rastreado todos los amueblados para turistas así como los restaurantes más lujosos cuyas terrazas dan a la dársena de Villefranche. Habían subido y bajado las escaleras de todos los hoteluchos donde el proxenetismo es tolerado en ciertos períodos del año, cuando unidades de la flota norteamericana vienen a fondear en la rada, y una hora después una bandada de prostitutas se abate sobre los muelles, misteriosamente surgidas del suelo, congregadas, desde todos los puntos de la costa, por las cadencias de un tan-tan audible solo para ellas.

Una evidencia —para la que de todos modos estaban preparados—, se imponía a ellos. Candice Strasberg había pasado más de una semana acá —once días exactamente—, sin que nadie, ni el más mínimo pescador que andaba por el puerto, o gerente de *snack-bar*, bañero o empleado de *bowling*, hubiera notado nunca su presencia.

Por supuesto, ni Melotti ni Guinchard se dejaban engañar. Al contrario, esta conspiración del silencio los confirmaba en la idea de que la pista era buena. Niza era una de las cinco ciudades de Francia donde se permitía la presencia de «interdictos de residencia» y en toda esta porción de la costa,

el Hampa reinaba como amo. Gente muy amable, que daba prosperidad al comercio local, que no se fijaba en los gastos, ni mezquinaba propinas, pero que era capaz de ser muy mala en cuanto los demás se metían en sus asuntos. Y los demás, es decir, todo el mundo, lo sabían. Un *status quo* se había instaurado. Era este el último lugar donde la policía podía investigar un homicidio con la menor posibilidad de éxito.

Sin embargo, Candice había llegado realmente el 16 de julio. Había tomado el ómnibus de Saint-Maxime a Niza —el conductor creía acordarse de ella—. Había dormido en un hotelito barato de la parte vieja de Niza el 16 a la noche, donde había registrado su paso. Probablemente había hecho a pie los últimos kilómetros, a lo largo del camino de cornisa, hasta Villefranche. Una vez allí, o más tarde, había anotado en su libreta, en varias oportunidades, el nombre *Marcello*. Hasta había compuesto inspirada por él dos poemas —bastante herméticos, a decir verdad. Un Marcello, rufián notorio, poseía una villa en las alturas de Saint-Second. El 28 de agosto, doce días después del crimen, había sido asesinado en un bar de Marsella. Era todo lo que sabía la policía. Era mucho. Y no era nada.

—Pero ahora que todo eso ha terminado —declaró más tarde alguien a quien llamaremos Danièle Lebègue (ella se hacía llamar con un nombre que pretendía más «sexy», pongamos: Carlyne)—, ya puedo contarles lo que pasó.

»Fue en el mercado de pájaros donde la vi por primera vez, un jueves de mañana, y la encontré divertida. Estaba vestida de un modo estrafalario y regateaba por el precio de un loro, en tanto chupaba un enorme cucurucho de helado. Yo había venido porque quería un pescadito rojo, bueno, aunque no fuera rojo, un pescadito para poner en una pecera. No sé bien cómo empezamos a conversar, pero ella enseguida me tuteó, y yo hice otro tanto, porque éramos casi de la misma edad.

»Estábamos charlando cuando una pareja se paró cerca de nosotros, gente muy amable, turistas, norteamericanos también. El hombre podía andar por los cincuenta, tenía puesto un panamá y usaba anteojos oscuros: la mujer parecía mayor —a menudo es así—, pero no lo era en realidad, pienso, y también me resultó muy simpática. Se presentaron, me olvidé de sus nombres, y el tipo contó que él había peleado en Francia, que estaba

encantado de encontrar a dos francesitas tan encantadoras, y que sería un gusto para él regalarnos el loro. Entonces Candice le dijo que ella también era norteamericana y el hombre se echó a reír como si eso hubiera sido un chiste formidable. Después hablaron en inglés, pero Candice dijo que sería mejor que todos habláramos francés, porque yo no entendía nada, y ellos nos invitaron a almorzar.

»Antes había insistido en comprar el loro, pero Candice les dijo que no sabría qué hacer con él. Había tenido antojo de un loro, pero como viajaba constantemente, no tendría dónde ponerlo ni cómo alimentarlo; entonces me compraron mi pescadito; yo tenía una pieza en un hospedaje, una piecita que daba sobre la ruta de Beaulieu y que no me cobraban muy caro. Y bueno, me fui al restaurante, con mi bolsita plástica en la mano y el pescado adentro. No sabía qué nombre ponerle y Candice me dijo que lo llamara Zigzag porque tenía dos manchas en el lomo, y a ella se le ocurría que una de las manchas era Zig y la otra Zag...

»El almuerzo estuvo muy rico y muy bien rociado. El tipo se había emborrachado un poco; en el postre, decía que quería vender su negocio en Dallas, o no sé dónde, en Dallas no, en un pueblito más chico, y venir a instalarse acá para vender helados; su mujer no paraba de reír llamándolo “Norman”, de eso me acuerdo ahora. Candice me hacía señas discretas, como diciendo “yo me las pico”, ya estaba harta. Entonces, como a las cuatro, nos besamos todos como si fuéramos a la guerra, y no los vi nunca más.

»Esa noche, Candice durmió en mi casa. Compartió mi cama y antes de dormir cocinamos unos fideos en su calentador de *camping* (esas cosas me traían un montón de historias con el hotelero). Y después nos fuimos a dar una vuelta a una boite adonde yo iba todas las noches, una boite muy barata que se llama “La *doble barra*», un nombre estúpido. Me encontré con unos amigos y Candice tuvo mucho éxito, pero un éxito de estima, en cierto modo nadie le hacía proposiciones atrevidas, no era de esa clase de chicas y los muchachos se daban cuenta enseguida.

»En general no me gusta vivir con una compañera, siempre hay líos. Pero con Candice, ningún problema. Era discreta y ordenada, siempre dispuesta a divertirse; por eso, el tercer día, cuando me dijo que se mudaba,

sentí pena. Me dijo que había encontrado un muchacho aceptable y que viviría con él algunos días antes de seguir viaje. Ahora, no me pregunte quién era el tipo, porque nunca lo supe. Es decir, en ese entonces, ahora todo el mundo lo sabe” —concluyó Carlyne mientras el que la escuchaba se esforzaba por grabar en su memoria cada palabra que ella pronunciaba y las cadencias de sus frases, verdadero desafío a la puntuación.

Lo que ocurrió después de eso, al juez le costó ochenta y nueve días reconstruirlo. Cada mañana, nuevos informes se acumulaban en su mesa, provenientes de Marsella, Lyon, París, Toulon, El Havre, Avignon, Niza, Saint-Tropez, y por una razón que él no llegaba a explicarse claramente, su espíritu volvía siempre a fijarse en Villefranche. Se formulaba sin cesar una pregunta a la que ninguno de los servicios de policía ni de gendarmería había aportado hasta entonces el menor embrión de respuesta: ¿por qué Candice Strasberg se había dirigido, antes que a cualquier otra parte, a Villefranche? ¿Por qué allí y no a otra parte? ¿Por qué había declarado expresamente a Laurent Kirschner que ese era su «punto de llegada»? Si ella hubiese dicho, por ejemplo, Saint-Tropez, uno hubiera entendido. Saint-Tropez es el punto de atracción hacia donde converge, desde el mundo entero, toda una juventud atacada del mal de evasión. Un lugar de reunión casi oficial. Aun Cannes, en todo caso, o Montecarlo, en otro tipo, podían haber sido elegidos por una joven vagabunda enamorada del sol y la aventura. Cada uno de esos lugares tiene su leyenda, y las leyendas son el producto que mejor se vende en las agencias de viaje. Pero ¿Villefranche?

Villefranche y su rada crepitando bajo un sol que cae a plomo, sus muelles semiabandonados, sus loteos trazados con escuadra, donde toda una colonia de ciudadanos británicos jubilados esperaba la muerte en un tedio distinguido. Nada de casino. Nada de playa a menos de cuatro kilómetros. Poco o nada de boites nocturnas. Veraneantes apacibles con una edad promedio de cincuenta y siete años. Villefranche había sido un imán para Candice Strasberg, y había sido también, al menos según lo que se sabía en el estadio actual de la pesquisa, el lugar de Francia donde había pasado más tiempo. ¿Por qué?

La primera información de importancia que el juez obtuvo a este respecto fue fruto del trabajo paciente y tenaz de la tercera brigada criminal

de Marsella. Desde hacía trece días Lannelongue y sus hombres estaban dedicados a investigar la personalidad del que había sido Angiotti Marcel, llamado también Paulo el Corso, llamado Marcello, y un buen día terminaron por descubrir que el hombre tenía una hermana en Orange. Se dirigieron a casa de esta hermana, que era conocida como muy honorable, y que estaba casada con el dueño de un garaje de la ciudad: supieron así que Marcello, la oveja negra de la familia, había venido a pasar con ellos las fiestas del 15 de agosto —la hermana se llamaba María—, y esta noticia les causó mucha alegría. Bastaba echar una ojeada sobre un mapa Michelin para ver que Orange está a solo treinta kilómetros de Baux-de-Provence: una media horita escasa en el Citroën del difunto.

—Pero, —tal como lo hizo resaltar el juez Souffries con un matiz de irritación en la voz—, terminaremos todos por descubrir que en esta época del año, Francia entera converge hacia el Midi y que allí todo el mundo anda dando vueltas en un círculo de cien kilómetros de radio. Y cuando hayamos «ubicado» —empleaba a veces, por afectación, la jerga policial—, a todos nuestros sospechosos entre Nimes, Avignon, Marsella y Beaulieu, ¿qué habremos adelantado?

—Angiotti no hizo el viaje solo. Tenemos la declaración de un encargado de surtidor: una mujer joven ocupaba el asiento de al lado.

—Y la hermana, ¿qué dice?

—Cuando llegó a Orange, estaba solo.

—¿Y reconoció a la señorita Strasberg, ese encargado?

—Vio a la pasajera de tres cuartos de espalda. Simplemente le vio el pelo más o menos rubio.

—¿Y eso nos conduce más o menos a qué?

Souffries estaba nervioso en este mediados de setiembre. Había tenido entrevistas «desagradables» con el fiscal Delarue, y la prensa se ponía mordaz. «Y eso —había dicho el fiscal—, que todavía estamos en período de vacaciones. Espere solamente que empiecen las clases. Espere a octubre. Usted los verá cómo se nos vienen encima. Empiezan los semanarios escandalosos, con sus signos de interrogación, y un buen día todo eso gana los diarios, y se termina por suprimir los signos de interrogación: se termina

por afirmar que la policía y la magistratura, en Francia, son casi tan eficaces como el teléfono y la red caminera».

El sueño de una noche de verano. Laurent Kirschner recordó más tarde que este título de una obra de Shakespeare lo había obsesionado durante los largos días y las largas noches de ese mes de julio. En Val d'Esquières, las vacaciones seguían su curso según un ritmo ya regulado desde muchos años atrás. Levantarse a las diez. Ir a la playa con o sin los niños. Martha se instalaba debajo de una sombrilla. Laurent odiaba los baños de sol acostado en la arena, y no sabía en qué ocupar el tiempo. Jamás se desvestía completamente. Vestía un pantalón de hilo y una camiseta o bien una remera. Bebía cantidad de aperitivos. Y pensaba en Candice.

En un soñar despierto mil veces recommenzado, revivía la noche en Baumanière, esa noche en que la sabía dormida, del otro lado del tabique. Tendría que haber insistido —se decía—, pero tal vez eso hubiera echado todo a perder. Sí, ¿acaso ella no habría aceptado, aunque fuera por agradecimiento? Sí, pero ¿acaso puede uno saber lo que pasa en la cabeza de una chica de hoy? Antes eras más emprendedor, y menos susceptible. Al separarse de ella, la mañana del 16 de julio, en la ruta de Saint-Maxime, él le había dicho:

—¿Quiere algunos billetes, para que no tenga problemas?

—No, gracias.

Él había preparado un fajo, de 300 francos más o menos, en el bolsillo de su pantalón. Trató de deslizárselo en la mochila.

—Gracias, Laurent, en serio, no, usted ya me ha mimado demasiado. Ha sido muy, pero muy atento conmigo.

Aludía, sin duda, al hecho de que él no había intentado nada, justamente. Luego pareció experimentar como un remordimiento de no haber sido ella tan «atenta», y lo besó en la boca.

—¿Qué le parece si nos encontramos un día de estos para almorzar? —preguntó él—. Por ejemplo, en Saint - Tropez.

—¡Macanudo! —exclamó ella alegremente. La idea parecía encantarla y sus ojos se pusieron a brillar—. Dentro de ocho o diez días —agregó.

—El 27. —Él consultó el calendario de su libreta—. No, es un domingo. El 28, a la una, en el restaurante Mouscardins. ¿Se va a acordar?

—Estaré allí —dijo ella—. Mouscardins.

—Es sobre el muelle, al lado de la torre grande. Muy fácil de encontrar.

—Allí estaré, Laurent. Hasta la vista.

Durante la semana del 20 al 26, habló en varias oportunidades de ese inyector que golpeaba «al pasar de 120». No había encontrado ningún pretexto más aceptable. Iba a tener que ir a Niza para hacerlo arreglar, ¡qué clavo! «Si no llegan a poder arreglarlo en el día, me quedaré a dormir en Niza» —le dijo a Martha. Martha lo encontraba perfectamente natural: pensaba que era un buen pretexto para ir a jugar a Montecarlo. A las 13, se instaló en la terraza del Mouscardins. Antes, al pasar, se había detenido en el Byblos para reservar una habitación.

Y contra toda esperanza —porque en el fondo no esperaba que viniera —, la vio, hacia la una y cuarto, acercarse por el muelle. Estaba en compañía de una pandilla de jóvenes, todos vestidos como ella, de manera extravagante, tres muchachos melenudos, dos chicas, una linda y otra fea. Desde abajo, le hizo un saludo con la mano, y permaneció aún diez largos minutos charlando con ellos, antes de reunirse con él.

—Laurent —dijo al sentarse a la mesa—, ¡está bien quemado!, ¡está muy buen mozo!

Enseguida le contó de su estada en Villefranche. Había vivido allí en casa de una amiga de su madre, una anciana muy amable que tenía una linda casa en las alturas de Saint-Second. «Ahora —dijo—, voy a correr la coneja cuatro o cinco días por aquí, pero Saint-Tropez no me gusta mucho, lo han ponderado por demás, hay demasiada gente». Y en ese momento, se concentró en su lenguado al champán. Él, a su vez, aprovechó para hablarle de sí mismo. Dijo que cuando era estudiante, su ideal era escribir, pero, entonces, ¿cómo habría podido pagar la ropa y las curas de adelgazamiento de su mujer, los estudios de su hijo, el auto deportivo y los abortos de su hija? Le habló de su bisabuelo alsaciano que llegó de un pueblito de Alsacia «con sus alforjas a la espalda», y contó cómo su padre, durante la última guerra, había dado un impulso a la pequeña usina que fabricaba «aparatos electrónicos para los aviones y submarinos» y ahora era una industria

importante. «Demasiado, tal vez —agregó—. Un buen día uno se da cuenta de que solo se vive una vez, y de que uno se ha quedado al margen».

Ella ponía, al escucharlo, una apasionada atención. De vez en cuando decía un «¡Oh!» con tono de conmiseración, de deslumbramiento o de simple interés. Él continuó diciendo que en esos momentos había una crisis espantosa en los negocios; adoptó un aire abatido y preocupado. Agregó que a veces se preguntaba si no sería mejor plantar todo y volver a empezar de cero. Mientras hablaba, se preguntaba a sí mismo si en esos momentos era sincero o no. Tenía tendencia a creer que lo era. Luego, en el postre, se dio cuenta de que él seguía sus propios pensamientos, y ella los de ella, y que no había manera de juntarlos. Entonces, le tomó la mano y le dijo:

—Candice, ¿quiere pasar la tarde conmigo? ¿Usted comprende lo que le quiero decir? He reservado una habitación acá.

Ella dijo:

—No. Quiero bañarme. Pero esta noche, si usted quiere, de acuerdo.

Veinticuatro horas más tarde, estaba de regreso en su casa, a cubierto. Confortablemente acostado en un sillón del patio —asiento relax, de doce posiciones—, escuchaba a Martha que le hacía preguntas con una expresión divertida y burlona, pero sin ninguna maldad, para tratar de saber cuánto había perdido en Monte-Carlo.

—Pero no fui a jugar, querida, te lo juro.

—Entonces, ¿lo del inyector era verdad?

—Era verdad. Ya no golpetea más, puedes escucharlo. Si hubiera querido jugar, no tenía necesidad de ir tan lejos, hay casinos por todos lados en la costa. Y no tenía necesidad de mentir.

—Cierto —admitió ella. (Cuatro años antes habían tenido un disgusto muy grande entre ellos, la noche en que él perdió cinco millones en el casino privado de Cannes, y luego le había jurado solemnemente no volver a poner los pies en una mesa de juego).

—Pero también has podido ir a encontrarte con una linda chica —agregó puliéndose las uñas—, y si te lo pregunta no me lo dirás, así que no te pregunto nada.

Lo observó sonriendo e hizo girar levemente la cabeza hacia él, sonriendo, también, con un «Humm» interrogativo y casi divertido. En ese

momento —le contó él más tarde a su abogado—, pensé que se sentía en cierto modo orgullosa con la idea de que yo pudiese seducir a una chica joven y linda y que ese sentimiento, en ella, triunfaba sobre los celos, y estuve a un pelo de confesárselo todo.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó el abogado Beaudot.

Kirschner bajó la cabeza.

—¡Oh Dios! ¡Eso me hubiera evitado tantas boludeces!

—Y es lo menos que podemos llamarlas. Esto es lo que vamos a hacer...

El doctor Beaudot apretó el botón de uno de los tres grabadores, el de aquel donde tomaba sus notas ultrasecretas. Su escritorio estaba situado en la avenida Paul Doumer, una gran pieza con arcada que daba sobre la terraza, llena de sol ese día. Las paredes eran de colores claros, con muebles modernos y alegres, y él mismo, un hombre de sesenta años, sonrisa cálida, y tranquilizadora corpulencia, ofrecía la imagen de un tipo de buen humor, muy capaz de levantarle a uno la moral y de enderezarle cualquier asunto por torcido que estuviera.

—La noche en Baux no la suprimimos —dijo, hablando de frente al micrófono—, puesto que la chica llenó una ficha de hotel. En el Byblos, por el contrario, no se dejó ningún rastro, por consiguiente, no hablaremos, al menos por ahora, de la escapada a Saint-Tropez. —Cortó el contacto para emitir una observación personal, con una voz que la risa tornaba gutural—. Si los hoteleros de Saint-Tropez tuvieran que entretenerse en hacer llenar fichas a todas las chicas que sus clientes invitan a sus dormitorios, necesitarían máquinas IBM...

Convinieron igualmente que Kirschner no diría nada de lo ocurrido el 3 de agosto. La tarde de ese mismo día, Martha no había vuelto aún de la playa, la criada se había ido a Saint-Raphaël en ómnibus, Brigitte estaba en el mar a bordo de un velero con amigos y François —que pasaba las noches afuera—, dormía en su cuarto. Kirschner había vuelto a la villa más temprano que de costumbre para hacer algunos llamados telefónicos a las oficinas de París, a Bourges, donde se encontraba la usina, y a Toulon, donde nuevas dificultades habían surgido en los arsenales del estado. Los trastornos habituales del mes de agosto, con los ingenieros diseminados por

todos los rincones de Francia, las usinas trabajando en cámara lenta, las transmisiones en baja potencia. Luego, a las cuatro, se había instalado a la sombra fresca del patio, con un diario desplegado ante él, y la mente obnubilada por ataques de sueño, porque el calor era agobiante. Fue entonces cuando oyó pasos sobre la grava del sendero: alguien, un joven, franqueaba la verja, y caminaba con andar indolente hacia él, llevando una carpeta de dibujos bajo el brazo.

Kirschner lo miraba acercarse. Tenía pelo rubio y muy largo, una barba en forma de collar, grandes ojos azules, nariz recta; era buen mozo, *un tipo de pastor griego* —pensó. Kirschner se levantó y fue a su encuentro.

En cuanto el muchacho empezó a hablarle, lo primero que lo impactó fue su mirada. Los ojos no cesaban de sonreír, pero parecía que no podían fijarse sobre nada real y, examinándolos bien, sonreían demasiado. La voz tampoco era muy natural, modulaba las frases un poco a la manera de una letanía gregoriana. *Estos son así*, pensó Kirschner y, cortando en seco las frases de cortesía y de disculpa, preguntó:

—¿Qué es lo que quiere, concretamente?

—Espero que usted no tenga nada contra los jóvenes, señor...

Uno de esos pechadores... Pacientemente —y él mismo estaba sorprendido—, Kirschner escuchó al muchacho recitar su cuentito sobre los jóvenes de hoy, tan desarmados y no violentos, en una sociedad de competición y de muerte. En tanto modulaba su canto llano, abrió la carpeta de dibujos. Kirschner dejó bajar su mirada hasta esas inmundicias: horribles aguadas de dibujo torpe y colores ululantes, alguna visión del infierno tal como podía concebirlo un artista infantil empapado de teorías literarias. ¿Quizás este chico pensaba que eran obras de arte? Kirschner experimentó, por un instante, un sentimiento que podía parecerse a la compasión. Metió la mano en su bolsillo y sacó un billete de diez francos.

—Aquí tienes, muchacho, toma esto y déjame tranquilo. Tengo otra cosa que hacer.

Pero el otro seguía sonriendo con una sonrisa como la de las estatuas de la catedral de Chartres, una expresión de serenidad que a uno le hacía tomar conciencia de su propia nada...

—Esto vale mucho más que eso, señor Kirschner...

—¿De dónde sabes mi nombre?

—Espere, señor Kirschner, todavía no los miró a todos...

Hacía desfilas rápidamente las hojas Cansón con la punta de los dedos, semejante a uno de esos pintamonas que venden sus obras en la terraza de la Coupole.

—Hay algunos que están bien logrados, ¿sabe?...

Después del último dibujo aparecieron entonces tres fotografías en colores de formato 18 × 24. En una, Kirschner estaba acostado en la arena de la playa de Pampelone. Candice, a su lado, se había sacado el corpiño. Kirschner le pasaba la mano por el hombro y le besaba el surco de la axila. En otra, caminaban muy juntos, tomados de la mano y sonriéndose uno al otro, a lo largo del muelle Jean Bart. La tercera había sido tomada abajo de la terraza de Mouscardine: Kirschner acariciaba el pelo corto y espeso de la joven, con una sonrisa paternal y excitada.

—Lo prefiero así —dijo Kirschner—. Yo te había tomado realmente por un seco.

—Yo soy un seco —dijo el muchacho—. Un seco en la vía.

Había retomado fuerzas, durante el tiempo en que Kirschner miraba las fotografías, pero algo parecía separarlo, contra su voluntad, de las palabras que pronunciaba. Un espacio muy pequeño. Kirschner trasladó su mirada de las fotos a la cara del muchacho, en la que los ojos sonrientes no dejaban de zozobrar, volver, zozobrar, volver...

—¿Tienes tanta necesidad de droga, que te ves reducido a hacer este chantaje miserable?

—Golpe bajo, señor Kirschner... —demoró un poco para hacer una inspiración y prosiguió con un tono más agresivo—: Y tenga en cuenta otra cosa, nosotros no somos ambiciosos. Usted se sorprendería de lo barato de este asunto...

—A ver...

—Señor Kirschner, usted podría hacer una oferta, pero prefiero que no: seguro que sería superior a lo que voy a pedirle. Tendría la impresión de estarlo robando.

Kirschner no supo si abofetearlo. Renunció a hacerlo. Tomó una actitud desenvuelta, como el otro, y sonrió también.

—¿Y si fuéramos a discutir eso a la policía?

—¿Por qué no? —dijo el muchacho—. El capitalista y el vagabundo, fábula adecuada. —Arrancó a toda velocidad, como quien recita una lección—: El - negocio - de- los - vendedores - ambulantes - está - prohibido - en - toda- la - costa - no - obstante - habrá - tolerancia - en - los - casos - en - que - un - artista - auténtico - presente - sus - obras - a - los - turistas - sin - solicitar - limosna - ni - entregarse - a - ninguna - forma - de - mendicidad.

—¿Cuánto? —repitió Kirschner, sin ninguna convicción, porque un pensamiento acababa de nacer en su cerebro, un pensamiento que eclipsaba a todos los otros.

—¿Qué le parecen diez mil francos? De los nuevos, evidentemente.

—Acepto —dijo Kirschner—, pero con una condición: se los entregaré en manos propias a la señorita Strasberg.

Entonces, el muchacho pareció totalmente desconcertado.

—¿Qué tiene ella que ver con esto?

—¿Te crees que me vas a joder?

Esta vez, había estado a un paso de golpearlo. El muchacho lo sabía, y se burlaba abiertamente. *No-violento*.

—Candice es una chica honrada, señor Kirschner, ella no está al corriente de este vergonzoso trato.

—No te creo ni una palabra. Dile que le entregaré el dinero mañana, donde ella quiera, a cambio de las fotos y de los negativos.

—Usted bromea, señor Kirschner. Ni siquiera sé dónde está ella ahora. Perdida en la naturaleza. Mire, nosotros somos vagabundos...

Kirschner oyó un ruido a sus espaldas, y sabía muy bien de qué se trataba: Martha volvía de la playa, lentamente, porque la pendiente del sendero era inclinada y también traía al volver su reposera plegadiza. El muchacho la vio desembocar a unos sesenta metros y por primera vez desde el comienzo de la entrevista, sus ojos tomaron una expresión concentrada.

—Entonces —dijo—, ¿va usted a ayudar a los jóvenes anónimos? Somos el porvenir del país, no debe olvidarlo. Las fuerzas vivas de la nación, señor Kirschner. Necesitamos ser alentados. ¿Hacemos negocio?

—Hacemos negocio —dijo Kirschner—. Pero no con su tarifa. Con la mía.

—¿Es decir?

—El precio de la revelación y de las copias. Tres francos cincuenta.

—Usted me hace morir de risa —dijo el muchacho.

Y amagó un paso adelante, luego se detuvo. Kirschner lo observaba atentamente.

—Voy a darte una idea. —Sacó rápidamente las fotos de la carpeta y las puso en las manos del muchacho—. Ve a llevárselas a mi mujer. Enseguida. ¿Qué esperas?

—¿Usted está seguro de que es eso lo que quiere?

—Voy a ser muy franco contigo. Va a estar entrompada conmigo ocho días. Eso no vale cien mil francos. Al fin y al cabo, no vale ni siquiera tres francos cincuenta.

Entonces, se produjo una cosa sorprendente. El muchacho le devolvió las fotos y cerró la carpeta.

—Yo creo que usted es el más fuerte, abuelo, pero seguro que ya nos volveremos a encontrar. A lo mejor tenemos otras cosas que decirnos.

Ya se daba media vuelta.

—Siempre será un placer, pequeño —dijo Kirschner—. Soy uno de esos tipos apasionados por la juventud de hoy.

Deslizó las fotos en su bolsillo, al volver hacia el patio donde Martha lo esperaba.

—¿Quién era? —preguntó mientras se sentaba en el sillón que él había dejado algunos minutos antes.

—Nadie —respondió—, un vendedor ambulante. Un vendedor que no tenía nada que vender. Algo nunca visto...

Y prosiguió la lectura de su diario. Pero no entendía nada de lo que leía. Se sentía abrumado de tristeza. No sabía si Candice era cómplice de ese chantaje o no. Y lo devoraba un ardiente deseo de saberlo.

Se había establecido contacto con la policía estatal de Washington. Curiosamente, los primeros informes demoraron más de tres semanas en ser

trasmitidos a la Dirección de la Gendarmería de París. Consistían principalmente en una lista detallada de los objetos que Candice Strasberg llevaba en el momento de su partida de los Estados Unidos. La comparación con el inventario levantado al descubrirse el cadáver permitía establecer que faltaba:

- Una máquina de fotografías Polaroid;
- Un reloj pulsera;
- Una billetera y el dinero francés que la joven debía poseer;
- Una libreta de cheques de viajero;
- Un boleto de vuelta de la Stram Line, compañía holandesa de trasportes;

Además, los objetos siguientes habían sido, con razón o sin ella, inventariados como susceptibles de tener una relación con el crimen:

- Un arpón de pesca submarina;
- Un bastón de almendro cuya extremidad había sido afilada y con manchas de sangre no identificables;
- Un inflador de bicicleta de marca Tornado.

Una primera deducción había llevado al teniente coronel Bruard a suponer que el arpón provenía del asalto a la villa de Gordes (el propietario había denunciado, en efecto, la desaparición de «diversos utensilios de pesca submarina», pero sin identificar, por otra parte, a este arpón en particular). Una segunda deducción, mucho más sólida, establecía un lazo entre el inflador encontrado cerca de la abadía de Saint-Ginest y la bicicleta robada en Robion. La gendarmería, por el momento, no tenía mejor cosa que hacer que buscar al autor de esos dos robos. La hipótesis de trabajo según la cual este hombre era también el asesino parecía suficientemente fundada como para que se la considerara con atención.

Los tres testigos interrogados al comienzo de la investigación fueron oídos de nuevo. Como ocurre a menudo en este tipo de casos, los detalles que dieron sobre «el hombre de la campera azul» eran más precisos que la primera vez. Sea que su memoria hubiera tenido tiempo de decantarse, sea —más probablemente—, que la declaración de uno despertara en el otro

percepciones dormidas. Además, poco tiempo después de la publicación de esos informes, dos nuevos testigos se habían presentado. No habían hablado antes —explicaron—, porque su alejamiento del lugar del crimen no los había movido a acercarse, pero habían visto al hombre de campera azul sin lugar a dudas en momentos distintos y cada uno en un sitio diferente: al teniente coronel Bruard le bastó consultar un mapa de estado mayor y un calendario para comprobar que esos diferentes testimonios coincidían perfectamente. El 14 de setiembre, convocó a toda su gente a la Jefatura de policía de Lyon, y eso, en pleno acuerdo con el comisario Bonetti. Por ese entonces se encontraba en Lyon uno de los dos especialistas franceses de la técnica del identikit (o de la fotografía-robot), el comisario general Potel.

La sesión se prolongó toda la mañana y más allá del almuerzo, hasta las 17. Para los investigadores hubo momentos de esperanza, momentos de desaliento, pero, cuando el último testigo se hubo retirado para alcanzar su tren a tiempo, todos, tanto policías como gendarmes, estaban más bien satisfechos.

La imagen que se encontraba ante ellos (los diferentes elementos que componían su fisonomía habían sido pacientemente reunidos uno a uno, luego de múltiples vacilaciones), era la de un hombre de treinta y cinco años aproximadamente, de cara ancha —a lo que los fisionomistas llaman el tipo *cuadrado*, y los astrólogos el tipo *marciano*—, de frente bastante baja y pelo ralo y grueso. Los ojos, más bien redondos, tenían una expresión soñadora que no encajaba con la idea que uno se hace de un ladrón que por añadidura puede ser un asesino. Una de las orejas, la derecha, estaba ligeramente separada. La nariz gruesa, pero de arista fina y la línea de los labios hundida. En la parte baja de su cara había una expresión de determinación que contradecía la mirada, más bien mansa y dulce. En conjunto, era el rostro de «un hombre apacible pero que está listo a batirse hasta el fin por el logro de su ideal o la saciedad de sus deseos», tal como lo definía el comisario Potel. «Con un cierto dejo de joven combatiente del 14» —agregó, socarrón.

Durante horas se discutió sobre la posibilidad de que presentara una cicatriz: tres testigos afirmaban que la tenía (dos, sobre la mejilla izquierda, uno sobre la mejilla derecha), otros dos la negaban. Sin duda se trataba de

una arruga, fue la conclusión; finalmente, el identi-kit llevaba una de cada lado del mentón, bastante discreta, subiendo hasta la sien, y confiriéndole a su expresión una especie de sonrisa que tanto podía ser de desafío como de ternura.

Al día siguiente, el retrato, después de haber recibido algunos retoques de último momento, fue publicado en la prensa. Desde Dunkerque a Menton, desde Brest a Estrasburgo, todos pudieron contemplar a gusto la cara de quien había sido probablemente tan cobarde como para atacar a una joven de veintidós años, violarla, matarla y robarle. Treinta y una cartas llegaron a la Dirección de Gendarmería, provenientes de todas las regiones de Francia: sus autores afirmaban conocer al hombre buscado y pedían que se los citara para declarar.

Cada una de esas cartas fue comunicada al juez Souffries, que las veía amontonarse sobre su escritorio con una expresión de desaliento. En realidad, desde la víspera —exactamente desde el 23 de setiembre—, Gérard Souffries había levantado una nueva liebre, y de la manera más inesperada.

Era sábado. A las seis, antes de salir del Palacio de Justicia, el juez deslizó el expediente Strasberg en su portafolio —por lo menos una parte del expediente—, que se proponía estudiar con calma en su casa, aprovechando el domingo.

A las diez, en medio de la paz de la noche, se instaló en su escritorio, que antes había sido uno de los dormitorios de los chicos, ubicado en la parte de atrás de la casa. Hacia las once, golpearon a la puerta, y su hija, que se había ido a pasar el fin de semana a Tarascón, entró anunciándole que iba a acostarse, que los teleteatros eran una verdadera porquería y que había visto un fantástico cinturón con clavos, esa semana, en un negocio de Aix. Catherine era de la misma generación que Candice Strasberg. Era una marimacho muy linda, de mente tan rápida (*confusa*, decía su padre), que expresaba siempre un mínimo de tres ideas en la misma frase. El juez se molestó un poco al verla echar una mirada insistente sobre las piezas que había desplegado ante sí: a su parecer, una verdadera indiscreción. (Por otra parte, el juez Souffries reprochaba a su hija que no manifestara el menor interés por el asunto, que no se le importara un pito de eso, como de

ninguna otra cosa...). Catherine llegó hasta tomar la fotografía que se había encontrado entre las cosas de la muerta, de la que hasta entonces la prensa no había hecho mención.

—Mira —dijo—, Christian.

—¿Christian?

—Christian Solnès.

—¿Conoces a ese muchacho?

—Por supuesto. Todo el mundo lo conoce. Es el que canta *Carta a Douna*.

—¿Qué es *Carta a Douna*?

—Uno de los éxitos del verano. Bastante buen negocio.

Se puso a tararear, marcando la síncopa con el chasquido de los dedos:

*Mi querido amor, me decido a escribirte... ¡oh sí!
porque escribir es más fácil
y yo no estaré allí para verte reír
¡oh!, ¡oh!... de mis palabras torpes.*

—Muy torpes, en efecto —dijo el juez—. Buenas noches.

Pero antes de que ella cerrara la puerta, cambió de idea:

—¿Tienes el disco, acá?

—Creo que sí.

—¿Está su foto en el sobre?

—Me parece.

—¿Quieres traérmelo?

—¿Por qué?

—Porque sí —dijo el juez.

La joven volvió con el cuarenta y cinco revoluciones, y él pudo comprobar que había en efecto un extraordinario parecido entre el muchacho del ancho flequillo al sesgo que había posado en un puerto cualquiera de la Costa Azul y el joven intérprete de *Carta a Douna*. No pudo aguantar hasta el día siguiente; descolgó el teléfono y llamó al comisario Bonetti a su domicilio.

—... ¡Y no sabe lo mejor! ¡Fue mi hija la que lo descubrió!

V

Tal como aparecía a los investigadores a esta altura de su trabajo, la personalidad de Candice Strasberg ofrecía varias facetas contradictorias. Según las informaciones recibidas de Estados Unidos, era una joven de un medio acomodado, que había hecho tres años de estudio en la universidad de Penmark, en California. Allí había obtenido buenas notas, *inteligente, muy independiente, un poco testaruda, irregular en su trabajo, pero capaz de recuperar cualquier atraso la víspera de un examen*. Su padre ocupaba el cargo de administrador en una usina de colorantes en New Jersey; su madre, francesa de origen, se había vuelto a casar y vivía en Brindsbale, Pueblito de Oregon. Su tía, una vieja dama de ingresos modestos a la que quería mucho, la había albergado durante dos años en su casa de las afueras de San Francisco, luego Candice había volado con sus propias alas y vivía sola o «en casa de amigos». Los informes recogidos sobre este período de su existencia que había precedido a su viaje a Francia la describían como una joven *frívola y narcisista, de actividades esencialmente egocéntricas, enamorada de la música pop y de los encajes mejicanos*. Pero otros datos llegados más tarde establecían que había pertenecido a un grupo político de extrema izquierda de tendencia castrista. Participaba activamente en las discusiones más ardorosas, se nutría de lecturas austeras, y era tan capaz de pasarse noches construyendo un mundo de humo como de participar de día, de manera activa y eficaz, en manifestaciones en masa contra la segregación o la guerra de Vietnam. Algunas de sus relaciones la describían como «intelectual», una de esas chicas «de las que uno se olvida qué sexo tienen»; otros que se referían a ella hablaban en cambio de ninfomanía. Conocía —dijo uno de sus profesores—, la dialéctica marxista al dedillo pero la había estudiado a fondo solo para superarla.

El cincuenta por ciento de los testimonios recogidos la describían como una chica muy alegre, sana, sin problemas, amante de la vida, muy decidida a extraer el máximo de ella. Los otros cincuenta subrayaban que Candice engañaba a sus amigos y escondía una melancolía de tendencia autodestructiva bajo una apariencia de frivolidad. Era *el tipo justo de la mujer que necesita un análisis*, declaraba uno de sus compañeros de la universidad, que —según se estableció luego—, había estado enamorado de ella pero había sido rechazado.

«Popular» era el término que más a menudo aparecía en los informes de la policía. De una manera u otra, Candice podía ser considerada como una figura destacada de la colonia beatnik de San Francisco, pero con este matiz: ella representaba, en el seno de esos jóvenes nihilistas, la tendencia conservadora. Iba hasta cierta altura en la negación de las estructuras y de los principios, pero se guardaba muy bien de arriesgarse más allá. Era —dijo Ed Thatcher, un periodista que la había conocido bien—, «como alguien que tira todas las sillas de su departamento por la ventana, pero al minuto después se apresura a hacer entrar grandes y confortables cojines por la puerta». No tenía ningún sentido de la moral pero podía mostrarse fiel en el amor, tanto como en la amistad. El dinero, para ella, no tenía ninguna importancia, pero según algunos, era codiciosa, y se citaban ciertos rasgos que otros calificaban de pura calumnia. La Oficina Federal de Narcóticos redactó un informe donde se establecía que Candice no había sido nunca sospechada de tráfico o uso de estupefacientes, pero que «teniendo en cuenta su ambiente social», no era imprudente pensar que debía de haber consumido, de manera más o menos regular, drogas menores tales como marihuana o hachís. El reverendo Laurence Durthal, capellán de la Universidad de Penmark, reveló que Candice había atravesado, dos años antes de su muerte, una crisis de misticismo. Era —dijo en su declaración—, pura como el oro, esencialmente inadaptada «y, como tantos jóvenes desgraciados, en búsqueda desesperada de una solución que, nosotros, los adultos, somos incapaces de darles». Lo que en boca de un sacerdote de la Iglesia Católica era una declaración como para dejar estupefacto por lo menos.

Tal como se le apareció a Christian Solnès, esa noche del 29 de julio, en el Papagayo de Saint-Tropez (con su alta silueta, rubia y un poco encorvada, recortándose de pronto en la puerta contra el fondo de la noche, envuelta en las bandas de humo que se escapaban de la sala y caminando hacia el fondo de esa misma sala —hacia él—, con paso seguro y el busto ahora levemente erguido, afectando un ligero desdén), era más bien —declaró después—, *una lancha salvavidas totalmente equipada, con radar, motor de 600 CV y valiente capitán*. Christian flotaba, tironeado por esas exigencias contradictorias que solo se concilian hacia las tres de la mañana y por un corto lapso, débilmente protegido por el aura de falsa serenidad que desplegaba entre las mesas, a lo largo del bar y de la pista, con paso sereno, prudente, como si tuviera miedo de quebrarse. Esa noche había absorbido de todo, al azar, al paso, por no contrariar a nadie, como tampoco a ninguno de los diferentes «sí mismos» que habitaban dentro de él. Bocanadas de marihuana aspiradas de ocasionales cigarrillos, bocanadas más acres y espesas de hachís, *whiskies* ingeridos porque se hallaban al alcance de la mano, y el contacto mágico de la palma húmeda contra el vidrio fresco, que bastaba para justificar esas mezcolanzas contradictorias.

Y entonces, preso entre los fuegos cruzados de las estridencias de la música, de las luces cambiantes, de las carcajadas de las mujeres, de los vahos de sudor y perfume, de los cuerpos que se pegaban a él y se despegaban a compás, se sentía semejante a un navegante solitario durante el corto respiro que se le concede entre dos golpes de viento. Sabía que de un momento a otro, iba a plantearse de nuevo la pregunta: ¿cómo sobrevivir?

Y sabía también que, en otro rincón de su cerebro, por desgracia mucho más pequeño y oscuro, se encontraba la respuesta: una vez más, y de un modo u otro, el día sucedería a la noche. Y fue entonces cuando la vio entrar, en compañía de un hombre con cara de ave de rapiña, que no estaba en absoluto de acuerdo con ella. Ese hombre paseaba sobre la fauna del lugar la mirada fría y paciente del buitre que asiste desde lo alto de un árbol al retozar de un par de leones devorando una gacela, esperando simplemente que hayan terminado para hartarse con las achuras. Christian se aproximó a la mesa; miraba a la chica y el tipo preguntó:

—¿Nos hemos encontrado alguna vez?

Su voz, pensó Christian, reflejaba un discreto coraje, un tono de desafío totalmente razonable; le pareció percibir en él el brillo fugitivo de una hoja de puñal atravesando el campo luminoso de un reflector. Gracias al cáñamo, tenía un oído enorme, esa noche; percibía, más allá de los sonidos, todo un ultraplano de sonidos armónicos, hasta el infinito. Pero era la voz de ella la que él tenía ganas de escuchar, y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Ghislaine —contestó—. La princesa Ghislaine del Mar de la Serenidad.

El tipo de cara cuadrada se echó a reír a carcajadas. Christian estaba maravillado por los sonidos que habían fluido de esos labios adorables, como un raudal de luz plateada. Estaba admirado por su delicado rostro de hermafrodita, una virgen de Botticelli que hubiera aterrizado indemne en la época de la píldora y del sex-group. El hombre, que era muy moreno, vestido con una camisa Tahiti y un anillo de sello en el dedo, le hizo una seña al mozo, señalándole a Christian:

—Sácame esto de acá —dijo.

Pero Christian ya se había sentado a la mesa:

—Yo soy una personalidad acá, señor Sargent Shriver, soy como quien diría, un intocable.

—Ya he visto tu jeta en la televisión —dijo el otro (parecía amansarse)— no cantas mal para ser un drogado.

—Golpe bajo, señor Sargent Shriver.

—En tipos así, las notas no suben más arriba que sus huevos... cuando los tienen. —La broma lo divirtió enormemente, y se rio con fuertes risotadas—. ¿Por qué me llamas sargento?

—A causa de su distinción, señor Embajador.

El tipo pareció desinteresarse de él y se volvió hacia Candice:

—¿Quieres que lo haga desaparecer?

—No —dijo ella—, yo lo he invitado a mi mesa.

—Mucho gusto —dijo el tipo, irónico y socarrón— me llamo Marcello.

Christian estrechó la mano que le tendía y se volvió hacia el mozo, que había permanecido allí todo el tiempo:

—Sirve un *whisky* doble a mi amigo Marcello.

En ese momento, el *disc-jockey* puso *Carta a Douna*. Lo haría oír varias veces en una misma noche cuando Christian estaba allí y a Christian, en general, le gustaba, pero de pronto le dio vergüenza. Sabía que en el tercer compás del estribillo, al tratar de subir hasta el fa, su voz se quedaba un poco abajo —durante el registro, ese falso fa lo había ensayado por lo menos cuarenta veces, y al final se había elegido el menos malo—, y por primera vez eso lo molestaba realmente.

—¿Cómo te llamas? —repitió, porque ella no había contestado en serio.

—Candice.

—¿Eres inglesa?

—Norteamericana.

—Y a este fulano, ¿lo quieres?

Marcello oía todo. Ella le tomó la mano.

—Sí, ¿te molesta?

—Me revienta. Marcello, ¿tendría inconveniente en que bailemos?

—De ninguna manera, pequeño. Es un honor. —Ahora representaba al industrial próspero, afable, y buen padre de familia. Al levantarse para tomar de la cintura a Candice, Christian observó que el pulgar de Marcello estaba muy separado de los otros dedos, y muy arqueado. Él miraba siempre las manos de los hombres cuya mujer se aprestaba a robar.

—¿Es malo? —preguntó mientras bailaban.

—Muy malo.

—Yo también. Mira.

Al pasar cerca de una mesa desocupada, dejó caer su brazo totalmente blando, bien estirado, sobre la mesa. Su mano se aplastó con tal potencia que pareció incrustarse en la madera, penetrarla en profundidad con una fuerza mágica capaz de hacer estallar cada fibra, y luego le mostró la palma a Candice para hacerle comprobar que no mostraba ninguna huella del choque.

—Karate —dijo—. Siete años para llegar a hacer eso.

—Fanfarrón —dijo ella—. ¿No tendrías un poco de hierba para calmarme los nervios?

—Sí, pero para eso hay que salir.

Aprovechando que pasaban cerca de la puerta, él la arrastró de la mano. Caminaron a lo largo del muelle del Epi, deslizándose entre los cascos de embarcaciones sacadas a dique seco, frente a los astilleros, y llegados al puerto nuevo, él siguió arrastrándola, sin decirle nada, hacia uno de los pontones. La ayudó a saltar la barandilla de una falúa y se encontraron ambos en la cabina de popa, cuya puerta cerró con llave.

—¿Es tuya? ¿Vives a bordo?

—No, es de un amigo.

Ella paseaba en derredor su mirada de musaraña, examinando cada detalle de la cabina con paredes de caoba, pero no realmente interesada ni curiosa; se dejó caer en uno de los dos divanes mientras él cargaba una pequeña pipa que había encontrado al levantar una tabla del piso, bajo la alfombra. La pipa estaba envuelta en un lienzo blanco que contenía también una vieja lata de té llena hasta los tres cuartos de un polvo negro que no era té.

—Tranquilos —dijo ofreciéndole la primera bocanada—, tu tipo no vendrá a buscarnos acá.

Cuando hubieron vaciado la pipa —tres o cuatro aspiraciones largas bastaron—, el olor del hachís, agridulce y penetrante, llenó la cabina. Christian apagó uno de los dos *appliques* y envolvió su pañuelo alrededor del otro para atenuar la luz.

—¿Dónde te lo pescaste a ese camorrista? —dijo.

Estaba sentado en la segunda litera, frente a ella. Ella sonrió.

—No te imaginas lo acertado que estás.

—¿Es un rufián?

—Tal vez.

—Entonces está bien; no tiene amigos acá.

—Tiene amigos por todas partes.

—¿Vives con él?

—¿Hasta cuándo vas a estar haciendo preguntas? Por el momento, vivo contigo.

Luego no dijo nada por un largo rato, saboreando la segunda pipa, que se pasaban uno al otro. El tiempo se había detenido. Habían alcanzado ese estado en que el sofocante olor se vuelve agradable, la vista sigue con

divertida atención las volutas de humo que se enroscan unas con otras como problemas nunca resueltos del todo, y el espíritu, precipitado en una loca carrera, alcanza por fin regiones heladas y apacibles.

—¿Le tienes miedo a la muerte? —preguntó ella de pronto.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. Pensaba en mis padres.

—¿Se murieron?

—No. —Ella se estiró, y alargó la mano para tomar la pipa—. ¿Eran buenos contigo tus padres?

—¡La mierda! No —dijo él—. Eran medio chiflados.

Ella empezó a reírse. Siempre había un momento en que la risa le venía a uno como una crisis de tos, sin razón. Las cascadas de risa se mezclaban con las cascadas de humo que rebotaban contra el vidrio del ojo de buey. Christian oyó su propia voz atravesar ese barullo para preguntar:

—¿Por qué piensas en la muerte tú?

—No soy yo la que piensa en ella, es ella la que piensa en mí —contestó ella, y encontró eso más cómico aún, rompiendo a reír de nuevo a más y mejor. En ese mismo momento fuertes puñetazos se oyeron golpear contra el casco.

—¡El trabajo que me dio encontrarlos, chicos!... ¡He andado kilómetros!

Marcello saltó el pequeño reborde y entró en la cabina de excelente humor.

—Primero un tipo me mandó a una villa cerca de la Ponche. De allí me desviaron a un bar de la plaza Lices. Tuve que interrogar por lo menos a diez pobres diablos antes de descubrir esta guarida. —Se reía, pero no era la misma risa de Candice un rato antes; esta risa ciertamente no merecía ese nombre—. Trataba de hacerme pasar por un amigo que tenía una cosa urgente que decirte, pero creo que tus compinches me tomaron por un cana. Fue una mujer la que te entregó, chico. Siempre hay que desconfiar de las mujeres. —Se sentó, con un codo sobre la mesa—. ¿Tienes un trago?

Christian se había arrinconado en el ángulo de la banqueta, replegado sobre sí mismo, sin perder de vista las manos de pulgares separados, listo para esquivar, parar y golpear en respuesta, de manera extraordinariamente

fulminante. Pero Marcello se contentaba con darle palmaditas sobre el muslo.

—Aflójate, cachorro. No vale la pena fumar toda esa porquería si no te pone más eufórico.

Candice estaba totalmente estirada en la otra banqueta. Con los ojos cerrados, y la cabeza apoyada en un almohadón, parecía dormir y hablar en sueños.

—Marcello —dijo—, rajá de aquí.

—Seguro que no querías que te deje con este —contestó él con tono zalamero—. Un pobre infeliz que no fue siquiera capaz de besarte. —Dio vuelta la cabeza para mirar a Christian, lleno de hilaridad—. Apuesto a que ni siquiera se te ocurrió.

—Déjame, Marcello —prosiguió Candice—. Vete. Hemos terminado.

—En general, soy yo el que dice cuándo una cosa está terminada, muñeca.

—En general sí —dijo Christian—, pero no esta noche.

—Y no me llames muñeca —agregó Candice enderezándose.

—La verdad, ¿los dos se han puesto contra mí, mocosos?

Candice terminó de levantarse, pasando delante de él como si su propio cuerpo hubiese sido inmaterial, atravesando sin vacilar el obstáculo de la puerta; al minuto siguiente, su paso resonaba en el muelle. Aunque parezca totalmente extraño, incomprensible, ninguno de los dos hombres se movió... «Toda esa noche me dejó —dirá algún día Christian Solnès—, el recuerdo de una pesadilla. Algo que ocurriera junto a un cementerio: no sabíamos bien si acabábamos de salir de nuestras tumbas o si nos preparábamos a entrar en ella». Levantó la cortina del ojo de buey y ambos pudieron ver, en el gris sonrosado del amanecer, la silueta de la joven que se alejaba. Caminando hacia la punta del espigón. Caminando hacia la nada. Alcanzó a sentir que algo se movía cerca de él, un movimiento débil, pero provocado por una masa enorme y peligrosa, «como un tigre dormido que cambiara de posición durante su sueño» y recibió un golpe, uno solo, en el ángulo del mentón. Al desmoronarse sobre la banqueta, pudo oír todavía, por un segundo, la voz de Marcello que cantaba, al salir de la cabina:

*Mi querido amor, me decido a escribirte,
oh, sí...
porque escribir es más fácil...
sí... sí... sí...*

Pero todo eso, ese 27 de setiembre, el juez Souffries no podía saberlo. De las tres personas que hubieran podido contarle la escena-al-borde-del-cementerio, dos habían muerto y la tercera se encontraba en Fiesole, Italia.

—¡Y usted parece no darse cuenta, señor comisario, lo que representa en nuestros días la organización de una gira como esta! —decía Théodore Goldstein agitándose en sus escritorios de la calle Marbeuf, adonde el comisario Bretonnet había venido a visitarlo—. Hablemos en cifras, señor comisario, simplemente en cifras. Un montaje de 5 millones de liras por día. Un día acá, otro allá, con el tiempo justo para saltar al ómnibus. Y ahora, supongamos que paráramos tres días para darle tiempo para venir a declarar. ¿Y las indemnizaciones? ¿Quién pagará las indemnizaciones? ¿Y mis contratos? Pongamos que directamente yo paro todo. Bueno. Supongamos. ¿Sabe cuánto le pago a mi seguro? Las cifras están ahí, señor comisario, negro sobre blanco. Mi seguro cubre todos los riesgos. Todos. Excepto el de investigación judicial. Y aun si se tratara de un asesino, no digo. Yo sería el primero en inclinarme. La Justicia ante todo. Pero ¿un testigo? Usted mismo lo dice. ¿Entonces? ¿Usted va a dejar sin trabajo a ocho artistas y a diecisiete técnicos para escuchar a un testigo? Seamos razonables. Sus colegas italianos pueden interrogarlo muy bien. Entre dos representaciones, clac, lo prenden y le envían a usted su declaración por correo. Eso se llama, creo...

—Un oficio rogatorio —dijo el comisario.

—Y así usted tiene paciencia hasta el 21 de octubre. En esa fecha termina, después de ocho días en Roma, en las Termas de Caracalla. Un éxito magnífico. ¿Y qué es el 21 de octubre, señor comisario? Un mes apenas. Tan solo un mes.

Con la punta de los dedos, mostraba cómo es de pequeño un mes.

El primer artículo de polémica apareció en la prensa norteamericana a fines de setiembre. Estaba firmado por Goldie Shavers y ocupaba tres

columnas en la página 8 del New York Informer. Goldie Shavers era conocida por sus sentimientos xenófobos, antifranceses en particular; no había sido entonces por azar que se la hubiera elegido a ella para abrir el fuego.

El artículo se iniciaba con estilo irónico. Hacía referencia al encanto de las viejas provincias francesas y a las buenas sorpresas que esperan al turista en cada recodo de sus pintorescos caminitos: gastronomía, arquitectura rara, el cambio favorable. Pero, sin duda, proseguía el artículo, había que elegir con cuidado la fecha de una temporada en Francia, no tanto en función del clima —cuyo retorno regular era uno de los rasgos más destacados de la meteorología del país—, sino por las huelgas de trasportes, de gas, de electricidad, de minas de carbón, de aeropuertos, de cuidadoras de vestuarios, choferes de taxi, empleados de hotel, carteros y basureros que tenían influencia inevitable en el programa de una gira por ese dulce país. ¿No era el encanto de lo imprevisto? Goldie estaba dispuesta a admitirlo, pero había que contar también —agregaba en su artículo—, con esos comandos comunistas que andaban por las calles, tomándoselas gustosos con los turistas del otro lado del Atlántico, blandiéndoles una bandera roja en la nariz, mandándoles volverse a casa. Aparte de esos detalles insignificantes, el turismo en Francia era una verdadera temporada en el paraíso. Desde luego, con la condición de no olvidarse de muñirse de un arma y de municiones, ya que la policía francesa era reacia a garantizar a los extranjeros más seguridad que a los nativos. Acá iniciaba, con tono melodramático —*se recuerda la trágica aventura acontecida, en el transcurso del verano, a una joven estudiante norteamericana...*— un resumen del asunto Strasberg. Ciertamente, proseguía la columnista, crímenes de ese tipo son por desgracia perpetrados en todos los países y en todas las épocas; pero lo que había de particular en Francia era esa especie de parálisis, ese sueño larval en que habían caído las esferas superiores en esta ocasión, obstaculizando el desarrollo de una investigación normal. ¿Mala voluntad? ¿Incapacidad? Goldie Shavers no pretendía decidirlo. Lo que ella sabía, en cambio, es que en un pueblito de Oregon, una mujer —mujer de las nuestras, francesa de origen pero norteamericana por sus dos casamientos—, una madre se consumía de pena sin que nadie, desde hacía

cuarenta días, se hubiera preocupado por informarle que el más mínimo embrión de pista o el más tenue fantasma de sospechoso estuvieran en condiciones de aportar un consuelo a la pesadilla que ella vivía.

La réplica llegó del diario «Bataille», la semana siguiente, en forma de un editorial en primera página. «Bataille», órgano de la izquierda, no podía ser sospechoso de simpatizar con el gobierno, pero la ocasión era demasiado buena para emprenderla contra el gobierno norteamericano como para dejarla escapar. El editorialista estimaba que no le tocaba a él defender la causa de la policía francesa, ya que esta era bastante grande como para defenderse sola. Se asombraba, sin embargo, de que pudiesen dársele lecciones que provenían de un país, donde, como sabía todo el mundo, las tres cuartas partes de los policías estaban dominados por los políticos, e incluso eran cómplices del hampa, y la otra cuarta parte, el célebre F. B. I., inagotable vivero de héroes de series de televisión, no podía ofrecer a la admiración de las masas sino su impotencia para hacer aplicar las leyes federales. Y seguía un breve estudio del problema racial.

El «New York Informer» no contestó a esta respuesta, pero el «Philadelphia Observer» publicó, en su número especial del domingo, que no tenía menos de ciento setenta y cuatro páginas, una suerte de largo y árido informe sobre la cuestión. Todos los crímenes que en Francia habían quedado impunes a lo largo de los últimos dos años se enumeraban allí. *La víctima del auto-stop cerca de Vesoul, la «Belle de nuit» estrangulada en el bosque de Vincennes, la cajera muerta misteriosamente en Neuilly, el P. D. G. (Ejecutivo [director general]) asesinado en el bulevar Suchet, la estudiante estrangulada en Bois-Colombes, la niña muerta en Arvers-sur-Aude, la mujer que fue hallada muerta cerca de Aix-les-Bains, el adolescente asesinado en Rambouillet, el niño desaparecido en la frontera del Barre, la directora apuñalada en Lyon, etc.* En total, diecinueve casos criminales que no habían recibido solución. El arma ofensiva del Philadelphia Observer era menos la ironía que la estadística. Casi un homicidio impune por mes: ningún otro país, al menos que él supiera, y en ningún momento de su historia, había marcado tal score. Y en esas condiciones, uno estaba en su derecho de preguntarse cuántas posibilidades

había de ver algún día al asesino de Candice Strasberg responder por su odioso crimen ante un tribunal francés.

Octubre había comenzado ya, y de las treinta y una cartas anónimas recibidas por la gendarmería después de la publicación del identi-kit, se habían verificado diecisiete sin ningún resultado. Suegras que odiaban a sus yernos, aldeanos y aldeanas obsesionados por un vecino cuya cara no les caía bien, esposas apuradas por deshacerse de un marido, todo un ejército de reprimidos, acorralados, envidiosas y celosos se había examinado con lupa. Y aún no habían llegado ni a la mitad.

Un oficio rogatorio había sido librado a Italia por el juez Souffries, solicitando a las autoridades romanas que recibieran el testimonio de Christian Solnès sobre el crimen del Valle del Infierno. En París, Laurent Kirschner se valía de sus vinculaciones para que las informaciones que soltaba con cuentagotas y en un tono desenvuelto al comisario Bretonnet, no se filtraran a la prensa. En Marsella, la tercera brigada, en el curso de un avance tan lento y metódico como el asalto de un fortín enemigo por un comando paracaidista, se internaba en profundidad en las espesuras del hampa, explotando el menor informe susceptible de llevarlo a individualizar a los asesinos de Marcello Angiotti. En El Havre y en Rouen, el suboficial Duchemin había localizado el rastro de Candice Strasberg. La mañana del 11 de julio, una pareja de los pasajeros del *France* —un decorador neoyorquino y su mujer— la había alzado a bordo de un auto de alquiler: el trío había hecho escala en Rouen, almorzando alegremente en el restaurante de la Couronne. En Aix, el comandante Lavergne acababa de trazar el mapa del itinerario cumplido por la joven en Basse-Provence durante la semana anterior a su muerte, y fue este último trabajo el que, confrontado con un informe suministrado por el servicio de los amueblados, hizo dar un súbito salto a la investigación.

De acuerdo con el informe llegado de Roma, Candice Strasberg había sido vista por última vez en Saint-Tropez, por Christian Solnès, el 8 de agosto. Yo tenía una función de gala en el casino de Sausset-les-Pins el 3, declaró Solnès. El 5 me iba a Beaucaire, para la fiesta del pueblo. Otra función de gala en Cassis, el 7. Desde el 8 al 17, cuatro funciones en la Cote; la última, en Viareggio, era el comienzo de mi gira por Italia. Nos

separamos como buenos amigos. Me dijo simplemente que ella *seguía su paseo*. Era el tipo de chica que a uno le dice como si tal cosa *hasta uno de estos días*, dándole un beso en cada mejilla.

Desde el 2 al 7, se perdía completamente el rastro. Ningún fichero de hotel o de terreno de *camping* había registrado su paso. Pero el 7 a la noche, dormía en el Albergue de Juventud de Armellière, en Camargue. Camargue parecía gustarle, porque allí permaneció dos días, sola, alquilando en dos oportunidades un caballo en el rancho de Tourières. El 9, desaparecía otra vez. Se la volvía a encontrar el 11, 137 kilómetros más lejos, en Manosque, donde pasaba nuevamente la noche en un albergue para juventud. El 13, a las diez de la mañana, compraba una publicación en lengua inglesa a la encargada de un quiosco de diarios de la estación de Gordes. Esta había indicado al principio la fecha del 12; pero confrontada con un empleado de la estación que se acordaba perfectamente de haber visto a la joven en el andén, esperando el tren de Marsella (era *el día en que mi suegro llegó de Toulon para pasar las vacaciones con nosotros*), ella corregía su declaración y coincidía con la fecha del 13.

Desde entonces, desde el 13 a las 10, se perdía de nuevo el rastro de Candice. Todo hacía pensar que había subido al tren de Marsella —el empleado estaba un ochenta por ciento seguro de haberle vendido un boleto con ese destino—, adonde debía llegar a las 17:25. A partir de ese momento, nadie la había vuelto a ver hasta el 17 de agosto, fecha en la cual Claude y Nicole Laplace descubrían su cadáver entre las breñas del Valle del Infierno.

Ahora bien, el 13 a la noche, la misma noche de la llegada de Candice a Marsella, Bernard Vauquier firmaba una ficha de identidad en el hotel Beauveau, situado en la esquina de la alameda Saint-Ferréol y la Canebière, a veinte metros, dicho sea de paso, del lugar donde, dieciséis días más tarde, Marcello Angiotti iba a ser abatido.

El 17 de octubre, el juez Souffries citó al joven agente de cambio (que ya no lo era más) para que compareciera ante él. Por una curiosa coincidencia, ese mismo día, la investigación ocupaba una vez más la primera página de los diarios, aunque por una razón muy diferente: la prensa anunciaba con grandes redobles de tambor la llegada a Orly de un tal

Lilian Dort, enviado especial de Life. Dort, se comentaba, era un escritor muy conocido del otro lado del Atlántico, gran especialista en *criminal stories*. En tanto se instalaba en el George V, su llegada ya era comentada en todo París, con irritación por algunos, con diversión por otros, y por todos con gran interés. La idea de un periodista norteamericano investigando a título personal por cuenta de una revista de gran tiraje, paralelamente a la policía francesa, era algo burlesco y excitante a la vez. Al día siguiente por la mañana, el público empezó a apasionarse por lo que un cronista del Aurore denominó *un gran encuentro deportivo internacional*. «¡Arriba Francia!» concluía el artículo, que pretendía ser humorístico. Pero se necesitaba mucho más que eso para impresionar al juez Souffries, que, en su pequeño despacho de Tarascón, esperando la llegada de Bernard Vauquier, redactaba para su uso personal un memorándum del caso en su estado actual, con una letra chiquita, fina, apretada y pareja.

3 - PROGRESOS

OceanofPDF.com

VI

Lilian Dort tenía cuarenta y tres años. No era demasiado alto, pero sí robusto y ágil, a pesar de sus anchas espaldas; la primera impresión que causaba era la de un hombre capaz de atender y observar apasionadamente. De su origen irlandés por parte de madre, tenía claros ojos azules. Su padre, un sastre judío de Brooklyn, le había legado el pelo crespo, frente estrecha y una salud de hierro.

«Sólido» era el adjetivo que a uno se le ocurría cuando se encontraba en su presencia —estaba casi siempre de pie, con las piernas ligeramente separadas, apoyándose sobre los talones—, y esta opinión era aun reforzada por su particular modo de hablar, proyectando las palabras hacia adelante, como si tirara a quemarropa sobre su interlocutor, sin descuidar empero la pronunciación ya que cincelaba cada una de sus sílabas con un atisbo de pedantería, sobre todo cuando se expresaba en francés. Practicaba esta lengua con toda fluidez, casi sin acento, por haberla aprendido en la universidad, y haber tenido luego oportunidad de pulirla en numerosos viajes a Francia, país por el que sentía un particular afecto.

Después de haber ejercitado varios oficios (agente de seguros, corredor de autos de ocasión y hasta bailarín de academia), Dort había empezado su carrera como cronista de un semanario de la costa occidental. A los veintiocho años, una de sus novelas cortas había obtenido el premio O'Henry, atrayendo sobre él la atención de la crítica seria, ya que no la del gran público. Pero Dort se preocupaba poco por la gloria literaria, y los encontronazos que tuvo con la comisión MacCarthy, en 1953, terminaron de convencerlo —la humildad y el cálculo participaron por igual en esta decisión—, de que su camino era la novela policial, o más exactamente lo que del otro lado del Atlántico se llama la «historia criminal». Aportó a la

confección de sus libros —varios de los cuales fueron llevados al cine—, la misma conciencia que había puesto siempre en pulir sus historias y la misma convicción demostrada en sus tomas de posición en cuestiones políticas. Se complacía en repetir que hay géneros menores solo para los espíritus débiles, y que una sólida historia bien construida tiene por lo menos tanto valor como las producciones elaboradas de la Literatura pornográfica. Era su profesión de fe, a la cual sin embargo no adhería totalmente en el fondo.

Tal como lo declaró más tarde, había vacilado bastante en aceptar la propuesta de «Life» para ir a Francia a investigar sobre el asesinato de Candice Strasberg. Lo ridículo de su posición no podía escapar a un espíritu tan latinizado como el suyo. Pero dos argumentos habían terminado de convencerlo. En primer lugar; la oportunidad de cobrar su salario en viáticos de viaje y estada, escapando al control del fisco norteamericano. Luego, la ocasión que se le ofrecía de pasar uno o dos meses en Francia sin sufrir el complejo de perder el tiempo —puesto que le pagaban para eso—, o de descuidar su obra —puesto que su viaje le daba material para escribir artículos, y aun para encarar una posterior publicación de los mismos reunidos en libro. Aclarado eso, se aprontaba a hacer su trabajo con la mayor conciencia del mundo; traía en su equipaje cierto número de informes confidenciales sobre Candice Strasberg que, a su parecer, estaban en condiciones de permitirle, si no aclarar él solo la verdad sobre el crimen, por lo menos participar con honradez en el descubrimiento de dicha verdad.

Fue con esa disposición de ánimo, como el 26 de octubre abrió la puerta de su departamento del George V para recibir a la persona que se había puesto en contacto con él, primero por carta, luego por teléfono, insistiendo en ser recibida por él.

Era Danièle Lebègue, esa joven de veinte años que había sido amiga de Candice en Villefranche, y que se hacía llamar Carlyne. Era morocha, con pelo largo más allá de sus hombros, y cuya caída ella modificaba constantemente con golpecitos de cabeza para atrás, a la derecha o a la izquierda, acompañados con una expresión de divertido desafío. Al verla, Dort se sacó de la boca la goma de mascar, para colocarla en un cenicero. Ella lo ponía incómodo —confesaría más tarde—, a causa de su falsa

seguridad y de «su mezcla de afectación y codicia». Y también porque era muy linda.

Cada uno de sus informes para el «Life» sería pago: eso fue lo primero que Carlyne se preocupó en declarar, adoptando para ello el cinismo de lo que suponía debía de ser el tono del hombre de negocios a la estadounidense. Dort aceptó con la misma brutalidad, reservándose el derecho de fijar el monto de la prima según estimación del valor del testimonio, verificación de su fundamento y acuerdo de sus empleadores. Terminados esos preliminares, fueron directamente al grano.

—Todos se preguntan —dijo Carlyne—, por qué Candice fue a Villefranche antes que a cualquier otro lugar. Yo lo sé.

—Yo también —acotó Dort.

Ella pareció sorprendida. Él prosiguió enseguida. Parecía recitar una ficha aprendida de memoria, pero no tenía ninguna necesidad de ficha: todos los detalles estaban clasificados e inscritos en su cabeza como en un microfilm que le bastaba con leer. «Tenía la intención de quedarse en casa de una vieja amiga de su madre, la señora de Sicaud, en avenida de los Tilos 143. Le había escrito en ese sentido pero no había tenido tiempo de recibir respuesta, y he aquí que la señora de Sicaud estaba de vacaciones, pasando el mes de julio con sus familiares de Montpellier y había alquilado la villa a unos holandeses por intermedio de una agencia».

—No me ha precisado el hombre de la agencia —observó Carlyne irónicamente.

—Inmobiliaria Duforel.

Él no sonreía. Parecía indiferente.

—Fue en ese momento cuando yo la encontré —continuó Carlyne—. Vivió en mi casa durante cuatro días. Luego me dejó para instalarse con Marcello Angiotti.

Ahí, él sonrió y se levantó para servir *whisky* en los vasos.

—Siga, le toca a usted —dijo.

—Lo había encontrado en la playa de la Scaletta.

—¿Flechazo?

—No era del tipo de sentir flechazos. Creo que él la impresionaba... o la distraía. Más bien por aquí andaba la cosa.

—¿Por qué no le dio esta información a la policía?

—Primero, porque no me lo preguntó. Y luego porque uno no se mete en los asuntos de gente como Angiotti.

—Entonces, ¿por qué me la da a mí? Aunque, cierto, no me la da, me la vende. Es completamente distinto. Continúe.

—Candice era una inestable, eso usted lo sabe tan bien como yo. Al cabo de algunos días, quiso seguir su camino. Pero con un tipo como Marcello, la cosa no andaba. Entonces llegaron a un acuerdo. Ella continuaba su viaje, pero él la acompañaba. Más exactamente, él tenía que trasladarse, a Marsella, creo. La dejó de paso en Saint-Tropez y se le reunió al día siguiente. Ahí, debían pasar tres o cuatro días en casa de un amigo de Marcello que tiene una villa en Grimaud. Por lo menos, esa era su intención.

—¿Y la realizaron?

—Más o menos.

—¿Cómo lo sabe?

—A comienzos de agosto yo también me di una vuelta por Saint-Tropez. Me encontré con Candice en Sénéquier, a la hora del aperitivo.

—¿Qué día?

—A ver... Un lunes.

Dort consultó su almanaque.

—Entonces, el 4. ¿Qué le dijo ella?

—Estaba terriblemente deprimida. Un ataque de «mufa». No me dijo gran cosa. Parecía... que tenía miedo.

—¿De Marcello?

—Probablemente. No se me ocurre de quién otro podría tener miedo. Entonces, buscaba el corte.

—¿El qué?

—Y bueno, buscaba... una solución para librarse de todo eso.

—¿Y la encontró?

Carlyne se tomó más tiempo del necesario para encender un cigarrillo y, sin mirar a Dort, dijo:

—Hay un problema, señor Dort.

—¿Cuál es?

—Lo que le voy a contar ahora, es de novela por entregas.

Contó que Candice, entretanto, había conocido a un industrial, Laurent Kirschner. Que este trabajaba para la Defensa nacional, en los arsenales de Toulon. Que el 4 de agosto, Candice le había dejado entender a ella, Carlyne, que el industrial la había invitado a acompañarlo a esa ciudad y que estaba con ganas de aceptar. Decía que se moría de ganas de visitar las islas Porquerolles y Port-Cros, a la altura de Toulon. Pero probablemente no era más que un pretexto.

—¿Un pretexto? —dijo Dort.

Parecía incrédulo e interesado a la vez.

—Ya sé —siguió diciendo Carlyne—. Ya se lo previne. Espere... Tengo que atar otro cabo. Cuando vivíamos juntas, hablamos muchas veces, con Candice, noches enteras. Era muy izquierdista, muy militante, no sé si entiende lo que quiero decir —espero una muestra de aprobación que no llegó—. Por otra parte, este verano, conocí... en fin, estuve flirteando con un tipo, un teniente de marina afectado a la base aeronaval de Hyères. Ahora están construyendo cuatro submarinos en Toulon. Maquinarias de avanzada, según parece. Top secret. Bueno, el teniente en cuestión me dijo que había dos para la marina nacional, uno para Grecia y otro para Portugal. Y ahora, tráteme de chiflada si quiere, pero Grecia y Portugal son los dos únicos países fascistas que quedan.

—No —dijo Dort—, desgraciadamente no son los únicos.

—Bueno, eso es lo que Candice me dijo una vez.

—¿Y ella tenía la intención de introducirse de noche en los talleres, con una bomba en cada mano?

—No se burle de mí.

«Realmente no tenía ninguna ganas de hacerlo, declarará él más tarde. Yo solo lo fingía. Por un lado, hacer de Candice un agente secreto, encargada de una misión de información o sabotaje era una hipótesis infantil. Por otro lado, traía de Washington ciertos datos que el Departamento de Estado me había comunicado. Candice pertenecía a uno de esos movimientos de izquierda que abundan entre nosotros, sobre todo entre los estudiantes. Esos grupos castro-maoístas ¿sabe?, no muy peligrosos en realidad. Pero había otra cosa, además: cada año, Candice

pasaba sus vacaciones en un país diferente. Siempre el mismo libreto: *auto-stop* y vagabundeo, y siempre sola. La primera vez, había sido América del Sur: Guatemala, Nicaragua, Honduras. La segunda, el Irak. La tercera, Santo Domingo. Se sospechaba también, sin tener total seguridad, que hizo un viaje clandestino a Cuba. Era la primera vez que venía a Europa, pero no era descabellado pensar que su viaje solo era una pantalla destinada a camuflar una acción política o subversiva. Hemos tenido otros casos de ese tipo. Apenas Carlyne salió de mi habitación, llamé por teléfono al agregado de nuestra embajada. Y hablamos casi una hora».

Dort pasó la noche trabajando. Llamó dos veces a Nueva York para verificar ciertos detalles. A las 3, obtuvo una comunicación con el cuartel general del C. I. P. A las 5 de la mañana, con un vaso de *whisky* en la mano, se preguntaba si debía correr ese riesgo. Después de todo, para eso le pagaban, ¿o no? Todo estaba en la manera de presentar las cosas. Repasó su artículo desde la primera línea, agregando buena cantidad de signos de interrogación y puntos suspensivos, y a las 7 llamó al conserje del hotel, entregándole el grueso sobre, al par que le pedía que lo despachara con urgencia. Después de lo cual dejó caer, pensativo, su cigarrillo en el bidé. Y se fue a acostar.

Todos eran muy amables con él. En primer lugar, su mujer —él decía siempre «mi mujer», aunque estuviesen divorciados desde hacía dos años—. Ser, desde cuatro días atrás, el sospechoso número uno, era calificado por Colette como «ironía patética». En los bares de Saint-Germain-des-Prés, que frecuentaba más que nunca desde que había perdido su empleo, Bernard Vauquier encontraba a todos los viejos amigos de antaño y escuchaba pacientemente sus consejos. Uno lo impulsaba a practicar deporte, otro a partir a las Canarias, un tercero, a que tomara tranquilizantes. Pero nadie hacía alusión a la causa del mal, a la prolongada comparecencia de Bernard ante el juez de instrucción, y a lo que de ella se había filtrado a la prensa. Según él, todos (todos los de la barra) lo consideraban culpable pero lo excusaban. «No es realmente responsable», era el matiz. Una etiqueta que toda su vida le habían pegado a todas las

torpezas que había cometido —cuando a los siete años lo había empujado al pequeño Arnaud al estanque, más tarde cuando se copió en el bachillerato, luego cuando tuvo esa historia de cheque sin fondos, a los veintidós años, pronto tapada por su familia, y por fin su divorcio y los múltiples adulterios «totalmente imbéciles» que lo habían precedido.

En realidad, Bernard estaba en esta época —lo reconoció cuando todo se hubo aclarado— «completamente neurótico». Neurasténico, decía su padre, que empleaba el lenguaje de otra época y había tratado, en vano, de que fuera a consultar a un profesor neurólogo amigo suyo. Su drama era que cuanto más triste y abatido aparecía, más lo consideraban culpable. Los diarios de la oposición, ahora ya no tenían reparos en plantear abiertamente la cuestión: ¿cómo era posible que no se lo hubiera procesado? Y la respuesta venía a continuación: gracias a las influencias políticas de su padre. Ese destino de hijo de papá, que lo había perseguido toda su vida —que según él le había «impedido ser un hombre»—, asumía ahora proporciones trágicas. Esto era lo que había tratado de explicarle al juez Souffries.

—Yo me las arreglo peor aún con la verdad que con la mentira, señor Juez.

—Explíquese. Explíqueme. Estoy dispuesto a comprenderlo.

—Esto ha sido así toda mi vida. Yo era la clase de niño a quien nunca se le cree nada de lo que dice. Desde que abría la boca, me miraban sonriendo con indulgencia. Salvo cuando mentía: ahí, sí me creían.

El juez anotó en un rincón de su cerebro: pericia psiquiátrica, luego continuó:

—Pero al fin de cuentas, ¡caramba!, si usted es inocente, ¿qué tenía que temer?

—Ahora, nada.

—¿Y entonces?... —el juez sonrió y habló suavemente, con voz amistosa—. Si usted es culpable, no podrá guardarse eso para usted solo mucho tiempo, mi amigo. Es un peso demasiado grande para sus espaldas.

Souffries no podía dejar de sentir «una cierta simpatía» por Bernard Vauquier. Un sentimiento que él mismo identificaba con el amor que puede sentir una serpiente por el pájaro que se apresta a fulminar.

—Prosigamos... —¡Oh Dios! Era la séptima vez que *proseguía*. Bernard ya sentía náuseas—. Usted pretende que ella lo deja, el 15 de julio, prometiéndole informarle por telegrama el lugar donde se encuentre el 13 de agosto, fecha en que usted saldría de vacaciones, para que pudiera reunirse con ella. Bueno. Según usted, no recibió nunca el menor telegrama. Pero resulta que al cabo de tres meses de instrucción, admite haber recibido una tarjeta postal de Saint-Tropez, fechada el 19 de agosto y ahí leo —sacó la tarjeta de un expediente—: «En Marsella, el 13 de agosto como habíamos convenido». Lo que habían convenido... —se demoró una eternidad en volver a poner la carta en su lugar—... era una cita, a las 20, en el bar Surcouf, en la esquina de la Canebière. Ahora bien, usted llega a Marsella el 13 de agosto. Ella también. ¿Pretende hacerme creer que no se encontraron?

—La esperé una buena parte de la noche en ese bar.

—Piense. Usted es un muchacho inteligente...

—No es culpa mía que ella no haya venido.

—¿Qué habría venido a hacer esa joven en Marsella sino a reunirse con usted?

—Piense. Usted es un juez inteligente. Hay miles de cosas que se pueden hacer en Marsella.

—Muy mal sistema de defensa. Y no sea impertinente.

—¿Es impertinencia decir que usted es inteligente?

—No lo soy. Pero soy preciso. Hay tres posibilidades. La primera, que se encontró con ella como habían convenido, y la mató tres días después. La segunda: la encontró, y no es culpable, pero nos oculta algo. La tercera: no la encontró.

—Ahí tiene, señor Juez, ese último punto —esgrimió su sonrisa infantil, esa sonrisa a la que nadie podía resistir—, es un perfecto ejemplo de esas verdades que en mi boca parecen siempre menos verdaderas que una mentira.

—Ajá... —dijo el juez echándose para atrás en su sillón.

La víspera había estado conversando dos horas a la noche con el fiscal Delarue.

—Usted no tiene nada, Souffries, nada nada. Su proceso no se sostiene por ningún lado. Cualquier abogadito que está haciendo práctica lo pulverizará en quince segundos. Y diga usted que no será un practicante el que tendremos delante de nosotros, sino un campeón de todas las categorías. O varios.

A lo que el juez objetaba:

—Este muchacho es un neurópata. Mientras yo lo interroge como testigo, le dará largas al asunto. Él considera esto como una partida de rummy. Si lo proceso, se derrumbará. Si lo mando a la cárcel, cantará en menos de tres días.

—Usted no puede procesar a un testigo con indicios tan frágiles. Sí —agregó a continuación, después de haberse aclarado la garganta—, lo puede. Pero no al hijo del presidente Vauquier.

—Ah —dijo el juez—, ahí estamos...

—Sí, viejo, ahí estamos. Y bien metidos. No podemos largarnos sin estar bien cubiertos. Ni usted ni yo... Pero sobre todo es importante para usted porque yo... —señaló su pierna paralizada con un gesto que quería decir: en el estado en que estoy, y a dos años de la jubilación—... Hablé por teléfono con la cancillería —prosiguió con voz más firme.

—¿Y cuáles son las órdenes?

Souffries empleó una ácida ironía. El fiscal hizo un gesto de impaciencia.

—¡No diga estupideces! Se nos aconseja la mayor prudencia, eso es todo.

—Eso es todo —dijo Souffries—. Y es mucho.

—Usted me conoce, Souffries. Si tuviéramos algo valedero, sería el primero en arremeter. Y llegar hasta el fin, a pesar de todo. Pero no tenemos nada. Una coincidencia, le repito.

—Están los dos en Marsella el 13 a la noche. Se habían citado. Nadie la volvió a ver. El 16, es asesinada. ¿Usted llama a eso una coincidencia?

—¿Por qué la habría matado?

—Neurópata. Enamorado de una chica que se entrega al primero que llega. Celoso, apasionado y alcohólico.

—De acuerdo... —dijo el fiscal—. Pero necesitamos confesiones, en este asunto... confesiones antes de llegar al proceso. Si no, arriesgamos demasiado. ¿Qué edad tiene usted, Souffries?

—Cuarenta y dos.

En todo eso pensaba el juez mientras consideraba a Bernard. Permanecía silencioso desde hacía varios minutos. Silencioso y ausente, recostado en su sillón, haciendo girar su lápiz entre los dedos: los de la mano izquierda sostenían la mina y los de la mano derecha, el otro extremo. Suspiró.

—Le agradezco —dijo por fin—. Puede volver a París; solo le voy a pedir que no salga de Francia sin avisarme. Hasta la vista, señor Vauquier.

Había puesto una intención especial sobre la palabra «vista». Era un pobre consuelo.

El artículo de Dort apareció en el número de «Life» del 7 de noviembre.

El otoño en París —escribía Dort...—. Desde la ventana de mi dormitorio, puedo ver el lento ondular de los paraguas entre los meandros de la multitud que vuelve de los Champs-Élysées. Son la siete —las diecinueve como se dice aquí. Es la hora en que toda la ciudad toma tonalidades pizarra y la pátina de sus viejas piedras reluce suavemente en la oscuridad naciente. En las trastiendas de los conserjes se cocinan caldos cuyas recetas se pierden en la noche de los tiempos, fórmulas de increíble refinamiento, perfeccionadas en lo más escondido de las provincias, por generaciones de campesinos o pequeños-burgueses y que deleitan la nariz con los más suaves olores, cuando uno pasa por una puerta cochera. (Dort había escrito seiscientas palabras en este estilo, pero con grandes rayas de lápiz azul, el redactor jefe las había reducido a cien: «¡Por favor! ¡Nos toma por el “New Yorker”!»).

Cierro ahora la ventana y me vuelvo. Una mujer joven está sentada en un sillón, delante de mí. Una de esas maravillosas parisienses vestidas según la nueva moda de otoño y que le hace a uno no solo comprender sino disculpar sus excesos: lo que pudiera tomarse por una búsqueda innecesaria de originalidad, rayana a

veces en lo ridículo, le aparece a uno de golpe como el colmo de la gracia, y la expresión de un aspecto desconocido de la belleza femenina.

Está hablando desde hace cuatro horas, con voz naturalmente alegre pero donde el pesar hace resonar cada tanto una nota de tristeza. Habla de Candice Strasberg, de quien ha sido la mejor —y quizá la única—, amiga en Francia. Nos dice de su dulzura, su generosidad, su delicioso candor. Nos hace comprender, con pudor exquisito, que su único propósito es ayudar a descubrir a su asesino.

(Carlyne no había dicho nada de todo eso. Era un camuflaje lírico destinado —según la intención de Dort—, a disimular a los lectores que ese testimonio costaba quinientos dólares a la dirección).

A partir del día siguiente, largos extractos del artículo eran reproducidos en la prensa francesa. Todas las consideraciones sentimental-folklóricas del preámbulo habían sido suprimidas: despojadas de su ropaje literario, las hipótesis formuladas por el periodista norteamericano aparecían bajo una luz mucho más cruda.

¿Es por casualidad que Candice Strasberg estaba fichada en la C. I. A. [Central Intelligence Agency], equivalente de nuestro Servicio de Seguridad Territorial —decía una nota—, como sospechosa de hacer propaganda comunista y actividad revolucionaria? ¿Es por casualidad que la joven había pasado sus vacaciones de los años precedentes en países considerados por la diplomada norteamericana como otros tantos puntos neurálgicos, zonas que en los mapas del Departamento de Estado están permanentemente rodeadas de un círculo rojo? ¿Es por casualidad que una de las primeras personas con las que se vincula en Francia es un industrial que trabaja para la Defensa nacional y cuya firma está encargada, especialmente, de un programa ultrasecreto de equipos electrónicos para submarinos?

Tal vez se trata, en efecto, de una sucesión de coincidencias, pero hay algo más.

Al mismo tiempo que Candice Strasberg trataba a Laurent Kirschner, mantenía tiernas relaciones con cierto Marcello Angiotti, miembro importante del «ambiente» marsellés. Ahora bien, lo que en Francia se llama el «ambiente» difiere de nuestra hampa nacional en el hecho de que sus miembros, aparte de sus actividades criminales, proveen a los servidos secretos franceses de un inagotable vivero de agentes aptos para todo: la policía francesa designa a esta red con el púdico nombre de «servido paralelo». Es así como hemos podido establecer, de buena fuente, que Angiotti pertenecía al M. A. C. [Movimiento de Acción Cívica] y había participado en dos asuntos que hace poco enardecieron en Francia a la oposición: secuestro en el territorio nacional de un diputado yugoslavo, asesinato disimulado como crimen crapuloso de un destacado suizo, comprometido en el tráfico de dinares argelinos. Angiotti mismo fue muerto a balazos en Marsella el 28 de agosto: la suerte de los agentes dobles. ¿Es inverosímil pensar que Candice Strasberg haya sufrido, doce días antes, una suerte «paralela»? Acá también el camuflaje (la violación) es una hipótesis verosímil. Algunos pretenden que por sí solo el camuflaje demuestra la intervención de un agente secreto, cualquiera sea la organización a la que pertenezca, aun si fuese nacional. No podemos decir más y tampoco lo queremos, ya que nuestra condición de extranjeros nos impide seguirles los pasos a la policía francesa que, por otra parte, despliega en este asunto una actividad digna de los mayores elogios. Todo lo que hemos querido recordar es una verdad que el hombre de hoy tiene muy a menudo tendencia a olvidar: en estos tiempos que vivimos todo puede ocurrir. Y todo ocurre.

El asunto fue tratado el miércoles siguiente en el Consejo de ministros. Esa mañana, cuando el presidente penetró en la vasta sala con dorados pasados de moda, lindante con su despacho del Élysée, a juzgar por el ángulo desusado que formaban sus espesas cejas, y el poco interés —

desusado también—, que puso en dar la mano (como si hubiera estado apurado y una tarea más importante lo estuviese esperando), cada uno de los presentes pudo ver que «algo lo fastidiaba», tal como lo comentó más tarde uno de los ministros presentes.

El presidente era un hombre naturalmente afable y pleno de indulgencia; cuando quería mostrarse a un interlocutor bajo una faz agresiva, era tan visible su empeño por forzar su naturaleza, que la maniobra perdía las tres cuartas partes de su eficacia. Pero en ese momento, por el tono sarcástico que adoptó para apostrofar al conjunto de los asistentes, mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa, manipulando nerviosamente las diecisiete páginas dactilografiadas del orden del día que un escribiente había colocado ante él, saltó a los ojos de los menos advertidos que sus palabras solo traducían una mínima parte de la cólera que lo agitaba.

—¿Qué significa esta novela, señores? Si no he entendido mal lo que quiere decir este periodista norteamericano es que su joven compatriota habría sido liquidada por la D. S. T.

—No es eso exactamente lo que está escrito —arriesgó, en medio del silencio, Philippe Durieu, secretario de Información, y el benjamín del Consejo de Ministros.

—Es lo que se ha sugerido.

El presidente se calzó los anteojos y puso cara de fijarse en el orden del día, pero era visible que no ponía ninguna atención en lo que parecía leer.

—Y como si eso no fuera suficiente, meten a ese pobre Vauquier en el baile. ¡Qué macana!

Esa palabra despejó la atmósfera. La mayoría de los presentes sonrieron, y el presidente, observándolos con una mirada circular por encima del marco dorado de sus anteojos, sonrió también.

—Ya sé —prosiguió—, lo que ustedes van a decirme. —Su voz había vuelto a ser familiar, fluida, en tono de conversación—. No es la primera vez, en la historia de la República, que un delito común es explotado con fines políticos. Pero aun así... no nos viene nada bien en este momento. Sobre todo en Toulon. Ustedes me comprenden.

Todos habían entendido perfectamente. La Tercera Región marítima, con asiento en Toulon, era desde hacía tres años el crisol donde Francia elaboraba, construía y probaba un nuevo tipo de submarinos llamado «de alta potencia», muy avanzado con respecto a las concepciones de los arsenales ingleses, norteamericanos, rusos y japoneses. Una excepcional facilidad de maniobra, y una capacidad de automatización llevada más allá de los límites comprobados, hacían, además de esas construcciones de reducido tamaño, maquinarias de guerra tanto más eficaces cuanto que su manejo y mantenimiento estaban simplificados al máximo. En el curso del año precedente —que había sido el de la elección presidencial—, los encargos habían afluído de todas partes. No solo de Portugal y de Grecia, sino también de Pakistán, Libia, África del Sur, Etiopía, Irak, en tanto se esperaba que los países de África del Norte hubieran adquirido suficiente experiencia, prosperidad y agresividad como para seguir la cadena. En resumen, el nuevo submarino francés, era un buen negocio, el mejor negocio de toda la industria de guerra nacional, hasta el día en que se producen dos trágicas catástrofes una tras otra —con algunos meses de intervalo. En el curso de sus primeras pruebas en la rada, el *Junon* y el *Orphée* desaparecían, con sus tripulaciones de treinta hombres y sus costosos instrumentales perfeccionados. Los restos del naufragio, imposibles de reconocer, y con mayor razón, de recuperar, en esos fondos quebrados de novecientos metros o más de profundidad, no habían develado su secreto.

Las explicaciones aventuradas por los expertos se contradecían. Unos trataron de acreditar la tesis de la colisión con navíos de superficie. Luego se habló de sabotaje y finalmente de defectos de fabricación. Una cosa era cierta: desde entonces, no se había recibido ninguna otra orden de compra. Algunas, que ya habían sido protocolizadas en acuerdos previos, no se habían confirmado. Y el presidente, esa mañana del 13 de noviembre, dos días después de la conmemoración del Armisticio, no tenía el menor deseo de ver reaparecer en la superficie a esos dos submarinos, aunque fuera por vía de una rocambolesca historia de chica violada o no, en las landas calcinadas de la Basse-Provence.

—¿En dónde se encuentra la investigación, señor ministro de Justicia?
—agregó suavemente, sin mirar a la persona a la que se dirigía.

—Estamos trabajando, señor presidente.

—Nosotros también —creyó necesario agregar Jacques Rivel, quien, en su calidad de ministro de las Fuerzas Armadas tenía bajo su mando las fuerzas de gendarmería.

—Y bien, señores, los invito a hacer otro tanto —concluyó el presidente, bonachón, entrando de inmediato en la lectura del primer párrafo del orden del día.

La sesión no se había levantado aún, cuando a seiscientos kilómetros de allí, cerca del mediodía, el gendarme Le Beauduc de la brigada de Puy, que efectuaba una recorrida de rutina por la carretera departamental N9 13, que une a Allegre con Saint-Paulien, interpelaba a un vagabundo. El hombre había pasado una parte de la noche y la mañana durmiendo en la zanja; estaba hirsuto, probablemente hambriento y cuando, con tono benevolente, el gendarme lo invitó a mostrar sus papeles, respondió con fuerte acento italiano.

Dijo que había perdido sus papeles, una mala suerte, una verdadera calamidad. Que era un honrado trabajador lo juraba por la Madona, y un respetable ciudadano. Que se llamaba Matteo Gallone. Que tenía un oficio: albañil. Y una familia: su hermano, casado con una francesa, estaba instalado en las afueras de Sète. Por otra parte, de allí venía, de Sète, porque había discutido con su hermano y había encontrado conchabo en Bonneval, en la usina de cal de Bonneval, repitió, cerca de Clermont-Ferrand.

Hablaba muy rápida y muy fuerte, y el gendarme Le Beauduc al escucharlo se preguntaba dónde diablos había visto antes esa cara. A medida que los recuerdos se precisaban en su espíritu, el recitado ítalo-francés perdía su intensidad «como la radio cuando tiene fading», y terminó por no oír más nada de lo que le contaba su interlocutor, de tanto que lo había trastornado el descubrimiento que estaba llevando a cabo.

El hombre que tenía delante era la réplica exacta del identi-kit difundido siete semanas antes por el S. R. P. J. [Servicio de Investigaciones de la

Policía Judicial], en todas las brigadas de Francia, con esta mención: «Buscado como sospechoso del asesinato de Candice Strasberg, perpetrado en Baux-de-Provence el 16 o el 17 de agosto». Tenía todo lo señalado: labios aplastados, peto corto y espeso, línea de la nariz muy delgada, expresión socarrona de la mirada, y ni siquiera le faltaba la ligera cicatriz en el costado derecho de la cara. El gendarme Le Beauduc volvió entonces a la realidad.

—Yo quiero creerle, cómo no —dijo interrumpiendo el chorro de elocuencia del vagabundo—, pero no basta. Tenemos que verificar todo eso. ¿No le molesta acompañarme a la brigada? Nada más que unas llamaditas por teléfono para comprobar y lo —iba a decir «lo largamos», lo que hubiera dejado suponer al otro que estaba detenido—... nos separamos como buenos amigos —se corrigió—. ¿De acuerdo?

OceanofPDF.com

VII

¿Culpable de qué?; tal fue el grueso titular que apareció en los diarios en el transcurso de la semana siguiente. En respuesta a esta ofensiva, la prensa de la oposición se puso a titular, por su lado: ¿VÍCTIMA DE QUIÉN? Curiosamente, esas preguntas apremiantes y contradictorias no ~ concernían al vagabundo italiano aprehendido en un camino departamental y detenido desde entonces en la brigada de Puy. Tanto de un lado como del otro, el vagabundo no le interesaba a nadie. Un semanario de extrema derecha —uno de esos que, cada semana, soplaba alegremente las brasas—, largo tiempo atrás había predicho a sus cuatrocientos mil lectores: ya verán que la policía terminará por encontrar a un pobre chivo emisario, un vagabundo o un pastor de los aledaños, que ni siquiera entenderá bien el francés, al que lo cargará con todo, para gran alivio de los verdaderos culpables. Y ahora esta predicción empezaba a cumplirse. En el punto a que había llegado la opinión pública, calentada al rojo vivo desde hacía cinco meses por la espera de revelaciones jugosas, no se le podía servir decorosamente la historia del vagabundo. Pasaba como en un filme norteamericano de serie B, cuando todas las personalidades de la pequeña ciudad han sido sucesivamente sospechosas, y entonces, en el último rollo, el libretista no tiene otro asesino que elegir que el empleado de una *drugstore*, un neurópata conocido por todos y tenido por irresponsable.

¿CULPABLE DE QUÉ?... ¿VÍCTIMA DE QUIÉN?... En un caso u otro, la fotografía de Christian Solnès aparecía frente a los signos de interrogación, pero por razones diferentes. Si la primera pregunta no salía del cuadro clásico de las hipótesis de trabajo, la segunda, en cambio, era más insidiosa. Daba a entender que se podían haber dado consignas a la gran prensa para

desviar la atención general de la base marítima de Toulon, tanto como de la eventual participación del hijo de un alto personaje de la República en el crimen de Baux-de-Provence. Un astro de la canción era evidentemente el instrumento ideal para este desvío de la opinión^[4]. Tanto más porque, en las numerosas declaraciones hechas desde su regreso de Italia, Christian Solnès no había cesado de contradecirse, confundiendo las fechas, mostrándose incapaz de proporcionar una coartada seria para los días 15, 16 o 17 de agosto. Aducía la poca precisión de su naturaleza de artista, afectaba un cierto desdén a la moda, y sonreía con el mayor desparpajo a los fotógrafos que lo esperaban a la puerta del «Évêché» o del Palacio de Justicia. Pero su sonrisa demostraba cada vez menos seguridad y, a la salida del último interrogatorio, se le vio hasta un rictus forzado, un gesto de enervamiento, mientras se metía rápidamente en el Citroën DS de su empresario, Théodore Goldstein. Una cosa era segura, ese 17 de noviembre: por razones que él ya no controlaba, los reflectores estaban enfocados con plena luz sobre el joven creador de *Carta a Douna*.

Él contó más tarde que Bonetti había sido el más agresivo de todos. En el fondo existía una antipatía irreductible entre el comisario corso de treinta y nueve años, ascendido desde el rango de soldado raso, y lo que este consideraba como la expresión más decadente de una generación «viscosa», para usar su propia expresión. Criado en el barrio miserable de la vieja Niza, Bonetti había dejado la escuela a los catorce años para ayudar a su madre, que se había quedado viuda. A los veintidós, después de haber ocupado distintos empleos mal retribuidos, había entrado en la policía. Agente de vigilancia al principio, al cabo de cuatro años había sido incorporado a la policía judicial. Durante doce años, se había dedicado a estudiar y grabar en su memoria los nombres, caras y costumbres del hampa marselesa. Su desprecio total por el peligro, su metódico empecinamiento, esa forma suya de no detenerse por ninguna presión, como si hubiera habido una vieja cuenta pendiente entre el Crimen y él, lo habían llevado a ocupar muy pronto un puesto importante. Si las sumas fabulosas cobradas por el joven cantor ponían a Bonetti fuera de sí, no era porque las comparara con su pobre salario; estaba por encima de eso. Pero le parecía anormal que tanto dinero viniera a compensar tan pocos méritos. Los

truhanes de los que se había ocupado a lo largo de toda su carrera, manteniendo con ellos relaciones de las que no estaba excluida una cierta nota de simpatía, tenían al menos, según él, la excusa de que corrían riesgos. Su vida y su libertad estaban en uno de los platillos de la balanza: seguían el juego, a su modo. Con un Solnès, las reglas del juego estaban falseadas y Bonetti detestaba tanto a los tramposos como Solnès a los policías, lo que daba a sus conversaciones un tono de ironía mordaz y desagradable.

—¿Le ocurre a menudo eso de fumar marihuana?

—No. Un cigarrillo de vez en cuando. Para hacer como todo el mundo.

—Eso no pega con lo que tengo en mis fichas, Solnès. Tengo cantidad de fichitas, mira... —por momentos, no podía dejar de tutearlo; era más fuerte que él—. Usted es conocido como un «junkie» [drogadicto] de primera clase. ¿Es así como se dice?

—Sí.

—¿Y es ahí donde encuentra la inspiración de sus inolvidables creaciones?

—Tal vez. Pero si quiere hacerme caer por uso de estupefacientes, va a tener que encontrar algo más.

—Eso no me interesa, viejo; no es mi sección. Estoy investigando un homicidio.

—¿Y entonces?

—Entonces... Tenemos estadísticas, en la policía, como en todas partes. Muestran que en estos últimos tres años, la relación entre la droga y el crimen ha ido en aumento. Y en proporciones espectaculares.

—Muy interesante.

—Me alegro de que lo tome tan bien. Tenemos, entonces, que la chica se aleja por el muelle, Angiotti lo duerme de un directo a la mandíbula, y se va con ella. En cuanto a usted, vuelve a su casa a acostarse. ¿Está bien así?

—Me parece que la cosa anda bastante bien.

—Lo que no anda más, es lo que sigue. En Roma, usted declaró que volvió a ver a Candice Strasberg el miércoles.

—Exacto.

—El 30 de julio.

—Si usted lo dice, así debe ser.

—¿Comieron juntos?

—Comido y dormido, para su información.

—Y usted declaró que la dejó el 31, de mañana, y no la volvió a ver.

—La volví a ver. La volví a ver una o dos veces.

—Usted me causa una gran alegría, viejo, una gran alegría. Me hubiera fastidiado verlo perseverar en su primera versión. Porque tenemos un testimonio.

Bonetti se levantó. Nunca podía aguantar quedarse mucho tiempo sentado, cuando hacía algún interrogatorio. Se puso a caminar nerviosamente por su oficina como caminaba por el *ring*, antes de cada combate, en los tiempos en que era peso mosca *amateur*, dando golpecitos secos con el puño derecho en la palma de su mano izquierda.

—La broma, para usted, es que no puede moverse sin provocar multitudes de adolescentes seniles. Una de ellas, una tal Chan tal Cualquier Cosa, recibió, el 2 de agosto a la noche, una de las impresiones más grandes de su vida. Lo vio, a usted, su ídolo, salir de un restaurante de Hauts-de-Cagnes, del brazo de una preciosa chica rubia. Reconoció a la chica al ver las fotos de Candice Strasberg. Entonces —dijo volviendo a sentarse—, ¿hablamos en serio o seguimos dando la lata?

—Hablamos en serio —dijo Solnès sonriendo.

—¿Por qué mintió la primera vez?

—Me interrogaban en italiano.

—Es falso. Y además, usted habla correctamente el italiano.

—¿Realmente dije que no había vuelto a verla?

—Escrito con todas las letras, y firmado.

—¿Y eso es grave? —Continuaba sonriendo.

—Si usted no tiene nada que reprocharse, es inexplicable.

—Usted quiere decir: si no la maté.

—Sí.

—¿Y por qué la habría matado? ¿Porque habíamos fumado un poco juntos? ¿Es esa su gran idea?

—Debería dejarse de bromas, viejo. El asesinato de una joven de veintidós años es una historia bastante sucia.

—Pongamos las cosas en otro plano, señor comisario: estoy tan alejado de este crimen que, hasta ahora, no he dado mucha importancia a las preguntas que me hacían.

—¿Y ahora?

—Ahora, perdemos nuestro tiempo, tanto usted como yo. Usted sabe bien que no tengo nada que ver en esto.

—Justamente con eso se hace una pesquisa: una cantidad enorme de tiempo perdido. Y al fin de cuentas uno se da cuenta de que hay un minuto, un simple minutito, que no fue tiempo perdido. Pero por el momento no se sabe.

—Gran oficio —dijo Solnès—. Nunca había visto las cosas bajo esa luz.

—Vale tanto como los gorjeos, chico.

—Es menos limpio, pero quizá más excitante, lo admito. Y a partir de ahora, colaboro.

—Me parece bien. Porque tengo otras preguntas que hacerle. Preguntas más difíciles aún.

—Golpee, que le van a abrir.

Bonetti tomó una ficha que estaba sobre el escritorio y la examinó.

—El calendario de sus conciertos... ¿Se llaman así, conciertos?

—No, funciones de gala.

—Leo: el 13 de agosto, casino de Beaulieu. El 16 a la noche: Menton. El 17: Viareggio. El 14 y el 15 no cantó.

—Ya veo adonde quiere llegar.

—Entonces, seguramente va a decirme dónde estaba y qué hizo.

—Por lo que me acuerdo, dormí.

—¿Cincuenta y seis horas de un tirón? Una verdadera cura de sueño.

—Debo de haberme agarrado una curda en algún lado, Una curda bárbara. Eso me pasa de vez en cuando, cuando estoy deprimido.

—¿Y estaba deprimido?

—Me ocurre de vez en cuando.

—¿Qué les pasa a ustedes, los jóvenes, que se deprimen por un sí o un no?

—¿Usted quiere que le diga la verdad? ¿Eso no lo volverá contra mí? Bueno. Y bien, era esta chica la que me había deprimido, Candice. Hablaba

demasiado de la muerte. No como hablan los españoles, con esa mezcla de orgullo y humor. Me acuerdo que una vez, en Toledo, discutí eso con un viejo, el cuidador de la casa del Greco. Y bien...

—Escuche, Solnès, me importan un rábano los españoles. Volvamos a Candice, ¿quiere?

—Estaba obsesionada por la muerte.

—Eso no pega con lo que sabemos de ella.

—Era una chica muy orgullosa. No se aceptaba a sí misma. Simulaba hacerlo pero era solo una apariencia.

—Complicado, ¿no?

—Quizá. Siempre pensé que esta chica se iría al diablo un día u otro.

—Interesante. Desgraciadamente, de las diecisiete clases de suicidio que se han recopilado en el curso de las edades, no se ha visto a nadie tratar de matarse atándose un cordón alrededor del cuello. Y en todo caso, habríamos encontrado el cordón. ¿Y si volviéramos a la curda?

—¿Usted dice que el 13 yo canté en Beaulieu?

—Y el 16 en Menton.

—Podría decirle que tengo montones de amigos en la Costa, y que viví en casa de uno de ellos, o del otro. Pero pienso que no me creería.

Bonetti reflexionó largamente, mirando por la ventana.

—Sí —dijo con cansancio—, pienso que le creería. Usted me va a dar la lista de todos esos amigos. Vamos a verificar. Eso tomará cierto tiempo. Y no servirá probablemente de nada —se levantó, invitando con un gesto a Solnès a que hiciera otro tanto—. Pero es mi deber de policía establecer los hechos y comunicarlos a los tribunales.

—No solo a los tribunales.

—¿Qué quiere decir?

—A la prensa.

—¿Le molesta?

—Malo para mi cotización.

—Vamos, vamos... ¿le tiene miedo a un poco de publicidad?

—No me gusta este género de publicidad.

—Su talento es bastante sólido como para aguantar el choque, ¿no?

—¿Usted sabe lo que voy a hacer si me quedo en la calle? Una solicitud para entrar en la policía.

—Buena idea. Yo lo voy a recomendar a mis superiores.

—Un oficio apasionante. Realmente me convenció.

—Entonces, todo esto no habrá sido inútil. Hasta luego.

Por extraño que parezca, a esta altura de la Pesquisa, cada uno de los pesquisantes parecía tener una preferencia personal en materia de sospechoso. Tal vez algún día la búsqueda de la verdad en el campo criminal tanto como en otros dominios, será confiada a computadoras. Runruneando suavemente en la penumbra azulada de vastos subsuelos, ellas establecerán con un margen de error igual a cero, la trayectoria de las motivaciones, la curva de desviación de los sentimientos y las pasiones, los coeficientes, variables hasta el infinito, del condicionamiento hereditario, sicológico y social. Mezclarán estos datos con todos los indicios conocidos, provocando por eso mismo la búsqueda y descubrimiento de nuevos indicios. Veinticuatro horas de cada veinticuatro, con el encarnizamiento glacial y desencarnado de un implacable justiciero, barajarán ese gigantesco mazo de naipes hasta que, por fin —aunque todo solo haya durado pocos segundos—, la combinación imposible aparezca, la diezmillonésima solución, en la cual todas las contradicciones se anulan mutuamente, y donde se manifiesta de pronto, en una ordenación nueva de los hechos y de los móviles, ese límpido y armonioso esquema que lleva el nombre de «verdad». Con un hipo final, la máquina escupirá la última ficha, cargada de todo el desdén de que puede ser capaz un organismo superiormente evolucionado hacia los espíritus imperfectos que le preguntan, y sobre esta ficha estará inscrito el nombre del culpable. Nadie se permitirá poner en duda este resultado, por sorprendente que sea, comenzando por el culpable mismo, cuya confesión será de ahí en adelante, superflua. Pero, en ese mes de diciembre de 1965, todavía no se había llegado ahí y, aunque ninguno de los investigadores lo admitiera, lo imponderable de las reacciones humanas venía sin cesar a orientar la marcha de la Justicia.

Campanez y todo el conjunto del cuerpo de gendarmería se aferraban con firmeza a la pista del vagabundo italiano. Los primeros informes llegados de Turin les daban la razón. Gallone había purgado ocho meses de prisión en esa ciudad por atentado al pudor y tentativa de violación. Puesto en libertad el 31 de julio, había cruzado la frontera clandestinamente la noche del 3 al 4 de agosto. Su intención era reunirse con su hermano, establecido en Sête como albañil y casado con una francesa, para quedarse a trabajar con él. Había llegado en efecto a esta ciudad el 17 de agosto, después de atravesar a pie el macizo del Esterel, la Haute Provence, Maures y la Camargue. Había vivido de rapiñas. Robó bicicletas en dos oportunidades. Y —en eso se estaba—, había asaltado probablemente —ya que no lo había confesado aún—, la villa de Gordes entre el 7 y el 14 de agosto. Entre todos los que se sucedieron para interrogarlo, nadie había mencionado aún delante de él el crimen de Baux-de-Provence. El hombre era único para cerrarse, cuando se le antojaba, en un bloque de mutismo del que parecía excluida toda posibilidad de fisura.

El juez Souffries, mientras esperaba que el vagabundo fuera llevado ante él, continuaba interesándose personalmente en el caso de Bernard Vauquier. A su pedido, el comisario Bretonnet, en París, había llamado a declarar al joven agente de cambio dos veces más, pero sin resultado apreciable. Tal vez porque no ponía en su tarea el afán que hubiera sido necesario. El pensamiento de Bretonnet, desde hacía cierto tiempo, estaba en otra parte, su convicción empezaba a deslizarse en un nuevo molde: sus recientes entrevistas con Laurent Kirschner, las revelaciones que por fin había obtenido de él, eran la causa de este cambio.

Por fin, Bonetti, ya lo hemos visto, *tenía a Solnès atravesado en la garganta*, para usar su propia expresión. Hasta ahí habían llegado, bailando una especie de *ballet* confuso en el que las opiniones no cesaban de interferir con los hechos, cuando se produjo inesperadamente un acontecimiento nuevo, en un sesgo que nadie se hubiera imaginado.

Ya no había quién se acordara de Marcello Angiotti como posible culpable, salvo el comisario Lannelongue y sus hombres, que proseguían en Marsella, de cafetín en cafetín y de bodegón en bodegón, una interminable y fastidiosa investigación casa por casa. El informe que agregaron al

expediente del juez Souffries, en esa víspera de Navidad, precisaba que tenían buenas razones para suponer que el asesinato de Angiotti había sido teledirigido desde el exterior. Según todas las probabilidades (pero solo se trataba de probabilidades), el rufián corso había sido ejecutado por razones vinculadas con los conflictos internos del hampa marsellesa. El informe establecía que, por dos millones de francos viejos, era fácil reclutar en Marsella a dos asesinos que se encargaran de abatir a cualquier víctima que se les indicase. En el caso preciso de Angiotti, la orden parecía haber sido dada en París, y probablemente (ese *probablement* que reaparecía a cada rato, «como un pedal de sordina», irritaba cada vez más a Souffries) por una persona que no tenía nada que ver con el mundo de los pillos. Obligado como estaba al secreto sobre las revelaciones hechas por sus soplones —y a fin de que estos pudiesen remontar tanto como fuera posible el hilo de la cuestión sin que sus pares sospecharan de ellos—, Lannelongue no podía ni quería decir nada más por el momento. Se contentaba con aportar esta pieza al sumario y proseguía su tarea.

El informe fue elevado al comisario divisional Bretonnet quien lo guardó para volver sobre él más tarde. Por el momento, tenía otra cosa que hacer. Desde hacía treinta y seis horas interrogaba, casi sin descanso, a Laurent Kirschner.

«Yo no le gustaba nada —comentaría este más tarde—. Por cierto que no había hecho nada para facilitarle el trabajo hasta entonces, pero había algo más entre nosotros, me parece, que una irritación profesional. Era un problema de hombres. Lo curioso, con Bretonnet, es que los dos nos parecíamos. Teníamos casi la misma edad, la misma corpulencia. La misma manera de expresarnos. Él también estaba agobiado de trabajo. Él también lo hacía sin alegría, pero con la conciencia de ocupar un cargo privilegiado, cualquiera fuera el peso que sus deberes comportaran. Hubiera apostado cualquier cosa a que teníamos los mismos gustos culinarios por los platos simples, cocinados a la manera campesina; que él también, como yo, engañaba a su mujer, a veces, con alguna mina de paso, sin acordar a eso más importancia que la de un rayo de sol que atraviesa el cielo gris. Hasta debemos de haber tenido las mismas opiniones políticas, poniendo en nuestro voto más resignación que entusiasmo. La única diferencia entre

nosotros, en suma, es que él ganaba mucho menos dinero que yo, pero ¿qué importancia podía tener eso? Gane el dinero que gane, un hombre no puede usar más de una camisa por vez, ni comer más de un bife por día y tanto él como yo éramos bien conscientes de nuestra definitiva impotencia para llevar una vida excitante. Habíamos renunciado a muchas cosas y, muy posiblemente, a las mismas. Y lo asombroso, a pesar de todo, es que no podíamos soportarnos uno al otro. Quizá porque no podíamos soportarnos a nosotros mismos».

—Yo también miento —dijo Bretonnet—, miento todo el tiempo. ¿Un cigarrillo? Ciertamente, usted dejó de fumar. ¿Cuánto tiempo hace? ¡Bravo! Yo nunca tuve tanta voluntad. Todos mentimos Kirschner, al cabo del día, pero voy a decirle un secreto: cuanto más inteligente es un hombre, menos capaz es de mentir bien. Es bastante paradójico, ¿no? Acá, en esta casa, son los idiotas los que nos dan más trabajo. Los que se aferran a su mentira contra viento y marea. Contra toda lógica, contra todo sentido común. Las gentes como usted y yo, siempre salimos perdiendo. El crimen perfecto no entra en nuestras capacidades. Y es una lástima porque, como somos muy inteligentes, habríamos hecho unos soberbios asesinos. Pero creo que me desvíó. ¿Dónde habíamos quedado la última vez? Ah, sí... ese chantajista imbécil. Ese beatnik. Usted ve: he cumplido mi palabra, y no les he dicho nada a los periodistas. Usted debería confiar en mí, Kirschner. Debería confiar en *usted*. Usted está haciendo autocastigo. Debería compartir su secreto con alguien. No solo con su abogado. Un abogado no es un interlocutor válido. No es un buen muro. Él minimiza, anda con rodeos, disculpa, lo refuerza en su buena opinión de usted mismo. Alienta todo lo que hay de sospechoso en usted.

—Y usted, ¿es un buen muro? —dijo Kirschner riéndose.

—Escuche, de un día para el otro este caso me lo van a retirar. Usted tendrá que entenderse con la D. S. T. Se va a encontrar entonces frente a robots, en plaza Beauvau. Especialistas de la confesión electrónica. Lo van a encerrar en una pieza mientras interrogan a su mujer en la pieza de al lado. Luego vendrán a decirle que su mujer les ha dicho cosas que ella no habrá dicho. Luego le dirán a su mujer que usted ha dicho cosas que tampoco habrá dicho. Luego los pondrán a los dos en la misma pieza y

conectarán doce micrófonos para sorprender el menor de sus cuchicheos. Y después de eso, volverán a empezar. Es la...

—¿Qué tiene que ver mi mujer con esto?

—Un momento. —Abrió un cajón—... Es la forma moderna de la Tortura. Yo no juego a eso. Yo juego con las cartas sobre la mesa. Tome, la prueba de lo que digo, mire —agregó sacando algo del cajón y arrojándoselo, sobre el escritorio.

Kirschner no dijo nada. Deslizó lentamente la mano en dirección del atado de cigarrillos, colocado al lado del teléfono. Bretonet le ofreció fuego.

—¿Va a fumar de nuevo? Es comprensible cuando los nervios están en tensión. Comprendo que esto le cause un *shock*. Yo también sufrí un *shock* al ver esto —señalaba con el dedo lo que había colocado sobre el escritorio—. Esto plantea una cantidad de interrogantes. Los iremos tomando uno por uno, tenemos todo el tiempo necesario. ¿Por qué estaba esto en su poder? ¿Por qué lo conservó después de su muerte, en lugar de destruirlo? ¿Por qué habiéndolo guardado, no nos lo entregó?

—¿Por qué mi mujer les entregó esto sin decirme nada? Porque yo supongo que fue ella la que...

—Ella lo encontró esta mañana debajo de una pila de pañuelos, o algo por el estilo. Usted acababa de irse al escritorio. Evidentemente, podría haberle dicho algo o haber hablado a su abogado. En lugar de eso, vino acá. Comprendo que le cause una decepción. Ahora, yo debo recordarle que estoy investigando un asesinato. Y que esto, el pasaje de vuelta de Candice Strasberg en una línea holandesa, es uno de los principales elementos probatorios de este caso. Ahora bien, era usted el que lo tenía, y lo ocultó a los investigadores. Sería suficiente para procesarlo.

Este era el último episodio de la guerra sorda que, desde hacía cinco meses, oponía a Martha y a Laurent Kirschner. Martha había visto llegar a su marido a Val d'Esquières el 16 de julio. No tenía el ánimo de todos los días. Pero lo atribuyó a la fatiga del viaje. O a la alegría de estar de vacaciones (aunque en el fondo a él no le gustaran tanto). O a las dos cosas juntas. Al día siguiente, se fue en el auto a hacer las compras a Sainte-Maxime con la mucama. En el Mercedes, entre los dos asientos de adelante, hay una especie de cajoncito acolchado; Kirschner metía siempre allí toda

clase de papeles, prospectos, boletas de multa, *tickets* de estacionamientos y Martha se sorprendió al encontrar allí una tarjeta postal: *La Fuente de Vaucluse. Gruta de la Sorgue en periodo de marea alta*. En un primer momento pensó preguntarle a Laurent de dónde había salido esa tarjeta. Luego rechazó ese pensamiento, indigno de ella y de él, y volvió a ponerla en el cajoncito, tapada con su pañuelo. Pasaron diez días, diez apacibles días de farniente en la playa, lentas caminatas de a dos por la orilla del mar, comidas de noche en la terraza a la luz de los faroles. Lectura detallada de revistas. Una novela empezada, sin pasar jamás de la página 13. Un largo estirarse al sol, una orgía de no hacer nada. Desde el año anterior, ya no había esas discusiones continuas con los hijos, puesto que ahora se les dejaba hacer todo lo que querían. Tampoco había esa irritación de las peleas, como tampoco había, desde hacía mucho más tiempo aún, en su matrimonio, la excitación de los proyectos y de los sueños para el futuro. Martha Kirschner tenía treinta y nueve años. Era quince años menor que su marido. Pero alcanzaba al mismo tiempo que él el recodo de la vejez. Quizá porque lo amaba. O quizá porque ella también se sentía envejecer.

Al principio, se creyó la historia del inyector. Laurent quería a su automóvil como un capitán a su barco; no podía soportar la menor imperfección a bordo... Pero aquella noche tuvo insomnio y volvió a pensar en la Fuente de Vaucluse, estableciendo una relación ilógica entre la tarjeta postal y el inyector. Y de nuevo rechazó este pensamiento: a su parecer, una simple cuestión de higiene mental. Tal vez era verdad que había debido pasar la noche en Niza par  esperar la reparación. Un poco grueso. Pero a lo mejor, cierto. Y ella no quería entrar en ese vaivén destructor de los celos, en esa pérdida de equilibrio. Cuando él llegó, al día siguiente, lo recibió de manera encantadora. Alegre, risueña: afectaba una indiferencia animal, yendo hasta simular que suponía que se había ido a jugar al casino, en Cannes o en Montecarlo, cuando en realidad no lo creía. «O tal vez se trataba de alguna linda chica» —arriesgó, como si esa suposición hasta cierto punto la hubiese halagado—. «Pero como no me lo dirás, no te lo pregunto». Al otro día, también el sol estaba vivo y alegre; toda la bahía, ante la villa, crujía con ultrasónica serenidad —capas de calor moviéndose a ras del agua, eterna curva de los pinos arriba de los acantilados—, pero

para Martha Kirschner todo el paisaje era para tirar a la basura. Y algunos días más tarde, cuando volvía de la playa, cerca de las cinco, vio a Laurent discutiendo cerca de la verja con ese *hippy*; vio que se ponía rápidamente algo en el bolsillo, cuando se volvió a reunir con ella, en el patio. Entonces, esa noche, se levantó, se deslizó fuera del dormitorio y se fue a revisar la chaqueta cazadora.

Allí encontró las tres fotografías de Saint-Tropez y supo entonces que ya no podría, de allí en adelante, aunque lo quisiera, aunque hiciera esfuerzos enormes, descartar los pensamientos que tanto se había esforzado en rechazar, desde el principio. Este idiota, ¿por qué había guardado esas fotos? ¿Por qué no las había quemado? Casi le reprochaba más su torpeza que su infidelidad.

Y además, ahora sabía. Y el vaivén recomenzaba a más y mejor: simplemente había cambiado de significación. La sospecha había dado lugar a la certeza, pero se le planteaba un nuevo problema: ¿debía o no debía demostrar que lo sabía? ¿Una escena (la confesión de su descubrimiento), tendría por efecto arreglar todo o destruirlo definitivamente? Una vez más, se decidió a dejar correr las cosas. Pero había un nuevo matiz en esta decisión. Quería ver hasta dónde era capaz de llegar él y cómo se las arreglaría: su cordura estaba teñida de una pinta de sadismo.

Al día siguiente, no creyó ni una palabra de las explicaciones de su marido. Y sin embargo, eran exactas; el teléfono no había dejado de sonar toda la mañana. París, primero; luego, Toulon, donde Gregory, el ingeniero encargado de la conexión de los dos BX23, había caído enfermo. Y finalmente el mismo director del arsenal había tomado el tubo y pronunciado una frase extraña e inquietante, que la irritación del calor no bastaba a justificar.

—Seremos víctimas de un sabotaje sistemático que no ocurriría si las cosas fueran de otra manera...

A las once, Kirschner decidió ir personalmente. *Va a encontrarse con ella*, pensó Martha, aunque era consciente de la injusticia de su reacción.

Mientras, acostada en la playa, dejaba vagar su espíritu por una ensoñación ya familiar (el divorcio; a quién elegirían los chicos; la división

de bienes; la nueva existencia que se organizaría: diversiones, cultura, ausencia de toda responsabilidad, Laurent suplicándole que volviera; la intransigencia, o tal vez el perdón: la fantasía, aquí, seguía dos vías paralelas), Laurent Kirschner corría por el camino a Toulon. Y este camino pasaba, si uno quería, por Saint-Tropez. Y él no lo quería, pero lo quería.

Mientras estacionaba en el *parking* del puerto nuevo (Saint-Tropez ese día olía a alquitrán, una enorme niveladora llenaba la calle principal de su ruidoso ir y venir), Kirschner se culpaba pero también se encontraba disculpas. Tú quieres saber simplemente si esta pequeña sirena es cómplice del chantaje o no. No lo crees pero lo crees. Quieres salir de la duda. ¿Por qué? Dejó la respuesta para más tarde. Durante más de dos horas, recorrió las terrazas de los cafés y se hizo llevar en taxi a la playa de Tahiti y volvió; la encontró alrededor de las cinco de la tarde, recostada en un sillón de Sénéquier en medio de una pandilla de sus famosos amigos. Se aseguró con una mirada de que no estuviera el chantajista del día anterior. Luego se acercó y le hizo una seña para que se reuniera con él aparte, en otra mesa, disimulada debajo de las arcadas.

Lánguidamente, como agobiada por una existencia vacía de sentido o por el simple peso del sol, cambió de sillón y retomó su postura desganaada junto a él, después de haber dejado su bolso de playa al pie de la mesa. Pero a la primera palabra que él pronunció, ella encontró en sí misma suficiente vigor como para manifestar una actitud agresiva, violentamente irónica. O más exactamente, rompió a reír, con una risa que le cubría de vergüenza mientras iba extendiendo delante de ella las famosas fotos, con gestos y fórmulas de juez de instrucción.

—Y bien..., dime la verdad. Puedo comprender todo, pero quiero saber.

Candice no se rebajó a justificarse. No tenía ninguna necesidad: esa risa sola, la diversión exagerada que demostraba, eran prueba de su inocencia en este asunto. Por lo menos eso fue lo que él pensó.

—Escucha —le dijo (bruscamente se pasaba al enemigo con armas y pertrechos, en una rendición sin condiciones)—, olvida todo eso. Te ofrezco tres días en Toulon. Podrás visitar las islas durante el día, nos encontraremos a la noche, en Port-Cros o en Porque-rolles. Si quieres alquilaremos un barco... nosotros...

Pero ella no lo escuchaba. Algo ocurría, o acababa de ocurrir en la mesa que había dejado. Alguien se había ido o había vuelto (había un incesante ir y venir en la terraza) y ella observaba en esa dirección.

—Permiso —dijo ella por fin, y se levantó—. Vuelvo enseguida.

Él le atrapó la mano y la tiró con un golpecito seco.

—¿Vienes conmigo? ¿De acuerdo?

—Un momento...

Se alejó. La vio hablar con uno, largamente, luego reír y hablar de nuevo, con otro o con otra. Experimentó la sensación que ya había sentido dos veces: una en Baux, y otra en el almuerzo del Mouscardins. Un hueco en el pecho. Un pensamiento confuso que podía formularse así: quiero que no pertenezca a nadie más. A nadie más que a mí. No. No era exactamente ese el matiz. No era tampoco: necesito de ella. Era una sensación-límite: sin ella, no soy nada. Dejo de existir. Mientras pensaba, sus manos se pusieron a actuar solas; se dio cuenta de que estaba abriendo el cierre del bolso. (Para eso había tenido que inclinarse, recogerlo y colocarlo sobre sus rodillas). Su cerebro continuaba rechazando lo que hacían sus manos: hurgar rápidamente entre los papeles que contenía el bolso. Comprendió lo que buscaba en el momento en que una camarera, tropezando con el respaldo de su sillón, lo hizo sobresaltar. *Quería apoderarse de su pasaporte*. Todo se ordenaba, ahora, en su cabeza: si tienes su pasaporte, ella tendrá tanta necesidad de ti como tú de ella. Pero no lo encontró, o por lo menos no de inmediato, o tuvo miedo de que volviese de improviso (se había inclinado hacia la derecha para ocultarse detrás del pilar), y todo lo que encontró fue el cartoncito rosa y verde: un pasaje Ámsterdam-Nueva York. Si tú lo tomas, no podrá irse, irse para siempre. Y si acepta venir a Toulon, se lo devolverás.

—Era un robo —dijo Bretonnet—. Puro y simple.

—Sobre todo, era una chiquilina. No digo eso para disculparme. Es el acto más absurdo que haya cometido en toda mi vida.

—Las mujeres a menudo nos juegan esas malas pasadas: quiero decir, que a uno lo vuelven completamente idiota. Pero no era solo una idiotez, Kirschner. Si usted ve las cosas como yo, era un acto deshonesto.

—Yo veo las cosas como usted, señor comisario seccional. Pero había una segunda intención: en la medida en que ella necesite dinero, pensé, tendrá que recurrir a mí. Aunque más no fuera para pagar un nuevo pasaje, porque no pensaba confesarle nunca la verdad.

—Cuando ella se fue de su mesa, ¿no vio cómo era ese muchacho con el que se puso a conversar?

—No presté atención.

—Usted debe de haber visto fotos de Angiotti publicadas después por la prensa. ¿No se acuerda si...

—Estaba demasiado ocupado con el bolso.

—¿O tal vez Solnès? Sería muy importante para nosotros saber montones de cosas, por ejemplo si ella lo acompañó a Toulon.

—No.

En el silencio que se hizo después, interminable, Kirschner agregó:

—Me alojé en el hotel de la Torre Blanca, en Toulon, a partir del...

—Ya lo sabemos —cortó Bretonnet secamente—. ¿No volvió a oír hablar nunca más de Candice Strasberg, después, de ese día, por supuesto?

—Nunca más. ¿Por qué «por supuesto»?

—¿Ni de Marcello Angiotti?

—Tampoco.

—Probablemente, está mintiendo —dijo Bretonnet—. ¡Ha mentido tanto ya!... —hizo un gesto con el brazo, más bien amistoso—. Voy a proponerle algo: Vamos a almorzar tranquilamente. Nos encontraremos de nuevo aquí a las dos. Y vamos a retomar todo desde el principio. ¿De acuerdo?

VIII

«Habr  siempre pan para ti», hab  escrito Giuseppe Gallone a su hermano, en el mes de julio, cuando Matteo estaba preso en la cárcel de Turin. Y cuando, la noche del 17 de agosto, lo vio llegar a S te, a esa casita del barrio de Barrou que hab  construido con sus propias manos, lo estrech  largamente contra su camisa de dril cuya abertura dejaba asomar una mata de pelos negros. Era la hora que preced  a la cena. Genevieve acababa de dar de comer y acostar al niño, y estaba pelando las cebollas.

— Un plato más! —anunció alegremente Giuseppe entrando en la cocina. Su voz era habitualmente fuerte, y solo hab  conservado pocos rastros de su acento italiano—.  Adivina quién est ?  Mi hermano!...

Genevi v  se quedó inmóvil, enarbolando el cuchillo que conservaba una fina cáscara temblando en la punta.

— Se queda mucho tiempo?

—Bueno... No s ... Ya veremos.

Se levantó, pas  las manos bajo el agua de la canilla, las secó en su delantal. Era una linda morena, de pantorrillas finamente torneadas, una muchacha de Mont-de-Marsan, viva, no muy alta, con una acentuada curva de caderas y un trasero redondo que parec  enguantado en las faldas de rayon que usaba siempre cortas y ajustadas.

—Tu hermano —repitió—. Bueno...

Compuso un gesto sonriente para entrar en el comedor. Inmediatamente —lo record r  más tarde—, la vista de Matteo la dej  helada. «Sobre todo su mirada». En realidad, ten  un prejuicio contra el cual le era imposible luchar. Pod  pasar por alto y perdonar la ropa sucia y grasienta, el pantalón arrugado, los dos botones que le faltaban en la bragueta, el morral manchado, del que no se hab  despojado aún. Pod  pasar por alto la

flacura, la barba mal afeitada y esa lasitud física que volvía cada gesto del vagabundo vacilante, torpe. «Sudaba fatiga» —será su expresión. Lo que no podía soportar era su mirada, y por una simple razón: era la mirada de un hombre que recién salía de la cárcel.

Había tenido con Giuseppe dos violentas discusiones, una en primavera, la otra en junio; de una violencia contenida, porque no había que despertar a Alain, que dormía en la habitación contigua. En realidad, las dos únicas verdaderas peleas que habían tenido en sus cinco años de matrimonio.

—No quiero que el niño se críe en contacto con un reincidente.

—¡Pero de todos modos es su tío!

—¿Y dónde lo alojaremos? Bastante estrechos estamos ya.

—Dormiré en el comedor los primeros días. Después le encontraremos una pieza.

—Y se le pagaremos. Y también le pagaremos su comida.

—Matteo es capaz de trabajar. Hasta era mucho más guapo y más hábil que yo.

—¿Y adónde lo llevaron, su guapeza y su habilidad? A la cárcel.

—Una estupidez. Una locura. Razón de más para tenderle la mano.

—La tuya, si quieres. No la mía. Te prevengo...

—¿Y quién sabe? A lo mejor no viene nunca.

Esa había sido su esperanza durante meses. Pero resulta que ahora estaba allí, ocupando un lugar enorme en esa pieza de muebles bien lustrados, piso encerado reluciente de limpieza, y cuya ventana se abría al sol poniente, sobre la pequeña huerta.

La cena fue penosa, animada con una falsa jovialidad que no engañaba a nadie. Matteo casi no hablaba, en parte por el cansancio, y en parte porque no estaba seguro de su francés. Giuseppe animaba la conversación, llenando sin cesar los vasos de vino tinto, soltando por momentos largas frases en italiano que Genevieve no entendía y que terminaban con grandes risotadas de los dos hombres.

A la mañana siguiente, temprano, Matteo quiso ir a los muelles a buscar trabajo. Su hermano no estaba de acuerdo. «Descansa algunos días. Tengo una construcción que empieza el 24, y puedo hacerte contratar. Un albañil es mejor pagado que un portuario», y al oírlos gritar, Genevieve se

preguntaba si no iban a irse a las manos. La exuberancia italiana. Ella esperaba que Matteo no cediera, que desapareciera por el resto del día y volviera a la noche, con el dinero. Y fue lo que ocurrió. Él le entregó su paga, y ella la tomó después de deslizarle dos monedas de un franco, para cigarrillos. Pensó que después de todo era un buen muchacho. Él trataba siempre de ser útil en la casa, era el primero en destapar la botella de vino o en levantarse para llevar los platos. También era muy bueno con Alain, que le tendía sonriente sus bracitos regordetes. Ella se olvidaba de la prisión y lo seguía olvidando hasta el día en que los gendarmes se presentaron.

Discutían en el comedor, a media voz; solo algunos fragmentos de la conversación le llegaban a través de la puerta de la cocina. Por otra parte, era Giuseppe el que hablaba casi todo el tiempo. Decía que había pedido a la prefectura el permiso de trabajo, pero que eso era largo, que un hombre tiene que comer y que además él, su hermano, conocido en la región como una persona honorable, porque hacía más de quince años que vivía allí, salía de garantía y terminó por convencerlos. Los gendarmes se fueron. Después de eso, no se oyó hablar más de ellos.

A comienzos de setiembre, Matteo dejó de trabajar en los muelles y empezó junto con su hermano en la obra nueva. Ahora cobraba su paga todas las semanas y era mucho más sustanciosa. A menudo los hombres hablaban de buscar una pieza para alquilar en el barrio, pero no era un proyecto muy firme, y la idea de ver su lindo comedor ocupado para toda la eternidad, empezó a irritar de veras a Genevieve. No se molestaba en disimularlo, y así, el ambiente, en la casa, se había hecho irrespirable.

Luego llegó el 11 de setiembre: era su cumpleaños. A la noche, Matteo volvió a la casa con dos botellas de asti. Las puso en el refrigerador y se retiró aparte, dedicándose a una misteriosa operación. Cuando pasaron a la mesa, Genevieve encontró junto a su plato un paquetito, groseramente envuelto. Contenía un reloj, un reloj pulsera grande, -de buceo submarino, y Matteo se reía como si hubiera hecho una broma pesada, en lugar de un regalo. Geneviève estaba encantada. Siempre había soñado con tener un reloj parecido, pero le parecía que era un gasto exagerado.

—Yo ya lo tenía —dijo él—. Hace mucho que lo tengo. Esperaba la oportunidad de regalárselo a alguien.

Esta frase hizo sentir incómoda a Geneviève. «Lo robó», fue su primer pensamiento; pero lo descartó, y la comida transcurrió en un ambiente cordial. Giuseppe, por su parte, le había regalado una licuadora.

Pasaron varios días. Ahora, era Genevieve quién se informaba en el barrio acerca de las piezas que se alquilaban. Terminó por encontrar una: sin agua corriente, pero a solo 90 francos por mes. A la noche, estalló una violenta disputa. Como si se hubiese sentido respaldado o reforzado por la presencia de su hermano, Giuseppe se mostró con ella anormalmente agresivo. No era cuestión de que Matteo se fuese a vivir solo en una buhardilla. Él tenía otro proyecto: construir un pequeño cobertizo, tomando un pedazo del jardín, e instalarle un cuarto y un lavabo. Esperaba solamente tener un poco menos de trabajo; sería cuestión de hacerlo en el invierno, de ahí a dos o tres meses.

—¿Y por qué no haces venir a tu madre y a tu hermana y a tu prima mientras tanto? —gritó Genevieve.

—¿Y por qué no? —respondió Giuseppe, con cara risueña.

Matteo, en tanto, no decía nada. Genevieve tenía la impresión de ser víctima de una conspiración, de un golpe tramado contra ella, su hijo, su hogar, su felicidad. Durante los tres días siguientes, no despegó los labios, y el 17, en *Marseille-Matin*, en primera página, vio el identi-kit.

Y ahora los gendarmes habían vuelto. No solo los mismos de la primera vez; había también dos oficiales que no dejaban de dar vueltas por la casa y de hacerle preguntas. A veces, el que tenía más galones, amenazaba a su marido con meterlo en la cárcel y a ella también: ¿por qué, al reconocer a Matteo en el diario, no lo habían denunciado a la policía?

—¡Pero era mi hermano! —no se cansaba de repetir Giuseppe, aplastado, con los dos codos sobre la mesa—. ¡Pónganse en mi lugar!

El hecho es que la escena que se había desarrollado la noche del 18 constituiría siempre para él «el recuerdo más triste después de la muerte de mi padre». Tampoco había podido dejar de reconocer él a Matteo en el retrato que Geneviève le mostró. Y sabía que Matteo había pasado justamente por el lugar donde había sido asesinada la norteamericana, el mismo día. La discusión entre los dos hombres se había eternizado toda la noche. Matteo no dejaba de jurar que no tenía nada que ver con ese asunto.

«¡Pero cómo puedes creer semejante cosa, Giuseppe!». Al amanecer, Giuseppe le había dado todo el dinero que tenía en la casa.

—Vete. Que no vuelva a oír nunca más hablar de ti. Se habían separado llorando. Luego Giuseppe había vuelto al dormitorio, donde Genevieve no había pegado un ojo en toda la noche. Y con tono solemne le había dicho:

—Si alguna vez llegas a hablar a alguien de toda esta historia, te mato.

Los gendarmes escribieron todo eso, con lentitud exasperante, en su cuaderno negro de tapas enceradas. Habían llegado a la mañana y recién se fueron de noche, informándoles sin embargo que no habían terminado y que las cosas no quedarían seguramente así. Ninguno de ellos se fijó en el reloj que Geneviève llevaba en su muñeca y a ella no se le ocurrió hablarles de él.

El estudio principal estaba situado en el segundo piso del inmueble de la C. B. M., en el ángulo de la calle Vernet con la avenida George V. Los cincuenta músicos estaban ocupando sus sitios; no le dirigieron ni una mirada. En la cabina de control, Goldstein discutía con un hombre de sienes grises. Era raro que Fred Battysens, el director de la compañía, asistiese a las sesiones de grabación. A veces, pasaba, al final de la jornada, distribuyendo apretones de mano y cumplidos exagerados. Tenía la elegancia altiva que se puede esperar del gran patrón. La soltura del ejecutivo que vigila a la vez su tensión arterial y el monto de sus negocios, que no es capaz de ninguna demostración sincera de afecto, pero se preocupa por cuidar el estado de ánimo de los que trabajan para él prodigándoles muestras de cálido afecto, en los momentos más favorables a sus intereses. Solnès estaba nervioso, como siempre, y se lo llevaban los demonios como cada vez que estaba por grabar.

Los dos hombres salieron de la cabina de vidrio y vinieron a su encuentro. Hablaron bastante largamente de detalles técnicos. Las doce canciones habían sido probadas en el curso de las dos semanas precedentes, en un registro provisional con simple acompañamiento de piano. Dos de ellas, según opinión unánime, prometían ser éxitos fulminantes. Otras cuatro eran más dudosas, pero Solnès insistía en hacerlas durante el verano, había decidido dar un ligero sesgo a su carrera, orientándose hacia la canción literaria falsamente simple, que Ferrat estaba poniendo de moda, y

esas cuatro eran las que le había dado más trabajo componer. Por el momento, se discutía acerca de la grabación. El director de orquesta, un hombrecito encantador y tímido, de perita gris, había venido a reunirse con ellos. Fue él quien metió la pata, pero era necesario que alguien empezara.

Se hizo el sorprendido (tal vez lo estaba verdaderamente) con motivo de los números 5, 7 y 12, cuyo arreglo orquestal no había escrito, porque... y allí se dio vuelta hacia Battysens, que miraba hacia el fondo de la sala, afectando interesarse en otra cosa. Entonces Goldstein se aclaró la garganta. Parecía muy afligido.

—Y bueno, muchacho. Hoy no metemos más que cuatro en la lata.

—¿Y las otras?

—¿Las otras?... Otra vuelta. Más adelante.

—Pero el disco tiene que salir el 15 de enero.

—Sajará, muchacho, saldrá. —Goldstein, incómodo, echaba miradas oblicuas a Battysens, como para pedirle ayuda—. El señor Battysens, bueno, los señores del Consejo de administración han decidido sacar primero uno de 45 revoluciones.

—Los 33 no se venden más —dijo por fin Battysens—. Le voy a mostrar los gráficos si quiere.

—¿Usted quiere decir los 33 de Christian Solnès?

—No solo esos. Es una evolución del mercado. Una nueva política que...

—Un momento —cortó Solnès—. ¿Por qué no pasamos todo esto en limpio?

Entonces, Goldstein cambió de actitud. Dejó de jugar al pequeño judío solícito y compasivo. Enderezando el torso, habló con la autoridad de un manager de boxeo.

—Hoy, grabas cuatro pistas —dijo—. En cuanto al resto, veremos en la primavera.

—¡Por Dios, señor Goldstein!, ¿usted es mi agente o el de la C. B. M.?

—Soy tu agente y lo sigo siendo. Tengo confianza en ti. No soy de los que abandonan el barco. Tú lo sabes tanto como yo. Tienes que ayudarme un poco.

Solnès se puso a sonreír. Exageradamente, sin la menor muestra de ironía y con gran simplicidad; era su manera de controlar sus emociones cuando alcanzaban una intensidad demasiado fuerte. Se dio vuelta hacia Battysens, y dijo suavemente:

—Yo no entiendo muy bien. Tenemos un contrato, ¿sí o no?

—Sí —dijo Battysens—. Puede hacerme un juicio si quiere.

—¡Pero no! —dijo Goldstein—, ¡pero no! No digamos tonterías.

Solnès ignoró su intervención; continuaba dirigiéndose a Battysens.

—Si usted rompe el contrato, no estoy más ligado a usted. Puedo irme con Barclay o Philips. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo —dijo Battysens—. Pero dudo que lo reciban con los brazos abiertos.

—¿Usted se refiere a toda esta historia?... ¿De eso se trata? —Nadie respondía—. ¿Tienen miedo de que lo mío se venda mal?

—Es una política, muchacho, algo coordinado. —Goldstein se había puesto de nuevo voluble—. Tu público es sobre todo un público de jóvenes. ¿Estás de acuerdo? Un cantante en nuestros días, es más que una voz. Es una personalidad. Un mito. Un ejemplo. El señor Battysens estima...

Battysens puso su mano sobre el hombro de Solnès, y esa mano pesó exageradamente sobre la tela del traje: estaba representando el papel de amigo sincero.

—Deje correr un poco de agua bajo los puentes, Christian. Llámese a silencio dos o tres meses. Después de eso, le juro que arrancamos otra vez, y a lo grande. Le prometo un lanzamiento impactante.

—De acuerdo —dijo Solnès—. Pero entonces, hay otra cosa que no entiendo: ¿por qué ese 45 revoluciones?

—No lo sacaremos —dijo fríamente Battysens.

—¿Lo hacen solo para darme el gusto? Muchas gracias. Para eso, mejor no se ocupen más de mí, ¡y listo!

—El estudio ya estaba alquilado. Los músicos y los arreglos, pagados. Usted también está pagado. Cuatro títulos. Goldstein le dirá cuáles. Ya nos pusimos de acuerdo él y yo.

Salió enseguida de la pieza sin agregar nada más. Como obedeciendo a una señal, el barullo de los instrumentos que se afinaban se hizo más fuerte.

El director de la orquesta había vuelto a subir al podio. Goldstein empujó suavemente a Solnès en dirección del micrófono: «Nos tomamos todo el tiempo necesario, y hacemos las cosas bien, como de costumbre, como tú lo sabes hacer». De pronto, Solnès se sintió totalmente extraño al decorado. Tan perdido, pensó, como el toro abandonado en la arena. Para ser sacrificado. Tenía ganas de llorar y lo obligaban a cantar. Era difícil. Una de las cosas más difíciles que le hubiera tocado afrontar alguna vez.

En otro estudio, situado a cincuenta metros de allí —el departamento N9 723 del séptimo piso del hotel George V—, Lilian Dort ponía un exagerado cuidado en perfeccionar el nudo de su corbata. Después de lo cual, se fue al baño para buscar una toalla y la usó para sacarle más brillo a sus zapatos. Al caminar por el largo corredor que conducía a los ascensores, tenía la sensación de dirigirse a «una de las citas más importantes de su vida».

En la terraza cubierta de un restaurante de la avenida George V se encontró con Carlyne. Vestía uno de esos tapados de piel cortos, de pelos muy largos, de conejo, sometido a un tratamiento especial. El frío de la calle había sonrosado sus mejillas y estaba en cabeza; se pasó las uñas entre los cabellos revueltos por el viento que soplaba afuera, pero no se decidió a peinarse bien. No representaba ni siquiera sus veinte años, ese día, y —pensó él—, «el invierno le sienta».

Cuando se hubo quitado su abrigo (vestidito negro muy simple, corazoncito de oro sobre la nuez de Adán, sujeto por una cadena de oro apretada alrededor del cuello), Dort encargó el almuerzo. Ni le preguntaba lo que deseaba y parecía elegir al azar en el menú, como para librarse de una carga. Luego apoyó los dos codos sobre la mesa, y sonrió.

—¿Y entonces? —dijo él.

—¿Entonces qué?

—¿A usted no le interesa saber por qué la quise volver a ver?

—Hace mucho tiempo que dejé de preguntarme por qué los hombres quieren volverme a ver.

—Usted no entiende en absoluto lo que quiero decirle.

Metió su mano en un bolsillo interior y sacó cinco billetes de 500 francos nuevos que puso sobre la mesa, delante de ella.

—En primer lugar, para entregarle esto. Un pequeño suplemento. Cablegrafié a Nueva York, y están conformes.

Carlyne tomó los billetes sin apuro y los embolsó en su cartera sin demostrar ninguna satisfacción especial.

—¿Entonces mis contactos eran buenos?

—Por lo que sabemos hasta ahora, sus contactos no sirvieron para nada. Pero usted me interesa. Me interesa mucho más que sus datos.

—Tengo la impresión de que hay un malentendido —contestó ella sonriendo—. Dos mil quinientos francos podrían ser mucho, o muy poco, según.

—En ese aspecto —replicó sonriendo él también y llenando los vasos—, usted me causa más o menos tanta impresión como este botellón.

—No hay necesidad de ser guarango —dijo ella y dejó de sonreír—. ¿Entonces qué? ¿Quiere que le cuente mi vida? Vamos a estar hasta mañana.

—Yo voy a empezar por contarle la mía. Por lo menos de estos últimos quince días. Viajé mucho. Primero, me fui a Villefranche. Encontré la boite de que usted me habló: *La doble barra*. Cerrada por fin de estación.

—Yo se lo hubiera podido decir, y le ahorra el viaje.

—No, porque al interrogar a los vecinos, supe quién era el dueño. Un tipo de Albi, pianista de *jazz*. Un chico loco por la música. Por otra parte, ese es el origen del nombre de la boite.

—Ajá —dijo ella—. ¿Y entonces?

—En el verano, trabaja en Villefranche y en el invierno, tienen otra boite, en Alpe d'Huez: *Las candelas*. También estuve en Alpe d'Huez. No mucha gente en esta época, parece que todavía no hay bastante nieve.

—Es un poco temprano —comentó Carlyne.

Luego atacó su huevo con gelatina. Dort hizo lo mismo.

—Ese tipo no toca mal el piano. Es buenísimo en los *blues*. Estilo antiguo, pero bueno.

—¿Adónde nos lleva eso? —dijo Carlyne.

—Nos lleva a una pregunta: ¿de qué vive usted? Quiero decir, aparte de esta clase de ingresos forzosamente episódicos —agregó, señalando con el

dedo la pequeña cartera donde había guardado los cinco billetes de 500 francos.

—Me las arreglo, pero no del modo que piensa. En primer lugar, mis padres me mandan un poco de dinero, de vez en cuando.

—Es falso —dijo él—. Lo verifiqué.

—Su otro yo detective es bastante cómico, señor Dort. ¿Puedo preguntarle qué diablos le importa?

—Sé también que tiene un chiquillo criándose con una nodriza. Un varoncito de un año. Ahí tiene. Ahora, ya sabe todo lo que sé. El resto, usted me lo va a decir.

—Bien, señor Dort —sonreía de nuevo. Empujó su plato y retiró su silla para atrás—. Trabajé en negocios inmobiliarios durante bastante tiempo. No está mal la inmobiliaria, pero es irregular en cuanto a entradas. Y después uno se encuentra con montones de tipos que, so pretexto de visitar un departamento... En resumen, en este momento estoy tratando de montar un negocio con una compañera. Un bar. Tenemos un tipo que financia: el amante de mi amiga. La parte decoración corre por mi cuenta. Tengo también otros rebusques que me sacan de apuro. *Honrados*, señor Dort. Hice reproducir por un joyero amigo unas alhajas griegas que otra chica trajo de Mykonos, el verano pasado. En oro verdadero, controlado, señor Dort. En fin, no del todo: de 14 kilates. Pero no los vendo caros, y tengo el cincuenta por ciento de ganancia. También vendo vestidos. Vestidos de colección y de los que usan las modelos para posar. Tengo muchas relaciones, todas chicas que tienen bastante guita y que están muy contentas de...

—¿Y un amante? ¿No tiene un amante?

—Sí. En plural. Me gusta mi libertad. Y un chico de dieciocho años, me basta.

—Ya la entiendo. Volvamos a *La doble barra*. Iba todas las noches, ¿no es verdad?

—Casi.

—¿Y también fue con Candice?

—Exacto.

—¿Y fue usted la que se la presentó a Angiotti?

Ella hizo una pausa, y luego:

—Exacto —dijo.

—¿Por qué no me lo había dicho?

—No veo la importancia que eso puede tener.

—Me dijo que se habían encontrado por casualidad en la playa.

—¿Qué diferencia hay?

—Usted cazaba clientas para Angiotti. Es uno de sus pequeños «rebusques».

—Cazar... No me gusta mucho esa palabra. —Se reía.

—Ese Jo, el pianista, me explicó cómo era la cosa. A él, ¿no es cierto?, no le interesa nada más que la música, ya se sabe. Y accesoriamente, la buena marcha de su boite. Y más accesoriamente aún lo que ocurre en ella. Usted trabajaba para los rufianes^ marseleses o nizardos. Usted levantaba chicas. Se hacía íntima amiga de ellas, y se las traía. Y ellos le pagaban. Supongo que eso es lo que le permitió financiarse las vacaciones, ¿no?

—Sí —dijo ella mirándolo cara a cara, los ojos en los ojos—. Eso se llama «relaciones públicas», y usted ya tiene las calificaciones de esta semana.

—Eso también se llama proxenetismo, Carlyne.

—Usted es un hinchón, Dort. No sé por qué me quedo a escucharle todas sus macanas.

—Porque si se va, publico todo esto y va a recibir el rebote en forma de citación ante la Policía Judicial.

—¿Por qué no lo publicó ya?

—Para saber más cosas.

—Para mí, la historia se termina allí —dijo ella.

—No estoy tan seguro como usted. Cuando Marcello o alguno de sus colegas tenía a una chica en sus manos, cuando la tenía bien segura... (no tengo necesidad de explicarle cómo la tenía ni *para qué*, ¿no?) la chica se arriesgaba forzosamente a encontrarse, uno o dos meses después, en pleno trabajo en Marsella, o en Niza, o en un país francófono. Es una vieja historia, tan clásica que da náuseas. Después de todo, si las jóvenes son tan tontas... Pero Candice no era una chica como las otras. No era estúpida y me imagino que Marcello tenía grandes proyectos para ella, ¿no?

—Dort, cuando usted no se hace el Sherlock Holmes, escribe novelas policiales, ¿no es cierto? Bueno, siga si eso lo divierte. Pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Sí —dijo él—, porque Candice fue asesinada. Y usted puede ser cómplice de ese crimen. Aun sin saberlo. O tal vez sabiéndolo.

—¿Le molestaría pedir mi abrigo? —Dort no se movió—. Todavía hay otra cosa que tengo que decirle: en el caso de que usted publique todas esas boludeces en su pasquín, tengo un amigo que es abogado. Excelente abogado. La difamación, en su país, cuesta bastante caro, ¿no? Una buena ocasión para armarme de un lindo montón.

«Yo no sabía —diría más tarde Dort—, si dejaría ir o no. Había mentido mucho, durante toda la entrevista, y un bluff no sirve de nada si uno no tiene nervios para aguantar hasta el final, hasta el último segundo, cuando el adversario se rinde. Pero, a veces, es necesario saber renunciar uno mismo al bluff y pasar a otra táctica». Fue por eso que en el momento en que ella se iba a levantar, la tomó por la muñeca.

—Voy a hacerle otra propuesta. El montón grande, se lo voy a dar yo, en fin, no yo, sino mi diario. Y sin embargo, no publicaré ni una palabra de todo eso. Y tampoco le voy a decir nada a nadie. Para eso, lo único que usted tiene que hacer es ayudarme.

—¿Que lo ayude a qué? —Se había vuelto a sentar.

—A remontar el hilo. Tengo dos asientos reservados en el avión de las seis a Niza. Nos vamos juntos.

Ella abrió su cartera, sacó una polvera, pasó más de un minuto mirándose la cara en el espejito redondo, se puso un poco de compacto en las mejillas, hizo chasquear el cierre de la polvera, luego el de la cartera, y por fin lo miró:

—Si usted lo dice, debe de ser verdad.

La noticia del suicidio de Bernard Vauquier fue mantenida en secreto bastante tiempo, tanto como fue posible, es decir, durante cuarenta y seis horas. Bernard había ido a Gallardon el domingo. Había pasado el día jugando con sus hijos, y se había mostrado, según su mujer, alegre,

simpático, encantador. De ninguna manera mostró la actitud de un hombre que se dispone a abrirse las venas al volver a su casa. Colette persistió durante dos días (el tiempo que estuvo en coma) en sostener que era un asesinato que querían hacer aparecer como suicidio, «a causa de toda esa historia...», pero ninguno de los policías la tomaba en serio.

—Y por una buena razón, señora: si hubiera sido un asesinato, estaría bien muerto. El asesino no hubiera fallado.

Pero Bernardo se había errado, como había errado todo en su vida, contaba más tarde, después del tercer *whisky*, con esa sonrisa angelical y teñida de tristeza que lo hacía parecido a Boris Vian. «Ni siquiera en eso fui capaz de ir hasta el fin». Bretonnet había ido a visitarlo al hospital desde que los médicos lo permitieron: «¿Qué le pasó por la cabeza, muchacho?».

—Estaba harto —dijo Bernard—. De representar la comedia. De estar solo. De todo.

Explicó largamente, con todos los detalles posibles, que ese domingo a la noche, al encontrarse de nuevo en su vasto departamento de la calle Nicolo, había empezado por vaciar una botella de *whisky*. Luego, totalmente borracho, al mirarse en un espejo había mantenido consigo mismo una especie de conversación humorística y macabra. Luego había arrojado la botella contra el vidrio —como en las malas películas, precisó—, tomó todos los comprimidos de Imménocital que quedaban en el cajón de la mesa de luz y se había abierto las venas con una vieja hojita de afeitar. «Demasiado vieja, sin duda; tal vez me hubiera debido cortar las dos muñecas, pero no era cómodo; los tipos que escriben películas o libros deberían pensar en eso. Deberían probar, por lo menos una vez, para información de su público». Había caído en un coma mitad alcohólico mitad barbitúrico y, en efecto, el corte no debía de ser muy profundo porque la sangre se coaguló. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, la mujer de la limpieza lo encontró. Al fin de cuentas, una historia más tonta que otra cosa.

Pero una buena historia para los periodistas, puesto que era una nueva y provechosa repercusión de un asunto que tenía en jaque a veinte millones de sus lectores.

Invadieron la propiedad de Gallardon donde Colette solo tuvo tiempo para llevar a los chicos a casa de una vecina. Con una docilidad casi exagerada, repetía, hasta la saciedad, el mismo relato. Bernard —decía ella—, era un verdadero niño, y lo sería siempre. Contaba su matrimonio, el divorcio, tres años más tarde, «porque uno no puede vivir eternamente con algo que está a mitad de camino entre un rayo de luna y el diablo que salta de la caja de sorpresas. —Así se expresaba ella—. Todo pasó sin violencia, muy amablemente, seguimos siendo buenos amigos, ¡y yo hubiera querido tanto hacer algo para ayudarlo! Pero ¿acaso uno puede ayudar a alguien que no cree en nada? ¿Quién fue el que dijo: denme un punto de apoyo y levantaré el mundo? Con Bernard, no había ningún punto de apoyo, nada lo suficientemente estable ni sólido, nunca lo había habido y tampoco había tal vez nada que levantar».

Los periodistas escuchaban pacientemente, pero no era eso lo que les interesaba. No el personaje, ni la historia de esa pareja desavenida, una de tantas al fin y al cabo. Era Candice.

—Sí —dijo Colette—. Me contó todo. El día en que ella se instaló en su casa, él debía venir acá para pasar el fin de semana. Hizo la mitad del camino, pero habló por teléfono desde la ruta y volvió a su casa. Vino el domingo siguiente. Parecía realmente prendado por una vez. Me dijo que quizás era ese el punto de apoyo que le faltaba. Estaba enamorado de verdad. En una época lo había estado de mí, pero...

—¿Qué decía usted de Candice?

—No paraba de hablarme de ella. Que nunca había encontrado a nadie tan puro, tan maravillosamente auténtico y espontáneo, usted me entiende, ese tipo de delirio masculino. «¿Por qué la dejaste escapar, entonces?», le pregunté. Bernard tenía una teoría a este respecto. Quiero decir, tiene. Él pretende que nunca cierra la mano para conservar lo que tiene. Es un poco lo que pasó conmigo, en realidad. Le gusta que las cosas o las personas se queden con él, pero él no hace absolutamente nada para retenerlas. Muchas veces le aconsejé que se hiciera analizar. Una vez hasta pedí hora para él con un psiquiatra, y...

—En resumen, Candice se fue.

—Esta chica, no es por hablar mal de ella, pero en fin, usted me entiende. Tuvo muy mala suerte, el pobre. Ella se fue y habían quedado en encontrarse en el mes de agosto, en Marsella.

—El 13 de agosto.

—Sí —dijo. Colette—, por lo menos es lo que él me dijo.

—¿Y la encontró? —arriesgó alguien del grupo.

—Evidentemente no. Piense que la chica lo había olvidado hacía mucho. Había encontrado otros tipos en su camino. Era de vida alegre, por lo que dicen.

—Pero al volver del Midi, ¿qué le dijo?

—Y bueno, eso, justamente. Una vez más tuve que consolarlo. Siempre viene acá cuando las cosas le van mal. Viene a llorar en mi regazo. Y cuando supo que habían matado a la chica, fue terrible.

—¿Terrible? ¿Qué quiere decir con eso?

—Se acusaba a sí mismo. Decía que era por su culpa.

—¿Su culpa?

—Escuche... Usted no va a publicar todo eso, ¿no?

—Por supuesto que no. Tratamos de comprender.

—Si ustedes quieren de verdad comprender a Bernard, no es a mí a quien tienen que interrogar. Vayan a buscar a su padre. Su padre es el responsable de todo. Quiero decir de sus fracasos. Siempre lo ha aplastado y... Miren, ahora váyanse. No tengo nada más que decirles, de verdad. Y debo acostar a los niños.

Una conferencia de prensa: es así como las personalidades como el presidente Vauquier resuelven esa clase de problemas. El sábado a la noche, Vauquier llamó al ministro de Justicia por la línea privada para pedirle consejo. Lauraguet era uno de sus excondiscípulos del Normal superior.

—No puedes cerrar tu puerta a perpetuidad —le dijo este—, o entonces publicarán cualquier cosa. Ya han empezado. Recíbelos en grupo. No en el Senado, En tu casa, o mejor, en un salón, no sé, en el Lutecia, tal vez. Les sonríes ampliamente. Les dices que, después de todo, has hecho el máximo por tu hijo. Oxford, etc.

—No, Cambridge.

—Lo mismo. Dejas entender que es mayor y está vacunado, y que, en cuanto a ti...

—Pero me habías prometido...

—Oye, ya me salpicó bastante toda esta historia. Empiezo a tener frío, si es que quieres saber el fondo de mi pensamiento.

—¡Pero no me vas a abandonar ahora!

—Eres tú el que va a abandonar al cretino de tu hijo. ¿Crees que tenemos necesidad de todo este zafarrancho en este momento? Y este juez tarado en Tarascón, está persuadido de que...

—Sabes tan bien como yo que Bernard no tiene nada que ver con ese crimen...

—... Pero a ese juez que es un pobre infeliz, se le ha metido en la cabeza derribar las columnas del templo. ¿Y sabes por qué? Acabo de enterarme. Simplemente porque es de izquierda. Sí, señor, ¡afiliado al P. S. U.!

—Nos desviamos, Marcelo. Entonces, ¿qué les digo a los periodistas?

—No soy yo el que voy a enseñarte cómo se hace una reunión electoral, ¿no?

La reunión fue tumultuosa. Sobre diecisiete periodistas presentes, once pertenecían a la oposición, y había aun más fotógrafos que reporteros para grabar cada expresión del hermoso rostro olímpico de Louis Vauquier. Muy pronto, él llevó la discusión al doloroso problema de la juventud actual y de la reforma de la Universidad. Pero, tal como se lo hizo notar alguien, Bernard tenía treinta y dos años, y el problema no estaba allí. Vauquier eludió hábilmente las alusiones al puesto que Bernard había ocupado en la agencia de un corredor de bolsa, por recomendación de su padre, y las razones por las cuales lo habían despedido. Y fue cerca de las 21 y 30 cuando un hombrecito sarcástico, que todos conocían por ser Joseph Libnitzki, editorialista de «Democracia occidental», hizo la pregunta que todo el mundo tenía en la punta de los labios.

—Entonces, según usted, señor presidente, ¿una tentativa de suicidio no puede ser considerada como una confesión de culpabilidad?

—Señores —dijo Louis Vauquier—, me niego a contestar esa pregunta. Si les parece bien, lo dejaremos allí.

Cuando Bernard recibió una nueva citación para comparecer «a fin de completar información», tuvo la sorpresa de encontrarse, en el escritorio adonde se lo condujo, en presencia del juez Souffries.

—Pero —dijo—, ¿ya no está más en el Midi?

El juez no sonreía en absoluto.

OceanofPDF.com

4 - EL DESENLACE

OceanofPDF.com

IX

Aunque los plazos de detención hubiesen expirado desde hacía mucho, Matteo Gallone seguía arrestado en la cárcel de Puy. Por una parte, los elementos reunidos contra él aún eran insuficientes, a los ojos de las autoridades de gendarmería, como para que su causa fuera elevada al Tribunal. Por otra, teniendo en cuenta la gravedad de las sospechas que pesaban sobre él, no podía ser cuestión de soltarlo así no más. Pero, tal como lo hizo notar más tarde el sargento Maizerac, «siempre hay un buen Dios para los gendarmes». Los papeles del vagabundo no estaban en regla, se estableció que se había introducido clandestinamente en Francia y hasta había confesado un robo de bicicletas: otras tantas buenas razones como para seguirteniéndolo al alcance de la mano. Cada día, un patrullero venía a buscarlo para conducirlo a la brigada de donde se lo traía de vuelta a su celda, del otro lado de la ciudad, a la noche ya tarde.

Gallone daba mucho trabajo a los que se sucedían delante de él, haciéndole pregunta tras pregunta, pasando del tono amistoso a la amenaza, haciéndole contar mil veces las mismas cosas. A veces, era un simple gendarme o bien un suboficial el que lo interrogaba; otras, eran varios y hasta había oficiales entre ellos. Hasta el jefe de escuadrón Campanez y el teniente coronel habían contribuido con su presencia durante largas horas.

Como era de esperar, las confrontaciones con los testigos —esos mismos testigos que habían visto al vagabundo de campera negra cerca del lugar del crimen y que se habían trasladado a Lyon para participar en la elaboración del identi-kit— no habían aportado gran cosa, ya que algunos creían reconocerlo y otros no. Por otra parte, de todos modos eran totalmente inútiles, ya que Gallone no negó nunca haberse encontrado en los alrededores de Baux en las fechas que se le indicaban.

Reconoció haber pasado la noche del 16 de agosto en las grutas de Saint-Ginest, después de haber robado una bicicleta verde a la salida de Gordes, la noche del 15 al 16. ¿Por qué se había encontrado esa misma bicicleta en un matorral, con el cuadro y el volante torcidos? Porque —decía él—, había sido atropellado por un auto en el cruce de dos rutas —que se estableció eran, si decía la verdad, la n^o 9 y la n^o 97. Se había lastimado al caer, en las rodillas, la cara y las manos y el auto no se había detenido. ¿De qué marca era el auto? Lo ignoraba. ¿De qué color? También lo ignoraba. Iba a mucha velocidad. Un auto fantasma. Se había levantado lanzando juramentos. Evidentemente, no podía hacer la denuncia porque la bicicleta era robada. La había escondido entre unas matas al costado de la ruta, y en el momento de seguir a pie pensó que le convenía llevarse el inflador, porque llegado el caso podría venderlo.

Había caminado todo el día, llegando a la noche, agotado, a las grutas de Saint-Ginest. A la mañana siguiente, al partir, se olvidó del famoso inflador y, cuatro kilómetros más lejos, había robado otra bicicleta, llegando esa misma noche a Sète.

Todo eso encajaba justo. Y también el hecho de que, el 16 a la mañana, la porción de camino que había recorrido a pie lo hacía pasar entre Saint-Rémy y Fontvieille: allí donde se encontraban las ruinas de Baux. Él se podía haber quedado en la ruta nacional, y ese era sin duda el itinerario más lógico, pero también había podido desviar a la izquierda, tomando por la departamental n.^o 27, que corría a lo largo del Val d'Enfer. Podía haber distinguido desde allí, porque el camino dominaba todo el lugar, a una acampante durmiendo al raso en la landa o bien lavándose en una fuente (había una no lejos del lugar donde se había encontrado el cuerpo). O bien había podido ver a esa joven belleza caminando delante de él y haberla atacado. O haberse cruzado con ella y haber dado media vuelta para seguirla. Una cosa era segura la mañana del decimoséptimo día de los interrogatorios y se lo hicieron notar; un arpón de fusil submarino había sido encontrado a trescientos metros del lugar del homicidio. Ciertamente, no era el arma del crimen, pero quizás el asesino había tenido intención de usarlo para matar, renunciando enseguida a su proyecto y prefiriendo en cambio un cordón de zapato (Matteo usaba zapatones con cordones de

cuero). Ahora bien, habían robado material de pesca en la villa de Gordes, en un momento en que Gallone debía lógicamente de encontrarse en Gordes. Todo eso formaba, como quiera que sea, un cúmulo de coincidencias.

Pero Gallone persistía en negar que fuera el autor del asalto y no se había encontrado ninguna huella de él en los contornos. Fue entonces cuando ocurrió algo totalmente imprevisto.

Campanez había pedido que se hiciera un allanamiento en Sète, último domicilio conocido del sospechoso. La demanda siguió la vía legal, fue transmitida a Souffries, quien firmó la orden y la hizo llegar a la comisaría de Sète donde, una mañana temprano —el 16 de enero—, los oficiales de policía Lathuile y Vilos llamaron a la puerta de la casita de Giuseppe. Los recibió Genevieve: su marido ya se había ido al trabajo. Cuando Giuseppe volvió, a las 12 y cuarto, encontró la casa revuelta de arriba abajo, los cajones vaciados de su contenido, las ropas apiladas sobre la cama del dormitorio, con sus bolsillos revisados. En vano. Todo había sido pasado por el peine fino y era tanto más absurdo, como reconocería más tarde el oficial de policía Vilos, porque «uno no sabía muy bien qué se buscaba». ¿Algún objeto que hubiera pertenecido a la muerta? ¿El monedero? ¿La cámara de fotografía? ¿La libreta de cheques de viajero? ¡Realmente, los gendarmes parecían creer en Papá Noel! En el momento de irse, «casi teníamos ganas de pedir disculpas». Fue entonces cuando Vilos notó el reloj que Genevieve llevaba en la muñeca. ¿Por qué le llamó la atención ese reloj? Un reloj para buceo submarino en la muñeca de una mujer de obrero, en las afueras de Sète, tenía ciertamente algo de insólito. O quizás —es la explicación que se dio pasado el tiempo—, estableció una relación entre el reloj y el arpón. (Aunque en la lista de los objetos robados en Gordes no figurase ninguna mención de reloj de buceo). Le pidió a Geneviève que se lo sacara de la muñeca para examinarlo. Entonces sintió un hormigueo a la altura del plexo: el reloj era de marca norteamericana.

En los días siguientes, se intercambiaron varios telex con Washington. Se repitió que Candice llevaba, al partir de los Estados Unidos, un «relojito de mujer, enchapado en oro, con pulsera de cuero marrón». Vauquier, Kirschner, Solnès, confirmaron la existencia de ese reloj, que no había

podido ser encontrado, y con cada testimonio derrumbaban las esperanzas de confundir al vagabundo. Febrero había comenzado ya cuando Campanez, más por rutina que por convicción, hizo comparecer delante de él al propietario de la villa saqueada. Y este reconoció de inmediato al reloj; no había denunciado su desaparición, pensando que se encontraba en un cajón de su departamento de Lyon. Por fin un gran paso adelante.

—Ya lo tenemos...

Tal era la opinión general de los policías de la gendarmería esa mañana cuando, por vigesimosegunda vez mandaron al patrullero a buscar a Matteo a la prisión. Pero, esta vez, ya no era cuestión de permitirle retomar aliento. En el escritorio del jefe, donde se lo había hecho sentar en una silla, las idas y venidas se sucedían sin interrupción. La puerta se abría sin cesar, se golpeaba y se abría nuevamente. A veces, una voz dura y amenazadora resonaba entre las paredes desnudas; otras, el murmullo insidioso de una voz apaciguadora se infiltraba hasta las capas más oscuras de su cerebro. Y no había ningún respiro, ni un solo segundo de interrupción. Cualquiera, colocado ante hechos de tal evidencia, hubiese confesado de plano. Pero no un campesino italiano nacido en los Abruzzos, y admirablemente hábil para especular con su imperfecto conocimiento del francés y eludir las preguntas más apremiantes. Hubo que esperar hasta las once de la noche para que, por fin, se derrumbara: sí, ese reloj, regalado por él a su cuñada el día de su cumpleaños, lo había robado en Gordes, en esa villa alejada del conglomerado urbano, adonde había penetrado forzando la hoja de una ventana. Se había apoderado de alimento (era lo que más lo apremiaba), de algunas ropas usadas (de las que se había librado más adelante), de un arpón de pesca (él no sabía qué era, pero, tal como con el inflador, «siempre podía servir para algo o podía revenderlo») y del reloj, que había encontrado en una repisa justo al irse, cuando trataba de borrar sus huellas.

—Pero —clamó Matteo con una voz que el agotamiento enronquecía—, eso no quiere decir que yo haya matado a la chica. No tiene nada que ver. Yo no la maté. ¿Por qué habría matado a una chica?, ¿eh? ¿Dígame? ¿Por qué?, ¿eh?

Y a las tres de la mañana, cuando lo llevaron de vuelta a la prisión para una corta tregua, no había variado sobre ese punto. Al día siguiente, dijo:

«Ya sé, ya sé lo del arpón; había un agujero en mi morral; la punta lo debe de haber agrandado y la cosa esa se debe de haber caído por el camino sin que me diera cuenta». Y no varió tampoco los dos días siguientes, pero en el transcurso de la tercera noche, bruscamente, cerrando los ojos, dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo, se balanceó sobre su silla y se cayó redondo al suelo de mosaicos. Los que lo interrogaban en ese momento se consultaron con la mirada. Su opinión era la misma: *comediante*... Pero al inclinarse sobre el cuerpo y al levantarle el párpado del ojo en blanco, pudieron ver que Matteo estaba desvanecido sin ningún género de duda. Fueron a despertar a un médico de la ciudad quien le puso una inyección. Hicieron traer por la mujer del jefe de brigada una tortilla apetitosa, un vaso de vino tinto y hasta un litro entero. Desde hacía cuarenta y ocho horas, Matteo no se alimentaba prácticamente nada. (¡No faltaría más que hiciese huelga de hambre! —había exclamado Campanez). Atontado, tratando de afirmarse, en una franja inestable, en el límite de la conciencia y la inconsciencia, comió con bocados pequeños, aplicados, y bebió dos vasos de vino. Luego volvieron los policías y todo volvió a empezar.

—¿Y si ahora habláramos en serio, Matteo?

—Antes de eso, déjenme dormir.

—¿Antes de *qué*?

—Quiero dormir. Un poco, nada más que un poco.

—Después dormirás todo lo que quieras.

—¿Después de *qué*? —Para ser un mártir, no carecía de ocurrencia, ciertamente.

La última parte de la mañana transcurrió, así como la tarde entera. Cuando se adormecía, alguno lo tomaba por los hombros y lo sacudía. Pero nadie lo golpeaba y él mismo parecía casi sorprendido. («Hubiera preferido eso —declaró más tarde al juez Souffries—, porque eso me hubiera mantenido despierto de veras»). Solo oía las frases como en una nube. Siempre las mismas frases: la viste caminar por el sendero. No pudiste contenerte. La seguiste. No le querías hacer mal. Eso ya te pasó otra vez así, en Italia. Fuiste condenado por eso. No querías matarla realmente. Era algo más fuerte que tú. Te dominaba. Es una enfermedad. Te haremos curar. No te vamos a castigar, te curaremos. La viste dormida, acostada en la hierba.

Vamos, no te hagas el tonto, lo sabemos. No pudiste resistir. Estaba medio desnuda cerca de la fuente y se lavaba. Podemos entender eso. Cualquier hombre puede comprenderlo. No sabías lo que hacías. Cuando se resistió, la golpeaste en la cabeza, pero no fue lo bastante fuerte. Pensaste que pasándole tu cordón alrededor del cuello, se quedaría tranquila. Un poco nada más. Un momento. Justo el tiempo necesario. No querías matarla. Nunca lo quisiste. Es una fatalidad. Una desgracia. Una enfermedad. Te pondremos en un hospital. Te atenderán. Pasabas por el camino. Viste una linda chica medio desnuda. Pensaste, ¿por qué no? Cualquier hombre hubiera pensado lo mismo. Pero cuando ella te vio, tuvo miedo. Se puso a correr. La agarraste y la acostaste debajo de tu cuerpo. Tenías sus senos contra tu pecho. Empezaste a manosearla. Como ella se debatía, la golpeaste en la cabeza. Y viste que eso no bastaba. Entonces tomaste un cordón de tu morral. Pensaste: esto la dejará quieta. No querías apretar. Fue ella la que, al debatirse, tiró y se estranguló. No fuiste tú.

—Bueno... —continuaba otra voz—. Si no nos lo quieres decir, no lo digas. Pero dínos qué hiciste con la máquina de fotografía. Después, te dejaremos tranquilo. Te lo juro. Palabra de oficial, tú me crees, ¿no es cierto? Cuando viste que ella no se movía más, razonaste como cuando se te abolló la bicicleta y te llevaste el inflador. Pensaste: esto siempre se puede revender. Ya habías pensado lo mismo cuando el arpón. Tomaste el monedero, la libreta de cheques, la máquina de fotografías. Y también el reloj, el otro reloj. Pero ¿qué hiciste con todo eso, Matteo? Yo te lo voy a decir, ya que no quieres contestarme. No te diste cuenta enseguida de que estaba muerta. Fue después, cuando ya te ibas caminando, entonces se te ocurrió. ¿No es cierto? En el momento, no te diste cuenta. Solo un poco después, quizás una hora después. Hazme un sí con la cabeza, nada más, si tengo razón. Ni siquiera te pido que hables. Entonces pensaste: si me encuentran todo esto encima, me acusarán. ¿No es así? Y tiraste todo. ¿Dónde lo tiraste, Matteo? Dínos solamente dónde y te dejaremos tranquilo. Podrás descansar. Dormirás todo lo que quieras. No te pedimos que confieses. Que nos digas, nada más, dónde tiraste sus cosas. ¿En el canal? ¿En el Ródano? ¿En las grutas? Dínos nada más que eso y te dejaremos tranquilo.

Y otra voz proseguía de inmediato:

—Tú eres un buen tipo, Matteo. Estoy seguro de que no matarías ni a una mosca. Todo lo que querías era reunirte con tu hermano, trabajar, ganarte la vida. Y nada de historias. No tienes la culpa si las historias te enredaron a ti. Primero, este auto que te atropelló. Eso te produjo un *shock*. Tu abogado podrá hacerlo valer. Te golpeaste, ya no sabías muy bien lo que hacías. Cuando viste a la chica, en la landa, no estabas en tu estado normal. Y de golpe, tuviste miedo. ¿Sabes por qué? Porque *ella* tenía miedo. Tenía miedo porque tú tenías sangre en la cara. Pero tú no pensaste en eso. Creíste que tu vista bastaba para atemorizarla y te pusiste furioso. Te sentiste humillado. ¿Comprendes lo que quiero decir? Hazme solamente un signo con la cabeza si no me quieres decir que sí. Te olvidaste de que tenías una herida en la cara. Fue eso lo que la asustó, ¿no es cierto, Matteo?

A las 19 y 30 se levantó de repente y se puso a pegar alaridos. Palabras incomprensibles, mezcladas con gritos. Se precipitó contra la pared, y con una violencia fenomenal, dos veces chocó con la cabeza, voluntariamente. Los policías solo pudieron dominarlo entre tres y el ordenanza, alertado por los gritos, también vino a prestar ayuda. De pronto, los cuatro hombres solo tuvieron entre sus manos algo fofo, inconsistente; se hubiera dicho que era ropa vacía, sin ninguna armadura. Un traje vacío, que se desplomaba en el suelo, sin hacer ruido siquiera. El comandante Lavergne se secó la frente, perlada de sudor. Sin decir nada, se consultaron con la mirada y salieron de la habitación. Le hicieron una seña al ordenanza para que se quedara, a fin de vigilar al detenido. No era premeditado. Ignoraban que el ordenanza, llamado Pascal Albertone, era de origen suizo. Y que hablaba italiano.

En esta lengua, precisamente, se expresó Matteo, algunos minutos más tarde, cuando salió de su atontamiento.

—*Mi dai qualcosa da here* —dijo.

Y, con gran sorpresa, vio que el hombre le tendía un vaso de vino. Por primera vez, después de días y días una especie de sonrisa iluminó su cara. Bebió dos tragos, con gran dificultad, porque su garganta estaba bloqueada. El ordenanza se apresuró a tomarle el vaso de las manos y lo ayudó a ponerse nuevamente de pie. Luego lo instaló en la silla y le dijo:

—*Allora, amico, te ríe fanno vedere?*...

—*Sono maiale* —dijo Matteo—. Son unos cochinos.

—*Vuoi un po piu di vino?*

—No.

—*Vuoi dormiré?* ¿Quieres que te vaya a buscar una frazada? *Una coperta?*

—*No. Resta qui, vicino a me.*

El ordenanza se sentó al lado de él, como se lo pedía. Le tendió un cigarrillo, le ofreció fuego y a su vez encendió uno. No hablaban. De pronto, Matteo se puso a llorar, casi sin ruido. Entonces el ordenanza dijo, siempre en italiano.

—En realidad, fue un accidente. *Finalmente é stato un incidente.*

Y Matteo dijo:

—*Sí. É stato un incidente.*

—*E stato come la prima volta?* ¿Fue como la primera vez? —El ordenanza hablaba en forma cada vez más suave—. ¿Y qué hiciste con la máquina de fotografías? *U apparechio? Cosa hai fatto? U hai buttato via nel cañóle?*

—*Sí* —dijo Matteo—, *nel canale. Dove vai?*

El ordenanza dijo, siempre en italiano, que iba a buscar al jefe para que él repitiera eso delante de él. Y Matteo cerró los párpados, sin decir nada.

Al día siguiente, de mañana, la brigada de Antibes fue alertada, y, a las once, una camioneta llevaba a cinco buzos en dirección del pequeño canal de los Alpines, que se extiende entre las ruinas de Baux y el Ródano, sobre una distancia aproximada de cinco kilómetros. Un primer grupo de tres hombres se quedó a la salida de Baux, donde comienza el caminito de tierra apisonada que bordea el canal doblando como él, suavemente, hacia el sur. En tanto empezaban a ponerse sus trajes y a verificar el buen funcionamiento de los tubos, la camioneta proseguía su camino a lo largo de una zona pantanosa, hasta la unión del canal con el Ródano, donde los hombres del segundo grupo empezaron a equiparse a su vez. La misión de los dos grupos era nadar uno hacia el otro, explorando cada centímetro del fondo. Por suerte el canal era muy angosto, de cinco metros apenas, y la

profundidad no excedía los tres metros; la naturaleza del fondo era arcillosa y las cañas, mantenidas apartadas por las piedras de la ribera, no lo habían invadido aún. Aunque el sol estuviera oculto ese día, el menor guijarro brillaba como diamante, por poco que se nadase a solo un metro de la superficie.

Al cabo de una hora y media, cada uno de los grupos había progresado un kilómetro y medio sin resultado. La camioneta, a bordo de la cual había tomado lugar el comandante Lavergne, seguía lentamente el progreso del segundo grupo, dando tumbos por las huellas del camino. De repente se detuvo. Uno de los dos buzos, que precedía unos veinticinco metros a su compañero, se había enderezado en el agua; con su máscara levantada sobre la frente, el protector de goma apartado de los labios, gritaba en dirección del vehículo haciendo grandes ademanes.

Era un muchacho de veinticuatro años, Patrick Lamarck, que había obtenido su brevet de hombre-rana cuatro meses antes. Buscar una cámara de fotografía o cualquier otro objeto insólito en el fondo de un canal era para él una misión de rutina, casi un juego. Tres veces ya, había experimentado esa leve puntada al corazón propia del cazador que ve aparecer la presa, relámpago furtivo hacia el cual están tendidas todas las fibras de sus nervios. Cada una de esas veces él se había hundido, con una soltura flexible y precisa, hacia esa cavidad donde algo brillaba extrañamente, como para atraer expresamente su atención. Pero cada vez se había decepcionado, al no encontrar nada más que una botella, una vieja lata de conserva o un trozo de plástico. Y de pronto, una masa negruzca había aparecido delante de él, justo en el medio del lecho del canal; de lejos se hubiera dicho que era «un gran montón de antracita». Se trataba de un automóvil, negro. Dio tres vueltas a su alrededor, tratando de ver lo que había adentro, persuadido de que el cuerpo ahogado del conductor se encontraba allí. O tal vez al lado, pero no muy lejos (no había ninguna corriente). O debajo a lo mejor, pero él no podía saberlo. Entonces subió a la superficie y se puso a llamar.

Hubo que esperar hasta las seis de la tarde para que apareciese por fin, por el camino de tierra, la grúa a orugas que se había pedido a Arles.

Cuando los hombres ranas terminaron de pasar las maromas alrededor de la carcasa, ya había caído la noche.

Esta fue extraída lentamente del canal, y salió como a disgusto, en un chorrear de agua, fantasmal a la luz de la luna, tanto más cargada de misterio cuanto que ningún vestigio humano la acompañaba. Cuando la colocaron en la orilla, el sargento Maizerac, jefe de la brigada de Saint-Rémy, que había llegado entretanto al lugar, se aproximó a ella, con una gran linterna eléctrica en la mano, para proceder a las primeras averiguaciones.

El misterio del canal de los Alpines ocupó la primera página de los diarios durante unos diez días. En efecto, ese plazo necesitó la gendarmería para encontrar al que había sido el propietario del vehículo, un comerciante de inmuebles de Beaucaire, que llamaremos señor Gabriel, y que, hacía seis meses se había mudado de la región para instalarse en Dinan, en Côte-du-Nord. Una noche de diciembre de 1964, el señor Gabriel había comido alegremente con unos amigos en una posada muy renombrada de las afueras de Saint-Rémy. Cuando emprendió el regreso, a medianoche, para volver a Beaucaire, estaba «completamente en el aire, usted entiende lo que quiero decirle, ¿no?». Sin duda fue por eso que a la salida del pueblo de Baux, en lugar de doblar a la derecha por la ruta n.º 570, tomó el camino de tierra que bordea el canal. La bruma se había levantado sobre los pantanos y no veía casi nada, a pesar de las luces de sus faros. Tuvo que andar por lo menos dos kilómetros antes de que alguna célula todavía despierta en el fondo de la masa algodonosa de su cerebro, comprendiese que ocurría algo desacostumbrado: tantos saltos y baches, en una ruta nacional, eso no entraba en el juego. Había debido equivocarse. Y dio media vuelta. Y se hundió.

—Fue algo totalmente estúpido —dijo—. Felizmente, el contacto con el agua me despejó de golpe. Pude abrir la portezuela y llegar a la orilla. Me quedé ahí como un idiota, un buen rato, totalmente aterido. Pensaba que iba a hacer. En primer lugar, no iba a contarle eso a mi mujer, aunque más no fuera porque ella me creía en viaje de negocios a Nimes. En segundo, tampoco se lo contaría a mis amigos, que encontrarían la cosa demasiado

cómica para mi gusto. Y por fin, tampoco se lo contaría a los gendarmes porque la hazaña podía costarme mi licencia de conductor.

»Entonces caminé hasta Tarascón, durante la noche. Tomé una habitación en un hotelito, puse mis ropas a secar en el radiador y al día siguiente pedí que me las plancharan. Entretanto, había llamado por teléfono a mi mujer avisándole que no se inquietara, porque había tenido que quedarme en Nimes por un negocio. El negocio, se lo expliqué cuando volví a casa en ómnibus. Yo había encontrado la forma de librarme del auto que, desde hacía un tiempo, no andaba muy bien. El dueño de un garaje de Nimes tenía un cliente que podía ser comprador a un precio interesante. Y mi mujer se tragó la píldora tanto mejor porque le prometí en cambio comprar un convertible. Ella siempre había soñado con un convertible. Ahora, tengo un cabriolé Peugeot, evito conducir cuando estoy levemente achispado y también evito pasar cerca de un canal, aun en ayunas. Pero lo más lindo de todo es que, cuando los gendarmes llegaron y le dijeron la verdad a mi mujer, ella se estuvo riendo veinticuatro horas seguidas. Y desde entonces no me llama de otro modo que: Moisés.

Entretanto, Matteo había descansado. Había dormido, comido, recobrado fuerzas. Y cuando compareció delante del juez Souffries su mirada había recuperado esa expresión de zorrería habitual en él. El juez le explicó que lo había hecho venir solo para oírle confirmar su identidad y que solo irían al fondo del asunto cuando Matteo tuviera su abogado. Y Matteo respondió que no quería abogado. El juez sonrió: tendría uno, lo quisiera o no. «Pero no tengo un centavo para pagarle» —dijo Matteo. El juez le explicó que no le costaría nada. «Yo me encargaré de eso». Y Matteo repitió que no quería, porque no lo necesitaba...

—Porque soy inocente. Porque no tengo nada que reprocharme. Se lo juro.

—Pero usted confesó...

—Cualquiera habría confesado en esas condiciones. Usted también.

—Síntese, Matteo. —Porque hasta allí, seguía de pie—. Usted firmó. Lo quiera o no, será juzgado por lo que firmó y no por lo que dice ahora. Si

ahora usted se retracta, eso solo puede agravar su caso. Le voy a explicar por qué: para la Justicia francesa, para mí, para los que lo juzguen, usted es un enfermo. Un enfermo del cerebro, ¿entiende lo que quiero decir? —Él asintió—. Pero si usted se vuelve atrás sobre lo que confesó, entonces ya no es más un enfermo, ni para mí ni para nadie, usted es un hombre lúcido que trata de escapar a sus responsabilidades. Usted es un criminal. Usted arriesga su cabeza.

—Yo soy inocente... —dijo Matteo—. Quiero un abogado. Él me creará. Él le explicará. Y usted le va a creer.

—Matteo... Usted no fue torturado, ¿no?

—¿Torturado?

—¿No lo golpearon?

—No. Repetían siempre lo mismo. Eso me entró en la cabeza. —Se golpeó el cráneo con el puño.

—Usted dio detalles. Dijo que había tirado la máquina fotográfica en el canal.

—*Ellos* dijeron que yo la había tirado. *Ellos* dijeron que yo me había echado sobre la chica, que la había violado, que le había robado sus pesos. Yo solamente dije sí. A todo. Porque ya no sabía más decir otra cosa, y firmé porque quería dormir. Quería terminar de una vez. Si me hubieran dicho que había matado a mi madre, habría dicho también que sí y habría firmado, y me hubiera puesto a dormir, y usted habría hecho lo mismo.

El juez se levantó y fue a abrir la puerta de su despacho.

—Llévelo —dijo al guardia que esperaba afuera.

Una vez solo en la habitación con su escribiente, fue a apostarse junto a la ventana y miró hacia la calle tamborileando en el vidrio con la punta de los dedos. Luego se dio media vuelta y miró a Montaverne, el escribiente, quien le sacaba punta a un lápiz.

—Y no se encontró nada en ese maldito canal —dijo al cabo de un momento.

—Sí —dijo el escribiente—. Un Simca.

La bombilla amarillenta de la lámpara pendía del extremo de un hilo retorcido. La pantalla de porcelana, en forma de plato de sopa al revés, solo difundía en la pieza una luz verde pálido. El fiscal Delarue no había prendido la lamparita colocada sobre el escritorio y, por la misma razón, había retirado su sillón Luis XIII: no quería dar la impresión de ser el que arbitra detrás de una mesa y toma las decisiones.

A las seis y media, Souffries entró en la pieza. La piel fatigada de su rostro tenía un color gris y estaba más encorvado que de costumbre.

—¿Y entonces? —dijo.

—Entonces... estamos adelantados. No los espero antes de las siete.

—Yo no hablo de eso —dijo el juez.

El fiscal hizo un ademán evasivo.

—Y bueno, en cuanto a lo demás, digamos... digamos que me creía muy listo, y que no lo soy.

—¿Tuvo el resultado de los últimos exámenes?

—Excelentes —se burlaba—. «No es lo que se temía», me dijeron. Es algo curioso, viejo, cuando eso le ocurre a uno. Quiero decir, toda esta conspiración, en que todo el mundo sigue el juego, incluso el interesado. Mi mujer y mis hijos saben que es cáncer. Yo también lo sé. Pero simulo no saberlo y ellos simulan no saber que yo lo sé.

Souffries no dijo nada. Miró sus dedos y se los restregaba. Al cabo de un ratito, el fiscal agregó con voz tímida:

—Le agradezco que no me suelte las bobadas de costumbre: que ahora se atiende muy bien, que en un caso de cada tres se cura, todos esos cuentos... Estoy cansado de mentiras, Souffries, y sobre todo de las que me he dicho yo mismo. No hablemos más de eso...

Afuera, una lluvia fina había empezado a caer. Golpeteaba alegremente sobre los vidrios. Todavía esperaron un cuarto de hora antes de oír ruidos de pasos en el corredor. Luego la doble puerta acolchada se abrió y apareció la cabeza del ordenanza. Aún antes de que abriera la boca, el fiscal le hizo seña de que dejara entrar a los visitantes. El jefe de escuadrón Campanez y el teniente coronel Bruard penetraron en la habitación, trayendo el frío de afuera y cierto aspecto de salud militar.

—¿Somos los primeros?

—Bretonnet llega en el tren de las 6:53 y Bonetti está en camino. Tomen asiento, señores.

—Este cuento de las confesiones que después se desmienten —atacó Bruard—, no es la primera vez que...

Delarue hizo un ademán impaciente.

—Propongo que no hablemos de esto hasta que estemos todos —se suavizó—. Y... hum... tengo que agradecerles que hayan venido a mi convocatoria.

La lluvia había aumentado en intensidad. El tamborileo de poco antes se había convertido en un verdadero estruendo, que hacía temblar los vidrios.

—Tiempo de porquería —dijo Campanez.

—Creo que es granizo —observó Souffries—. En nuestra región no es raro que...

No llegó al final de la frase. Cierta malestar reinaba en la habitación y no era cómodo intercambiar trivialidades, porque solo se ponía más en evidencia la tirantez. El fino oído del fiscal percibió el ruido de una portezuela de vehículo que se cerraba en la calle.

—Debe de ser uno de nuestros comisarios —dijo sonriendo.

Y se levantó para recibir a Bretonnet.

—Tiempo de porquería —exclamó este—. Yo creía que en el Midi ustedes no tenían estas cosas. —Después de haber estrechado la mano de todos, agregó—: ¿Todavía no llegó Bonetti?

—El comisario Bonetti siempre llega tarde —dijo el fiscal—. ¿Quiere un cigarrillo?

La pesada mole de Bretonnet parecía ocupar un lugar enorme en la pieza.

—Supe que había estado enfermo —le dijo al fiscal—. ¿Nada grave, espero?

—No —contestó este—, una gripe fuerte. Le hice reservar una habitación en el Comercio. Es nuestro mejor hotel. O por lo menos el menos malo.

Y entonces Souffries dijo bruscamente, martillando las palabras:

—Ese expediente lo he examinado línea por línea, palabra por palabra. Si quieren mi opinión, corremos a la catástrofe.

Campanez y Bruard se consultaron por el rabillo del ojo. No habían previsto un ataque tan directo. Campanez se levantó para golpear su cigarrillo sobre el cenicero, que se encontraba sobre la mesa.

—¿Qué entiende usted exactamente por «correr a la catástrofe», señor juez? La confesión tiene valor de prueba. Por lo menos eso es lo que me han enseñado.

—Ya lo sé —dijo el fiscal—. Pero lo que quiere decir el señor juez, es que este asunto ya ha hecho mucho ruido. Demasiado. Un gran abogado va a tomar las cosas en sus manos. Larzac ya ha sido propuesto, según lo que me han dicho. Y él hará todavía más ruido que todo el mundo junto.

—Yo me he ocupado personalmente de que todo esté en regla —dijo Bruard.

—Con Dominici también, todo se hizo dentro de las reglas —contestó Souffries—. Y con Deshayes. Y con Delattre. Y con Deveaux. Y con Kaczmarczyk.

—Entonces sea lógico. Vaya hasta el fin de su pensamiento. Cuando un sospechoso confiesa, suéltelo. Preséntele sus disculpas y sus felicitaciones.

—Señores —dijo Delarue—, por favor. Buenos días, Bonetti, ¿estaba muy mal el camino?

Más seco, más vivo que nunca, el pequeño comisario Bonetti acababa de entrar. Sus rasgos estaban crispados y no sonreía al estrechar la mano de los demás, después de haber arrojado un pesado portafolio junto a una silla vacía.

—Esos señores —continuó el fiscal con tono amistoso—, estaban a punto de enfrentarse. Casi diría de agredirse —agregó riéndose.

—¿Y qué piensa de esto el señor Bretonnet? —preguntó Bonetti.

—El señor Bretonnet no ha dicho nada, todavía —contestó Bretonnet.

—¿Y qué piensa de esto el señor Bonetti? —dijo Campanez, sarcástico. Bonetti hizo un esfuerzo para sonreír.

—Nada, señores. Los escucho. Hablaré cuando me interroguen.

—Voy a hacerles una sugerencia —dijo el fiscal poniéndose de pie. Tanteó para buscar su bastón; había olvidado dónde lo había puesto. Cuando por fin lo encontró, pareció no acordarse más de lo que iba a decir. Luego continuó—: En el estado actual de las cosas, tenemos un culpable.

Ya es para nosotros un gran alivio. Quiero decir, frente a la prensa, frente a la opinión pública. Y yo tengo que reconocer el magnífico trabajo de estos señores —agregó con una ligera inclinación hacia Campanez y Bruard, que se habían sentado uno al lado del otro, un poco apartados de los demás. Luego giró hacia los dos comisarios—: Eso no nos impide...

—Yo tengo algo mejor que una sugerencia —dijo Bonetti—. Tengo una idea. —Todas las miradas convergieron hacia él—. No exactamente una idea, si quieren —agregó—, sino una hipótesis de trabajo... —Tomó su portafolio, lo puso sobre sus rodillas, y sacó un expediente, donde había anotado algunas cosas—. Mi coronel —dijo dirigiéndose a Campanez—, ¿nada le ha llamado la atención en la declaración de Gallone? —El coronel no respondió; Bonetti dirigió una mirada circular a toda la asistencia—. Y ustedes, señores, ¿no notaron nada? —preguntó.

—Sí —dijo Souffries—, esto: un hombre agotado por cuarenta y seis horas de interrogatorio ininterrumpido, un débil de espíritu que apenas habla francés, a quien se le repiten sin parar, no preguntas sino afirmaciones... —se interrumpió y atacó de otro modo—. Tengo la impresión de hacer el identi-kit de la víctima de un error judicial.

—No me refiero a eso —dijo Bonetti—. Me refiero al accidente.

—¿Al accidente? —dijo Delarue.

—¿Fue o no atropellado por un auto, su vagabundo? ¿A las cuatro de la mañana, cerca de Plan d'Orgon, el 16?

—Fue él quien lo dijo —objetó Bruard.

—Dijo que abandonó su bicicleta en un matorral y fue encontrada —consultó sus notas— con el *guardabarro arrancado, horquilla torcida, rueda delantera torcida, manubrio desviado, cuadro torcido*, le cito el informe de gendarmería, mi coronel.

—¿Y entonces?

—Entonces, ese automóvil no se detuvo.

Los dos oficiales de gendarmería se sonrieron.

—No es la primera vez que...

—Pero nadie hizo nada nunca para encontrarlo.

Bruard se alzó de hombros. Bonetti cerró su expediente y lo guardó de nuevo en el portafolio.

—Yo —dijo marcando bien las palabras—, estoy muy interesado en saber quién manejaba ese auto.

—Escuche —dijo Bruard—, a ocho meses del hecho, ya podemos divertirnos...

—Me interesaría tanto más —prosiguió Bonetti—, puesto que se trata probablemente del asesino de Candice Strasberg.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó Delarue.

Pero Souffries escuchaba apasionadamente al comisario corso, y fue a él a quien pareció dirigirse Bonetti en adelante.

—Me he estado informando. Ese camino es muy poco frecuentado de día; de noche, prácticamente nada. En segundo lugar, esa ruta es el camino lógico que lleva de Marsella a Baux-Provence, y más particularmente al Val d'Enfer. En tercero, la última huella que tenemos de Candice es en Marsella. Y en cuarto: nunca hemos podido probar que la hayan matado en el lugar donde fue encontrada. En concreto, admitimos todos que haya podido ser muerta en otra parte, por ejemplo en Marsella, y trasladada después a ese rincón perdido. Por último, sé bien que los delitos de fuga son corrientes, mi coronel. Pero un hombre que trasporta un cadáver en un auto tiene todavía menos razones que otro para detenerse.

—¿Y esto a qué lo lleva concretamente? —preguntó Bruard con cierta impaciencia.

—A encontrar al propietario del vehículo.

Bruard hizo un ademán evasivo, alzándose ligeramente de hombros, y golpeando el *parquet* con la punta del pie. Campanez pareció empeñarse en ser más conciliador.

—Señor comisario, hacemos hasta el cansancio este género de investigaciones. Cuando hay un choque entre dos autos, daños materiales, es relativamente fácil interrogar a todos los dueños de garajes de la región... suponiendo que el chofer no haya hecho reparar los daños mil kilómetros más lejos, y que no hayan pasado ocho meses desde el accidente. Pero en este caso, además, el choque es mínimo y...

—No es el auto lo que me interesa —cortó Bonetti—, sino la bicicleta. Con un poco de suerte, todavía debe de tener rastros, aunque sean mínimos, de la pintura del auto.

—Con mucha suerte... —dijo Bruard.

—Y siempre suponiendo —agregó Campanez—, que el propietario no la haya hecho reparar y vuelto a pintar.

—Señores —dijo Bonetti levantándose—, pienso que es lo primero que debemos averiguar.

—¿Ya se va? —preguntó el fiscal. Parecía completamente desamparado. Se dio vuelta hacia Bretonnet—: Y usted, señor jefe divisional, no ha dicho nada todavía. ¿Qué opina de todo esto?

—Escuche —dijo Bretonnet sonriendo—, no voy a hacerme el hipócrita: ya hemos hablado de todo esto por teléfono con Bonetti. Es idea suya y yo me adhiero enteramente a ella. Mis subordinados empezaron ya una indagación sobre los automóviles de todos nuestros sospechosos, particularmente el color, origen, composición química de sus pinturas. Tenemos cuatro que podían andar paseando por el lugar aquella noche: un Porsche, Vauquier. Un Mercedes, Kirschner. Un Alfa Romeo: Solnès. Y también, no lo olvidemos, un Citroën, el de Angiotti que, el 17 de agosto, al día siguiente del crimen, como por casualidad, se encontraba en Orange. No diremos ni una palabra de esto a la prensa, y si el señor juez está de acuerdo, él seguirá indagando al nombrado Matteo como si nada ocurriera. Para el público, él es el culpable.

—No solamente para el público —dijo Bruard levantándose a su vez—. Para mí también.

Al ver a los dos gendarmes franquear el portón, el granjero, Gustavo Padyrenc, salió corriendo. Era una linda granja, grande, bien arreglada y próspera. Una treintena de pollos picoteaban el suelo en un ángulo del corral donde se encontraba la entrada de los establos. El granjero llamó a los perros y, desde lo más lejos que podía hacerse oír, se puso a gritar:

—¿Y? ¿Me la va a pagar?

—¿Qué cosa? —dijo Calmette, que había llegado hasta donde él estaba.

—La bicicleta. Puesto que ahora ustedes lo han detenido, tiene que pagarme mi bicicleta.

—¿Usted la tiene siempre?

—¡Caramba!

—¿La hizo arreglar?

—Por supuesto que no. Espero que me paguen los destrozos. ¿Y el inflador? Ustedes no me devolvieron el inflador. ¿Lo tienen siempre, por lo menos?

—¿Dónde está la bicicleta?

El granjero señaló con el brazo la otra esquina del corral, cerca del galpón. Había allí un cuadro de estiércol y al lado, cuidadosamente dispuestos, instrumentos de labranza, arado, rastra, carretilla y diferentes clases de palas y de horquillas. Un poco más atrás, bajo el galpón, se distinguía el capot de un tractor y, más lejos aún, en la sombra, la gran masa oscura de una máquina-trilladora. Los gendarmes se aproximaron. La bicicleta, o lo que quedaba de ella, estaba parada contra la pared del galpón, calzada con ayuda de atados de heno. La tomaron con grandes precauciones. El granjero los miraba hacer, sorprendido.

—¿Y ahora se la van a llevar?

—Sí —dijo Calmette—, si usted no tiene ningún inconveniente.

—¿Y me la van a reparar?

—Francamente no creo. Pero se la devolveremos.

—¿Qué quieren que haga con ella en este estado?

Los gendarmes no dijeron nada más y se dirigieron hacia la verja. De pie en medio del corral de la granja, con las piernas ligeramente arqueadas, el granjero los miraba alejarse, lleno de estupor. Llevaban la bicicleta como si hubiese sido un recién nacido —pensó—, «o el Santísimo Sacramento el día de Corpus Christi».

En París, en los Laboratorios técnicos de la Policía Judicial que están junto al Instituto médico-legal, Fernand Chaperot, director adjunto, miraba desde hacía varios minutos a sus colaboradores que no terminaban de deshacer el embalaje.

—Los gendarmes saben hacer las cosas —dijo.

Cada parcela del cuadro, de la horquilla y del manubrio había sido envuelto en vendas, y las ruedas estaban calzadas con copos de espuma de nylon. Cuando por fin se pudo sacarle todo y colocar los restos de la bicicleta sobre la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la pieza,

Chaperot se calzó los anteojos y se inclinó. La pintura verde estaba descascarada en dos lugares del guardabarro; donde se había torcido, se podía distinguir el metal, que empezaba a herrumbrarse. La llanta de la rueda delantera presentaba algunas marcas sobre las cuales pasó su dedo. «Dame una llave del 12» —dijo a uno de sus ayudantes. Cuando hubo destornillado la rueda, la hizo deslizar sobre el costado de la mesa y puso el resto aparte.

—Mesclin, usted se va a ocupar del manubrio, aunque el manubrio... seguramente no es el que llevó... Muchachos —concluyó enderezándose y señalando las piezas dispersas de la bicicleta—, me parece que va a ser difícil hacerlas cantar, pero de todos modos podemos intentarlo...

Pasó a la habitación contigua, llevando la rueda en una mano, y el guardabarro en la otra. Había en esta pieza una gran cantidad de aparatos. Varios microscopios de tamaños diferentes estaban dispuestos sobre una mesa de mármol coronada por una repisa donde se alineaban innumerables frascos. Había también algunas cubetas y, un poco más lejos, otros aparatos mucho más grandes y un amplio panel de comandos; el conjunto hacía pensar en las instalaciones de un gabinete de radiografía.

—Háblele por teléfono a Bretonnet —siguió diciendo a Mesclin mientras trataba de hacer calzar el reborde del guardabarro en un minúsculo tornillo—. Dígale que tengo por lo menos para dos días. Si rezonga, rebájele a uno y medio. Pero es todo lo que puedo hacer.

Pero Bretonnet no había «rezongado» y, treinta y ocho horas más tarde, caminaba por su despacho a lo largo y a lo ancho, deteniéndose solo para aplastar su cigarrillo en el cenicero lleno al ras, y para encender otro. Bonetti estaba sentado detrás del escritorio, en el lugar habitual del comisario departamental. Jugaba con un cortapapeles. Eran las nueve de la noche. Ni uno ni otro se habían planteado la cuestión de saber si se quedarían a pasar la noche allí, esperando, y cada vez que sonaba el teléfono, Bretonnet se precipitaba sobre el aparato para atender.

Pero la primera vez fue una llamada del P. C. de tránsito, referente a un asunto en trámite, y respondió, para el gusto de Bonetti, en forma un poco violenta, que él no tenía nada que joderse en eso. Luego fue su mujer y allí cambió de tono, disculpándose de tener que cortar pronto para no bloquear

la línea. Y la espera continuó. Un ordenanza entró, trayendo café, y salió sin decir una palabra. Bonetti se levantó y se puso a mirar, minuciosamente, tomando todo el tiempo posible, los cuadros colgados en la pared. Sonreía.

—¿De qué se ríe?

—No me imagino telas de maestros en mi escritorio de Marsella.

—En primer lugar, no son telas de maestros. Son simplemente buenas pinturas. Además algún día usted estará sentado acá. Si no en este escritorio, en otro que no desmerecerá en nada de este.

—No es eso lo que tengo en vista —dijo Bonetti—. Y además, no me gusta nada la pintura.

—¿Qué es lo que usted tiene en vista?

—El S. R. P. J. [Servicio de Informaciones de la Policía Judicial].

—¿Quiere decir, la dirección?

—Sssí. Es algo que me creo capaz de hacer.

—Ya llegará. Y más pronto de lo que cree.

—Eso depende de tantas cosas —dijo Bonetti.

—Eso depende de muy poca cosa. Por el momento, quizá dependa de una simple llamada telefónica.

Bonetti sonrió de nuevo; con una sonrisa que casi no parecía sonrisa. Algo así como una sonrisa de lobo, pensó Bretonnet, si es que los lobos sonrieran. Y el teléfono sonó por tercera vez en la noche.

—¡Hola! —dijo Bretonnet—. ¡Ah, por fin! —Bonetti, con todos sus músculos tensos, se enderezó, semejante a un arquero en el momento que avanzan los delanteros contrarios—. ¿Sí?... Sí, comprendo... ¿Está seguro?... Por supuesto... Usted me manda todo eso con un motociclista, Chaperot. Inmediatamente, por favor. —Iba a colgar, y agregó—: ¡Ah! y ¡Bravo! Todas mis felicitaciones.

Bretonnet colgó lentamente el auricular.

—Pintura gris —dijo. Hizo una pausa, como en el teatro, y articuló cuidadosamente—: Gris metalizado. Pintura extranjera. Me envían el análisis químico por mensajero.

Los dos hombres se miraron sin decir nada. Ese minuto, lo habían esperado un poco más de ocho meses. Pero por fin había llegado. Sabían quién era el asesino de Candice Strasberg.

X

Cuando esa misma noche, poco antes de las once, el Citroën negro de Bretonnet se detuvo delante del inmueble, eran conscientes, los dos, de actuar por una corazonada. Era una tontería, o peor aún, un error. El arresto del asesino había demorado más de ocho meses; bien podía esperar dos días más. Tanto más cuanto que no había ningún riesgo de que se escapara (debían cambiar de opinión, cinco minutos más tarde, después de haber llamado a la puerta cochera y de haberse entretenido con el conserje, que se despertó sobresaltado por sus puñetazos en el vidrio de la mesa de entrada).

Normalmente, tendrían que haber informado al juez Souffries, esperar la orden de arresto y solo después presentarse en el domicilio del sospechoso, a las horas legales, para aprehenderlo: este era, por otra parte, el trabajo de Bretonnet. Bonetti no tenía nada que hacer ahí.

Pero se habían buscado una excusa. Querían aprovechar el efecto de la sorpresa. No se podía proceder esa noche, y en esas condiciones, a un arresto, pero se podía conversar y quizás obtener una confesión ahí, de inmediato. La confesión, además de las pruebas técnicas que obraban en su poder, era todo lo que querían para concluir esa jornada. Pero el conserje les hizo perder esa esperanza. «El señor —dijo—, se fue a los deportes de invierno hace tres días, como todos los años en la misma época. Chamonix, Hotel de l'Hermitage, como de costumbre».

Se demoraron un buen rato sobre la acera, yendo y viniendo a lo largo del automóvil detenido, en el que no se decidían a subir. Podían volver a la sede de la P. J. y alertar a Grenoble. Casi era lo único que podían hacer. Y alertar a Souffries. Y decir a Grenoble que se pusiera en comunicación con Souffries. Y a continuación, ¿qué pasaría? El acusado podía negar hasta el fin; hasta en la audiencia, donde su abogado presentaría dos, tres, diez

expertos que se dedicarían a demoler el trabajo de Chaperot. Y todavía no era esta la eventualidad que ellos más temían. También podía cruzar una de las fronteras, suiza o italiana: solo bastaba un simple paseo en esquí. Después Interpol entraría en la danza, y el asunto se les iba totalmente de las manos.

Sobre todo era Bonetti quien le seguía dando vueltas al asunto. Bretonnet, por su parte, tenía sueño y, en general, era más partidario de actuar dentro de las reglas. Pero lo comprendía a Bonetti. Le bastaba remitirse a veinte años atrás, y acordarse de su propia excitación cuando estaba a punto de concluir un caso. Después de eso, había habido mucha resignación y hasta un poco de cinismo en tanto trepaba los escalones de su carrera, su despacho se hacía cada vez más grande y sus colaboradores cada vez más numerosos y especializados. Bonetti lo retrotraía a su juventud, a esa época en que la lucha entre el crimen y la justicia era una tragedia con dos personajes. Al cabo de un momento acabó por decir:

—Y bueno. Vamos.

Al tomar el volante, consultó el reloj del tablero. De siete a ocho horas bastaban para llegar a Chamonix. Con un poco de suerte, pescarían a su hombre al saltar de la cama.

—Una noche íntegra en vela —dijo Bretonnet al embragar—. Hace mucho que no me ocurría.

—¿Quiere que yo vaya solo?

—Una noche de baile —dijo Bretonnet—. No es algo del otro mundo. Con tal que no encontremos demasiada nieve en los Alpes.

—Nos turnaremos en el volante.

Pero, hasta llegar a Ginebra, Bretonnet no quiso ni oír hablar de ceder su lugar. Cuando cruzaron la ciudad, estaba amaneciendo. La orilla oeste del Léman estaba iluminada como por los haces de un enorme reflector de toda una gama de colores, desde el amarillo pálido al dorado, y las aguas del lago perdían poco a poco su oscuridad plomiza, bajo el sol cercano. Se detuvieron para tomar un café y cuando continuaron por el camino de Annemasse, alejándose del lago, lanzándose hacia el sur, cada vez más excitados a medida que se acercaban a su meta, Bretonnet trató de dormitar en la parte de atrás, pero en vano.

El camino fue más largo de lo que pensaban. Después de dos rectas de quince kilómetros cada una aproximadamente, en el valle, empezó a serpentear de manera enloquecedora. No había nieve sobre la ruta misma, pero los amontonamientos, en las curvas, obligaban a disminuir la velocidad. Cada vez que frenaba, Bonetti hacía patinar el embrague del Citroën, y embalaba el motor a la salida de la curva.

En ese momento, el sol estaba esfumado. Sin duda brillaba en lo alto, sobre las cumbres, pero ahí, todo estaba envuelto en una bruma helada que se asemejaba a la llovizna de Saint-Malo, «solo que más fea». Cuando por fin entraron en la ruta principal de Chamonix, eran poco más de las diez. Bonetti hizo en voz alta la pregunta de por qué diablos la gente venía a pasar sus vacaciones a un lugar tan siniestro.

—Porque —contestó Bretonnet—, usted no conoce nada. Tome cualquiera de esos funiculares y lo comprenderá.

—Creo que es allí —dijo Bonetti deteniendo el auto delante del hotel Hermitage.

—Sí —informó el empleado de la recepción—, efectivamente se aloja aquí. Pero ya se fue.

—¿Se fue?

—Se va todas las mañanas muy temprano, alrededor de las ocho, tal vez. Generalmente recorre el Valle Blanco o la pista Spengler, la nueva, la que baja hacia los Houches. Es un esquiador muy bueno. Para hacer la pista Spengler, hay que esquiar muy bien.

—¿Y a qué hora vuelve?

—A veces vuelve a almorzar, cuando no va muy lejos, pero la mayoría de las veces come en algún chalet, en el camino. Muchos de nuestros clientes hacen eso. Entonces no vuelve hasta la tarde, alrededor de las cinco.

Toda la fatiga de la noche en vela les caía de golpe sobre las espaldas.

—«¿Qué hacemos?» —dijo Bonetti—. ¿Tomamos una habitación y descansamos? —Se dirigió al recepcionista—: ¿Tienen una habitación?

—Por supuesto.

El empleado miró sus listas. En el tiempo que demoró en levantar la vista, habían cambiado de idea.

—Háganos servir unos sándwiches y café en el *hall* —dijo Bretonnet. Señaló una mesa con el dedo—. Allá —agregó. Era una mesa colocada de tal manera que se podía ver de frente a todos los que franqueaban la puerta giratoria del hotel. Antes de instalarse allí, pidieron una comunicación con la gendarmería. Se encerraron juntos en la cabina telefónica y explicaron en dos palabras la situación al teniente Fougères. «No hable de esto a nadie pero esté listo para intervenir».

—Bien, señor comisario —dijo el teniente—. Me quedo con cinco hombres a mano y no me muevo. —Terminó diciendo—: A sus órdenes, señor comisario.

Después de lo cual Bonetti y Bretonnet se dejaron caer en los dos sillones Pullman que habían corrido ligeramente de modo de quedar sentados frente a la puerta giratoria. Y la espera comenzó.

Cuando llegaba a su término, poco después de las catorce, ocurrió, de todas las cosas que los dos comisarios habían considerado posibles, la más imprevista. El hombre que esperaban se les apareció, vestido con un suéter blanco con gruesos listones y cuello alto, calzado con polainas negras. Llevaba sus mitones y su gorro en la mano. Tal vez porque no estaban acostumbrados a verlo en esa vestimenta, Bonetti y Bretonnet vacilaron una fracción de segundo. Pero él ya los había visto. Siguió girando en la puerta, salió del hotel y se puso a correr por la calle.

«Teníamos la impresión de perseguir a un ladrón de mercaderías de escaparate —explicará más adelante Bretonnet—, y de pronto el ridículo de la situación me chocó. Me detuve. No había mucha gente en la calle y nadie entendía qué pasaba. Nadie, en todo caso, parecía dispuesto a venir en nuestra ayuda. Me acuerdo que pensé: de todas maneras, no va a correr así hasta Italia. Pero me sentía humillado, furioso. Furioso contra Bonetti: había sido idea suya esperar así, como dos idiotas, en el *hall* del hotel. Y furioso contra mí mismo por haberle hecho caso. Y ahora, ¿qué íbamos a hacer?».

Bretonnet vio que Bonetti volvía sobre sus pasos. Llegado al extremo de la calle principal, había perdido el rastro del fugitivo. Estaba sofocado, y él también venía furioso. Miró su reloj. Sin decir una palabra, se dirigió a la

gendarmería, que no estaba muy lejos, del otro lado de la calle. Bretonnet lo siguió.

A las 15 y 30, el maestro Langlois que volvía de excursión con su curso de la Escuela de Esquí, informó haber visto la silueta blanca de polainas negras internarse en el sendero *des Bruyères* (de Las Breñas) que rodeaba la *Pierre Pointue* (Piedra Puntiguda) y conducía al glaciar *des Bossons* (de Los Bolsones): Era la primera huella que se encontraba del fugitivo. Probaba que él había caminado hasta la estación de partida del funicular del *Plan de Vaiguille* (Llano de la Aguja), a un kilómetro de la edificación para, desde allí, subir a 2300 metros. Pero ¿por qué? La estación terminal fue inmediatamente puesta en conexión por teléfono. El guarda confirmó haber divisado a ese turista, al que conocía de vista. Se había asombrado de verlo subir tan tarde y sobre todo sin esquíes. Hasta le había prevenido que el último vagón bajaba a las cinco, pero el otro no le había contestado nada, alejándose.

Un mapa de estado mayor había sido desplegado sobre la mesa. El dedo del teniente Fougères se desplazaba sobre el mapa. Uno de los caminos llevaba al glaciar *des Bossons*, el otro al refugio *des Grands Mulets* (de las Grandes Mulas). Un tercero era la vía de acceso normal al *Sentinelles rouge* (Centinela Rojo) uno de los picos del macizo, ejercicio de escalada clásico en verano, pero impracticable en esta estación.

—¿Y por qué no al *Mont Blanc* (Monte Blanco), puesto que ahí está? —exclamó Bonetti, exasperado.

La Escuela de Esquí había sido alertada. A todos los monitores que volvían al local se les pedía un informe, pero ninguno había visto «un caminante solitario, sin esquíes». Poco a poco una idea empezaba a germinar en el espíritu de los dos comisarios. Una idea muy desagradable, que no se atrevían a mirar de frente:

—No va a bajar más.

—Entonces hay que ir a buscarlo —dijo Bretonnet.

Y el teniente Fougères hizo enseguida varias llamadas por teléfono, convocando a los locales de la gendarmería al Pelotón especializado de alta montaña. Pero, mientras esto se hacía, la idea les parecía estúpida. Uno puede socorrer a alguien que desea ser socorrido, pero no a alguien que

quiere extraviarse. Uno no puede salvar a un hombre contra su propio deseo.

—¿Cuánto tiempo queda antes de que sea de noche? —preguntó Bretonnet.

—Dos horas más o menos —contestó el teniente.

—Y arriba, ¿qué temperatura hace de noche?

—En estos momentos, entre -15.º y -20.º —dijo el teniente—. También puede alcanzar el refugio, si conoce el lugar.

Pero esta última esperanza también la perdieron después de cuatro horas. Una silueta blanca había sido divisada por el guía Chamaz que bajaba de la Glière con dos clientes. Él mismo vino a informar a la gendarmería.

—Pensé que podía estar haciendo un tipo solo a esa hora en semejante rincón. Empezaba el ascenso de la faz este del Sentinelle sin cuerda, sin compañero. La arista está totalmente cubierta de escarcha. Lo seguí un instante con los largavistas, pero desapareció detrás de un corte a pique.

—Pídame el informe meteorológico para la noche —dijo Bretonnet.

No era ni bueno ni malo para la estación. Se preveía un viento de treinta y cinco kilómetros por hora y una temperatura próxima a los -25. Fue Bonetti quien tomó la decisión.

—El helicóptero. ¿Cuánto tiempo se necesita para...

—Hay siempre uno listo en tierra —dijo el teniente—. Pero usted no va a poder aterrizar allá arriba.

—Deme dos *walkie-talkies*.

—¿Quiere que lo acompañe? —preguntó Bretonnet.

—No hay más que un lugar para un pasajero —dijo el teniente. Y luego, dirigiéndose a Bonetti—: ¿Qué es lo que piensa hacer, exactamente? Sería mejor tal vez enviar el equipo de socorro antes de que sea de noche.

—No —dijo Bonetti—. No dejará que se acerquen a él. Piense —prosiguió dirigiéndose a Bretonnet—. Va trepando derecho delante de él, al azar. Ni siquiera se dirige a una frontera. Quiere huir. Huir de sus responsabilidades. Huir de su crimen. Huir de sí mismo. Irá hasta el fin. No vacilará. Lo que busca es eso: dejarse caer en el vacío. Tal vez no tenemos

más que una probabilidad entre mil de... Dios mío, Bretonnet, todo eso será culpa nuestra. Culpa *mía*.

El helicóptero decoló a las cinco menos veinte. El piloto era un gendarme de veintisiete años, Michel Dumet, un parisiense de cabellos cortados al ras, de rostro tostado y risueño.

—¿Cómo vamos a dar el golpe exactamente, señor comisario?

—Primero encuéntrame al tipo. Después veremos.

—No se podrá aterrizar arriba.

—Ya lo sé.

Iban subiendo, y, debajo de ellos, la pequeña ciudad arrinconada en el fondo del valle semejaba un juego de construcción tirado allí al azar y cuyos cubos se hubieran detenido solos, en cualquier parte, después de haber rodado por las pendientes. Al cabo de diez minutos, encontraron el sol.

—Está chiflado, ese tipo —dijo el piloto. (Acababan de divisar, fácilmente identificadle porque el blanco del *pullover* era más oscuro que el de la nieve, la silueta del fugitivo que proseguía su ascensión obstinada y estúpida)—. Tregar el Sentinelle a principios de marzo, es la primera vez que lo veo. Y además solo. Y sin cuerda. ¿Qué busca? ¿Un record?

—No te preocupes —dijo Bonetti. Con los ojos fruncidos, pasaba revista a cada metro del terreno más arriba de la pendiente. El sol rasante daba de lleno sobre el pico, y Bonetti experimentó una sensación de satisfacción; todavía no debe de tener mucho frío, pensó.

—¿Ves esa pequeña saliente, unos veinte metros delante de él? Esa pequeña plataforma. Tienes que pasar a tres o cuatro metros de altura, como máximo.

—Va a ser el gran salto mortal —dijo el muchacho riéndose—. Basta la menor ráfaga para azotarnos contra el paredón. ¿Usted sabe lo que pasa cuando un «hélico» es tirado contra un paredón así?

—Sí —dijo Bonetti—, ni siquiera se encuentran los restos.

—Se los encuentra —corrigió el piloto—. La primavera siguiente.

—Haz lo que digo, chico. Quiero soltar esto sobre la saliente.

Mostraba uno de los dos talkies, negro, con la antena replegada. Buscó algo en el baulito que estaba detrás de su asiento y terminó por encontrar un

trapo grasiento. Envolvió cuidadosamente el aparato e hizo deslizar la puerta corrediza del *Alouette III*.

—Espero que la nieve amortigüe el golpe. Espero que llegado allí, tome el aparato, saque la antena y se ponga a escuchar.

—Usted espera muchas cosas —dijo el piloto.

—Sobre todo espero saber encontrar las palabras.

—Yo —dijo el piloto—, espero solamente que una ráfaga no nos tire contra el paredón. ¡Adelante!

El helicóptero se inclinó bruscamente, iniciando un gracioso descenso sobre la izquierda, dirigiéndose hacia la pared sombría que se acercaba a toda velocidad. Vieron a la silueta enderezarse y mirarlos. El piloto no sonreía más. Con los dientes apretados, los ojos entrecerrados, estaba concentrado en la maniobra y su mano actuaba sobre las palancas de comando con la suavidad y la precisión de una mano de cirujano ligando una arteria. De pronto, percibió un pozo de aire; un ínfimo golpecito le permitió restablecer el equilibrio. Pasó perpendicularmente sobre la plataforma, a cerca de tres metros, y cuando Bonetti hubo soltado su paquete, empujó con todo su cuerpo sobre la palanca haciendo elevar al gran pájaro de palas vibratorias hacia el cielo, lo más rápido posible.

;—Sin red —dijo aflojándose—. ¿Cuál es el próximo número del programa? ¿Hacemos un tirabuzón o nos vamos hacia el sol?

—Te quedas allí —contestó Bonetti.

No quitaba la vista de la silueta. La vio llegar a la plataforma y detenerse. El hombre miraba el paquetito medio hundido en la nieve. Parecía vacilar. Finalmente, se agachó y lo alzó. Comenzó a abrir el trapo. Entonces Bonetti se puso a hablar.

—¡Saque la antena! —dijo en su propio aparato—. ¡Saque la antena! —Luego, dirigiéndose al piloto—: ¡Dios mío! Con tal de que por lo menos oiga eso.

—A esta distancia —dijo el piloto—, no tiene tanta necesidad de antena para recibir.

Pero que hubiera oído o no, el otro, abajo, se puso a desplegar la antena. Luego pegó el aparato a su oído.

—¿Me oye? —dijo Bonetti—. Diga solamente sí. —Luego—: Bueno, si no quiere decir nada, haga una seña. —El otro no hizo ninguna seña—. Bueno. Yo *supongo* que me oye. Lo deseo fervientemente. Escuche, no sea tonto, baje inmediatamente. Si cree que no puede bajar, dígalos y le mandaremos un equipo de socorro antes de la noche. Escuche bien lo que voy a decirle ahora: esto no vale la pena. Domine sus nervios. Domine su pánico. Usted está en crisis. Ni siquiera sabe lo que habíamos venido a decirle. Soy Bonetti, el comisario Bonetti es el que le habla. Yo... he visto a menudo tipos en situaciones como la suya. Ha habido algunos que yo ayudé para que no se fueran al diablo. Y muchos años después, cuando todo se había terminado para ellos (arreglado, terminado), me agradecían. Usted no habrá... Dígame algo, por el amor de Dios, dígame que me oye... Todo va a ser menos difícil de lo que usted cree, eso es lo que quería decirle. Para ser preciso, usted no arriesga su cabeza. Ni siquiera arriesga veinte años de cárcel. ¡Por Dios!, no voy a hacerle el cartel habitual, usted es demasiado inteligente para eso: que con un buen abogado uno se las arregla mejor de lo que se podía imaginar, que... No es eso lo que quiero decir —la voz de Bonetti se hacía cada vez más aguda. Súbitamente, se puso a gritar—: Y después, ¡a la mierda! ¡Salte si quiere, no me voy a joder por nada!

—No hable tan fuerte —dijo el piloto—, usted aturde.

Entonces, súbitamente, un chirrido se oyó en el aparato. Bonetti cesó de accionar el botón rojo con el pulgar. Y hasta percibió, porque estaban a poca distancia, y no había ningún obstáculo entre ellos, percibió la respiración de su interlocutor. Esperó un instante, pero nada llegó. Apretó de nuevo el botón rojo y dijo, más suavemente.

—¿Qué podemos hacer por usted? Dígamelo. Lo haremos. Le doy mi palabra.

Soltó el botón y esperó. Y por fin empezaron a llegarle unas palabras. Palabras que no comprendió de inmediato. Quizá porque todavía la voz estaba enronquecida, quebrada por el esfuerzo llevado a cabo por el hombre. Quizá también porque lo que oía era tan incongruente que se le hacía difícil entender.

—Repita...

—Cigarrillos —repitió la voz—. Trate de largarme un atado y un encendedor.

Luego vio que el hombre soltaba el aparato. Siguió con los ojos la caída larga, interminable, del pequeño cubo negro hasta el fondo del abismo, unos setecientos metros más abajo.

—¿Usted tiene cigarrillos? —preguntó al piloto.

—Un atado de negros —lo sacó de su bolsillo—. ¿Quiere decir que empezamos de nuevo el salto mortal?

—Vamos a tratar de pasar un poco más cerca —contestó Bonetti—. No tienen que caer en el vacío. —Sacó de su propio bolsillo un atado de Stuyvesant. Sacó también un pequeño encendedor que metió en el atado, contra los cigarrillos, y su pañuelo con el que envolvió los dos atados, consiguiendo con dificultad hacer nudos sólidos, porque sus dedos estaban entumecidos.

—Es la primera vez que arriesgo mi vida para largar puchos a 3500 metros —comentó el piloto—. Ni en el cine se atreverían a inventar algo así.

Bonetti, esta vez, se había asomado por la abertura de la puerta corrediza. Sintió la mordedura del frío, tan cruel como el impacto de una ráfaga de ametralladora, pero aguantó. Se inclinó un poco más aún, sosteniéndose con la mano izquierda del travesaño de la puerta, justo en el momento en que el *Alouette* pasaba arriba de la silueta blanca. El paquete cayó a unos dos metros de ella, haciendo un pequeño hoyo en la nieve. El hombre se arrojó vivamente sobre él. Le daba mucho trabajo desatar los nudos y utilizó sus dientes para desgarrar el pañuelo. Luego tomó uno de los cigarrillos de un atado, lo llevó a sus labios y lo encendió. Y se sentó en la nieve, de cara al vacío.

—¿Y ahora? —dijo el piloto—. ¿Vamos a buscarle los diarios de la tarde?

—Volvamos —dijo Bonetti—. Él también va a volver.

—¿Qué sabe usted?

—Llame al P. C. [Central de Policía]. Dígale al teniente Fougères que envíe el equipo de socorro a su encuentro.

Acababa de ver, débilmente iluminada por un último rayo de sol, a la silueta blanca que se levantaba y se ponía de nuevo en marcha, pero en sentido contrario, hacia el valle.

—Lo extraño, con la droga, es que ofrece siempre soluciones complicadas para problemas simples. Pero es ella la que tiene razón —dijo—: al fin de cuentas, los problemas nunca son simples. Yo podía tirar el cuerpo al agua, volver a subir por el acantilado, saltar al auto y alejarme tan rápido como fuera posible. «Pero (me sopló al oído el alegre diablito que se movía dentro de mí), van a encontrar el cuerpo y un día u otro van a descubrir la relación». Y agregó, un segundo después (evidencia de polvo y terciopelo de la heroína): «Ella nunca vino aquí. Estaba todavía en Haute-Provence y allí murió». «Perfecto le contesté yo. Pero ¿cómo diablos explicas que una chica muera de droga en el mismo medio de los Alpilles?». «Eres un verdadero tonto, me respondió. No murió de droga. Fue atacada por un pastor sádico, violada, robada y muerta. Las gentes son verdaderos salvajes en esos lugares». «Pero, dije yo (porque a toda costa me quería comer su peón con la dama), ¿y la autopsia? ¿Qué haces con 1 a autopsia?». «La autopsia va a seguir una pista falsa, contestó él, y de allí no va a salir más. Cuando una chica es violada y estrangulada, cuando tiene dos vértebras rotas y alguna otra pavadita en el cuero cabelludo, la autopsia no va a buscar huellas de veneno en las venas. Piensa un poco —me decía el pícaro duendecillo. Usa tu cabeza, por una vez».

»Yo no sé si fue él, mi diablito cristalino o yo quien arrancó el slip del cadáver, solo sé que la continuación fue mucho más penosa y, para llevarla a cabo, tuve que vaciar todo el paquete de un golpe. Después de eso, ¡Señor! todo fue fácil. *Ridículo*. Retiré el cordón de una de las bolsas de dormir, se lo pasé alrededor del cuello, delicadamente, con el mismo gesto del novio que le regala un collar de perlas a su amada. Y tiré, ¡crac! “Un poco más fuerte, me soplabla el diablito. Es necesario que las huellas sean bien visibles”. Y después de eso, tomé una piedra —esta parte del programa era la más desagradable— la golpeé dos veces en la cabeza. “¿Y ahora?, le dije. Ahora vas a tener un buen trabajo. Tienes que subirla cargada a tu espalda, pero yo te voy a ayudar. Trata solamente de no dejar ningún rastro”.

»Mi diablo no me abandonó, en efecto, en esa dolorosa ascensión. Él llevaba la mitad del cuerpo y yo la otra. A los tropezones llegamos al lugar donde habíamos dejado el coche. “El robo, me sopló entonces. No te olvides del robo”. Hurgué en la mochila, tomé la máquina de fotografías y el monedero y también le retiré el reloj de la muñeca. “No, no los tires abajo, los van a encontrar”. Cavé el suelo con mis uñas. “Un poco más, un poco más profundo”. Puse todo en el pozo, recubrí y apisoné con los pies. Y de pronto, dije: “¡Mierda! Me olvidé del pasaporte”. Pero mi amigo de los cuernos rojos me palmeó el hombro. “No seas tonto. ¿Acaso un ladrón va a llevarse un pasaporte?”. “Perfecto, dije, estaremos de acuerdo. Y ahora, ¿dónde la ponemos?”. “En mi casa —se burló mi cómplice—, en el Val d’Enfer”.

»Yo había ido al Val d’Enfer cuatro años antes, había advertido las grandes rocas, apartadas de todo sendero y me había dicho: si algún día tienes que esconder un cadáver, es el lugar ideal. Premeditación, señor comisario, premeditación del subconsciente, los criminalistas no se han preocupado por este aspecto de la cuestión. En resumen, corríamos en la noche, muy rápido, los tres, mi cadáver adorado, mi diablo y yo. Y de golpe, apareció esa bicicleta que desembocaba por la derecha.

»—Y bueno —dijo mi diablo—, espero que el tipo haya reventado.

—Ya son muchos cadáveres —observé yo—, una verdadera hecatombe.

»Al darme vuelta, me sentí aliviado al ver que se levantaba. Tuve el reflejo de apagar los faros, enseguida después del choque. (No, no fui yo, fue mi compañero el que alargó la mano de tintineantes huesecillos hacia la perilla). “Así será imposible tomarte el número, chico”. Y sus ojos de azufre le permitieron conducir un instante en la oscuridad hasta que pude relevarlo. “¿Y si vio el auto?” dije. Se reía burlonamente. “Ese no ha visto nada más que el suelo adonde lo mandaba la mano del diablo”. “Entonces, no me equivoqué —le dije—, ¿realmente eres el diablo?”. “Dobla a la izquierda y no hagas preguntas idiotas”. Luego, un poco más tarde: “Debes detenerte allí. Todavía falta que transportes el cuerpo al fondo del barranco pero allí no puedo ayudarte más. Tengo que hacer en otra parte”. “Quédate —supliqué—, quédate un poco más”. “No te imaginas el número de

crímenes que se cometen esta noche. Y verdaderos crímenes, no accidentes idiotas como el tuyo. Vamos, no seas egoísta”.

»Ya había saltado por la portezuela y tuve que apelar a otras reservas. Una frase que me repetía mi padre: “Cuando empieces una cosa, llega hasta el final. Es el secreto del éxito”. Coloqué el cuerpo de mi deliciosa descarada contra un árbol. (¡Me había hecho eso a mí, morir en pleno éxtasis!). Hasta creo que le hablé:

»—Y no vengas a perseguirme en sueños.

»Levanté un poco su falda (si mi amigo hubiera estado, me hubiera aconsejado que hiciera eso) y coloqué la mochila contra un árbol mientras me preguntaba: ¿para qué hacer todo esto? En semejante lugar, nadie la encontrará antes de setenta años. Pero mi padre era un perfeccionista. “Por amor al arte”, me sopló. Hasta pensé en las huellas de los neumáticos, al volver al auto. “Diablo le dije al que se había ido, no me abandones del todo. Mándame un poco de lluvia para borrar las huellas”. Yo sabía que era algo difícil, hasta para un diablo, porque no llueve a menudo en el mes de agosto, por esas regiones. Y cuando cayó la primera gota (yo estaba esperando allí, ¿por qué?, la tormenta que había pedido), dije:

»—Gracias.

—¿Y esa misma noche, usted cantó? —preguntó Bretonnet.

Solnès no respondió. Dejó caer su cabeza entre los brazos, sobre la mesa, y se puso a sollozar.

A la mañana siguiente, el Citroën corría por la ruta de Ginebra, menos rápido que a la ida, porque manejaba Bretonnet, y porque había, en partes, placas de escarcha a medio fundir. Solnès estaba sentado atrás, al lado de Bonetti. Sus manos no eran precisamente manecitas, y esas largas manos blancas y huesudas dibujaban curvas y ángulos en el aire mientras hablaba, como si cada palabra hubiese sido un nuevo retoque hecho por un escultor para la mejor terminación de su obra. Estaba más bien aliviado y solo retomó una actitud agresiva (manifestándose la agresividad en él por una ironía serena e incisiva) cuando alguno de sus interlocutores trataba de acorralarlo. Pasaban también largos ratos durante los cuales miraba sin hablar el paisaje a través del vidrio, un paisaje desolado donde la humedad

y la lluvia habían reemplazado al encantamiento de la nieve. Y esta vez, era Bonetti quién reiniciaba la conversación.

—¿Cuándo fijaron ustedes esa cita?

—Al salir del restaurant de Hauts-de-Cagnes. Yo tenía forzosamente que partir al día siguiente. Tenía tres presentaciones en la Costa, y ni un solo día libre hasta el 13. Y estábamos un poco tristes. No era que nos amáramos. Ni siquiera estábamos enamorados. Pero juntos estábamos bien. Teníamos algo en común.

—Ya sé —dijo Bonetti—: la droga.

—No, señor comisario, no es tan simple. Esa es una explicación de cana o de periodista, y no quiere decir nada. Yo creo que es nuestra infancia lo que teníamos en común.

—Muy literario —dijo Bretonnet sin darse vuelta.

—O a lo mejor simplemente el miedo. Una cierta especie de miedo. El que se despierta cada mañana con uno, y hasta cinco minutos antes que uno, y espera al lado de la cama, ya listo, totalmente vestido. El que lo acompaña a uno hasta la noche y se acuesta entre nuestras sábanas. Mi viejo amigo el miedo. Era también amigo suyo. Teníamos conocidos comunes.

—Ajá... —dijo Bonetti—. ¿Y por qué habían elegido la caleta de Sormiou?

—Porque está cerca de Marsella, señor comisario. Después de su paseo por Haute-Provence (mientras yo trabajaba), se suponía que ella iba a volver a Marsella en tren. Tenía una cita con un tipo de París. Y también porque Sormiou es un lugar de sublime belleza. No hay camino para bajar hasta allí y jamás hay nadie.

—Sí —dijo Bonetti—. Una colonia de nudistas.

—Exacto. Se distribuyen a lo largo de la Costa, sobre las rocosidades planas. Acampan en los huecos de las rocas y no se tratan unos a otros. Casi ni se ven. Lo que quiero decir es que, si se desea, uno puede estar totalmente aislado.

—Y ustedes querían estar «aislados».

—La idea era que sería maravilloso pasar dos días juntos, en plena naturaleza, burlándose de todo y de todos, y sintiéndose *bien*. Realmente bien.

—Ves que siempre volvemos a lo mismo. ¿Ya habías tomado heroína antes?

—Algo...

—Pero ¿sabías dónde encontrar?

—En Marsella, no es muy difícil. Pasé a buscar en auto, antes de irme a la caleta. Tenía una dirección, lo admito. Compré cinco gramos.

—¿Y la jeringa ya la tenías?

—Sin jeringa, señor comisario. No queríamos atontarnos, queríamos simplemente sentirnos felices. Felices y calmos; es lo que le expliqué a ella cuando se reunió conmigo.

—Un momento —dijo Bretonnet—. Cuando ella se reunió con usted. ¿Cuándo, exactamente?

—La tarde del 13. Ya era de noche. Ella no había ido a su cita en Marsella y había venido directamente de la estación Saint-Charles a la caleta. Yo había traído simplemente dos bolsas de dormir.

—Y los cinco gramos.

—Sí. Según mi parecer, podíamos conformarnos con aspirar.

—Y, siempre según tu parecer, fue porque ella forzó la dosis que...

Solnès pareció por un momento totalmente desamparado. Colocó la punta de sus dedos contra los ojos y cuando los retiró, sus ojos estaban húmedos.

—Escuche —dijo—, ¿cómo voy a hacerle entender eso? Ella nunca había tomado, según lo que me dijo, y me dijo la verdad, me animo a jurarlo. Y fue como si de pronto hubiera descubierto una razón de vivir. Ella misma me dijo algo por el estilo... «Como si hubiese vivido cada segundo de mi existencia solo para llegar a este instante». Era... como una mujer que de repente encuentra al hombre que le da lo que ella siempre ha esperado sin darse cuenta. No, era algo mucho peor que eso. Había algo de demoníaco. Tomaba demasiado, eso era todo. Iba demasiado rápido y se lo dije.

Hubo un largo momento de silencio. Bretonnet cruzó la frontera suiza mostrando su carnet, casi sin detenerse, y luego, algunos minutos más tarde, la frontera francesa.

—¿Y después? —preguntó suavemente Bonetti.

—Nos despertamos cerca de las diez; hacía un tiempo soberbio. Durante el día, nos bañamos, nos acostamos al sol, no tocamos el paquete. A la noche, comimos un poco, yo había traído conservas, pan, y ella tenía frutas en su mochila. Enseguida, nos volvimos a vestir, porque hacía frío y ella volvió a escarbar en el paquete. Daba la impresión de haberse contenido durante todo el día. Dios mío, pienso que tendría que habérselo impedido, ¡pero estaba tan conmovedora! —Solnès tosió, disimulando su emoción con una sonrisa forzada, y luego prosiguió dirigiéndose más especialmente a Bretonnet, del que no veía más que la nuca—. Usted sabe, señor comisario, las drogadas tienen algo de mágico en ellas. Sobre todo cuando son novicias. Quiero decir... su primer encuentro con el amante perfecto. Quiero decir...

—En resumen —dijo Bonetti—. ¿Cuándo te diste cuenta de que estaba muerta?

—En mitad de la noche... No sé... Todavía no era de día. De golpe, se produjo todo este horror, pero... No sé si usted puede imaginárselo.

—No —dijo Bonetti—, y ni siquiera quiero tratar de hacerlo. Pero explícalo de todos modos.

—No sea brusco —dijo Solnès.

Había una gran dignidad en él cuando pronunció esas palabras, una emocionante gravedad y Bonetti pensó que «era la primera vez, desde que lo conocía, que parecía un hombre».

—Discúlpame —dijo con suavidad.

—Había varias soluciones —prosiguió Solnès—. La primera, la única, correr a buscar socorro. ¿Qué digo, socorro? Estaba realmente muerta. Lo comprobé examinándole la pupila. La *buena* solución era avisar a la policía. Pero no olvidemos que yo estaba bajo la influencia de la droga. Y las ideas no se presentaban a mi cerebro como a un cerebro común...

—Ya sé —intervino Bretonnet—. Ayer a la noche ya nos habló largamente de su «diablito»...

—No es eso lo que quiero decir. —Solnès buscó las palabras, tirando de sus falanges y haciéndolas crujir. Una vez más, sonrió—. El *show business*, señor comisario, estaba el *show business*. El éxito, el gran boom, todo eso llega muy rápido y al mismo tiempo es muy frágil. Una historia de esa

clase, aun si la tesis del accidente fuera aceptada, era un golpe como para destruirlo todo. Y yo no quería ser destruido. No veía en absoluto por qué debía dejarme destruir por esa idiota (la odiaba en ese momento). Por supuesto —agregó bajando la cabeza—, no me di cuenta de que, de todas maneras, estaba destruido.

Se calló de golpe, prosiguiendo sus pensamientos para sí mismo. Nadie dijo nada más hasta París, adonde llegaron a las siete de la tarde. Donde ya era oscuro. Donde llovía. Donde el automóvil se detuvo frente al número 36 del Quai des Orfèvres. Varios fotógrafos esperaban bajo la puerta cochera, con sus cámaras listas para funcionar. Se precipitaron alegremente afuera cuando Solnès bajó del coche.

La vista del proceso criminal tuvo lugar once meses más tarde. El abogado Wollfrom encontró allí la ocasión de hacer uno de sus mejores alegatos, y no sirvió de nada. Ya había brillado mucho, en el curso de los debates, oponiéndose a que se pronunciara la palabra «asesinato», estableciendo claramente en el espíritu de los jurados la versión del accidente, y tampoco sirvió de nada. Las nociones penales de *homicidio por imprudencia, de golpes y heridas que provocaron la muerte sin intención de hacerlo* daban vueltas por la cabeza del jurado, y por una buena razón: de todo el asunto solo tenían en cuenta el horrible camuflaje posterior al deceso de Candice Strasberg. Ese rasgo —el gesto de un hombre que mata por segunda vez lo que ya estaba muerto— determinó su veredicto. La emoción y hasta el horror prevalecieron sobre la razón. Mientras deliberaban, se pudo ver al letrado Wollfrom ir de uno a otro, en la sala del tribunal, dirigiéndose a cada periodista conocido y hasta a los que no conocía: «Me van a dar no más mis veinte años, no me voy a zafar...» —se quejaba, esperando encontrar a alguno que le dijera lo contrario y lo tranquilizara. Y se los dieron. En la prisión central de Ensisheim, donde Christian Solnès está actualmente encarcelado, algunas noches hace alguna «presentación» delante de sus desgraciados y solitarios compañeros en traje de burda lana. Sus discos han sido retirados de la venta.

Después de haber purgado ocho meses por el robo en la villa de Gordes y el hurto de dos bicicletas, Matteo Gallone volvió a Sète donde su hermano, entretanto, había construido el pequeño cobertizo al costado del garaje, destinado a servirle de vivienda. Genevieve debió resignarse a vivir con los dos hombres; después de todo, se había casado con un italiano.

En el curso del verano siguiente al arresto del culpable, el comisario Bonetti fue nombrado jefe de Seguridad de Niza. A los cuarenta y un años, era una promoción espectacular. Fue allí, en el vasto despacho que daba sobre la plaza Guynemer y el puerto, donde una mañana —febrero de 1968—, se enteró del arresto de los asesinos de Marcello Angiotti, dos jóvenes hampones marseleses pertenecientes a la banda de los hermanos Lardini y que habían actuado mandados, con motivo de una historia de robo de alhajas y reparto desigual. El homicidio de Marcello no había tenido, pues, ninguna relación con el de Candice Strasberg. Bonetti, desde el segundo mes de la pesquisa, había llegado a esa conclusión. Fue el único, en todo este asunto, que rara vez se equivocó, o por lo menos muy poco.

El fiscal Delarue murió aun antes de que el proceso llegara al Tribunal. El juez Souffries quedaba solo para afrontar una falta profesional que no había cometido. Pero que en la Cancillería no podía dejar de reprochársele, ya que la autopsia, desde la partida, había encaminado la pesquisa por una vía falsa. El juez Souffries no era responsable de las carencias de la pericia médico-legal —el doctor Levine tampoco, si se piensa bien—, pero parece que se aprovechó ese pretexto para castigarlo por haber intentado comprometer indirectamente a un alto personaje del régimen. O quizá no. Esa es una cuestión que tendría todo el tiempo necesario para debatir durante los años que le quedaban por pasar en su pequeño despacho de Tarascón.

La gendarmería fue felicitada oficialmente por una nota de servicio del ministro de Ejército, publicada en todas las brigadas, por haber participado en el arresto del culpable. Había un hecho indiscutido: sin el trabajo paciente, obstinado, metódico de centenares de gendarmes, el caso jamás habría sido aclarado. Esta cuota de aprecio produjo su efecto material cuando el jefe de brigada Campanez fue nombrado agregado a la Dirección de Gendarmería en París, respondiendo a sus más caros deseos.

Entretanto, Laurent Kirschner se había dedicado a hacer olvidar sus errores (lo que en privado llamaba sus «chiquilindas»). Primero, frente a su mujer, lo que fue relativamente fácil, luego frente a los ambientes de negocios, y principalmente a la Defensa Nacional, lo que ya era otro cantar. Su usina, sin encargos por un tiempo, retomó un nuevo impulso cuando logró, en mayo de 1967, un importante contrato de equipamiento para la República Federal Alemana.

Bernard Vauquier, por su parte, de resultas del caso —y para asombro de todos sus amigos, comenzando por su exmujer—, dio una dirección imprevista a su vida. Se inscribió en el partido del que su padre era uno de los líderes más influyentes, e inició allí una campaña de lucha contra la droga, «y más especialmente contra los estragos causados por ese flagelo entre la juventud estudiante y obrera». A continuación el presidente Vauquier, después de haber admitido que es necesario esperar hasta que la juventud se vaya de una buena vez, aunque en ciertos casos esto ocurra después de los treinta, empezó a hablar de su hijo, en los banquetes, refiriéndose a él como un posible futuro diputado.

Un día de abril de 1966, mientras llovía en la Costa Azul (el mar, más allá de la punta del cabo donde se levantaba el hotel era de un gris plomizo, las crestas de las olas, levantadas por el viento parecían luchar sin esperanzas contra las rachas de lluvia que las dibujaban con finas rayitas, y todo el paisaje, habitualmente tan encantador, era de punzante tristeza), Lilian Dort y Carlyne se despidieron.

—Pero tú comprendes —decía ella con una débil voz de pájaro herido, en el vasto comedor donde estaban solos, con excepción de un viejo maître d'hôtel— siempre supe que este día iba a llegar, pero simplemente no quería pensar en eso. Lili, ¿no habrá algún medio de...?

—He tirado de la cuerda lo más posible —contestó él oprimiéndole la mano—. ¡Oh Dios, cómo he sido de feliz contigo, Carlyne!

—Deja a Dios tranquilo —dijo ella enderezándose—. Hay una pregunta que siempre quería hacerte, Lil. Cuando me trajiste acá, a la Costa, ¿habías pensado que las cosas saldrían así?

—¿Por qué crees que he urdido todo este cuento?

—Eres un pillo de porquería —dijo ella sonriendo; la sonrisa descubría dos caninos, brillantes de saliva—. Y ahora que estoy metida, ¿qué va a ser de mí sola?

—Tal vez podría volver este verano —contestó él—. O en el otoño.

—¿Lo crees de verdad?

—No, querida.

—Entonces, supongo que voy a tener que apretar los frenos —dijo ella mordiéndose el labio inferior—. Vete ahora, tu avión despegue dentro de una hora. ¿No te enojas si no te acompaño?

Y cuando él se levantaba sin responder, con su nuez de Adán subiendo y bajando sin cesar, ella agregó, para aflojar la tensión:

—No te olvides de pagar la cuenta.

—Ya lo hice —respondió Lilian Dort, esforzándose él también por sonreír. Pero tenía los ojos húmedos.

El autor que, durante largos meses, se había dedicado a reconstituir cada paso de la pesquisa, a dar nueva vida a ese pulpo indolente y aparentemente irresponsable que se había agarrado, con cada uno de sus tentáculos, sucesivamente o al mismo tiempo, del menor asidero que se le ofrecía, tuvo la idea, al concluir su trabajo, de comunicar los resultados a un estudio de contadores, Leroy e Hijo, de la calle Jourdan n.º 18, a fin de hacer una estimación financiera de toda la operación.

Era un trabajo difícil, casi imposible. Había que contabilizar los salarios de todos los funcionarios de la policía, de la gendarmería, de la magistratura. Los de los periodistas y también el costo de las horas de transmisión radiofónica, el del proceso, de la detención, sin hablar de las múltiples repercusiones financieras del caso en los dominios más variados, y hasta la rueda de la Bolsa, con motivo del deterioro pasajero de las relaciones franco-norteamericanas. Estimando su margen de error en un siete por ciento, Leroy e Hijo llegaron a la cifra de ocho millones de francos nuevos. Era el costo de diez kilómetros de autopista, de ochenta y siete camas de hospital, de setecientos diecinueve casas de obreros. Esos resultados fueron comunicados a la SOFRIDES, quien emprendió un sondeo

de opinión por cuenta de un importante diario de la tarde. La pregunta planteada era esta: «¿Estima usted que esta suma hubiese estado mejor empleada de otra manera, y en qué precisamente?» 4,5 % de las personas interrogadas no tenían opinión. 14,5 % opinaban que se podía haber usado mejor (4,5 en ayuda de los ancianos y de los niños disminuidos; 1,3 en la supresión de los tugurios para trabajadores extranjeros; 0,4 en la promoción de la mujer en la sociedad nueva; 1,8 para la automatización de los teléfonos; 6,5 % varios).

Pero 81 % estuvieron de acuerdo en que un país civilizado no podía hacer mejor uso de su dinero. Lo que prueba que, más allá de las reivindicaciones generales y de los pareceres personales, el sentimiento que domina en el corazón de los franceses es el amor por la Verdad.

«Aunque nuestros informes sean falsos, no los garantizamos».

Erik Satie.

La verdad y la prudencia obligan a reconocer que todo es ficticio, en esta historia, y que cualquier semejanza con acontecimientos reales, personajes existentes o que hayan existido —ya se trate de nombres propios, funciones, rasgos físicos o de carácter—, sería pura y desafortunada coincidencia.

FIN



PAUL ANDREOTA (11 de diciembre de 1917 - 14 de noviembre de 2007, La Rochelle - Francia) comenzó su carrera literaria publicando tres novelas, *Hors-Jeu*, *Evangeline*, *Attentat à la Pudeur*. Pero el joven autor de los años 50 no llegó a desprenderse de los temas más o menos autobiográficos, es porque él decidió dejar de escribir libros y consagrarse enteramente al cine. Desde *La rage au corps* al último en fecha, *Vivre la nuit*, escribió una cuarentena de películas, de las cuales algunas figuran como grandes sucesos del cine francés. Después de lo cual, juzgó que estaba maduro para dedicarse de nuevo a la novela.

«No veo por qué, decía, la novela que se dice policial sería un género menor, y por qué no se escribiría con tanto arte de cuidado en la expresión y la composición, de espesor en la psicología de personajes como la novela literaria. La distinción me parece arbitraria. Lo único que me interesa, es que el lector no pueda dejar mi libro, desde la primera página leída y esto

no solo a causa del interés de la intriga sino también por el atractivo de lo escrito. Las dos están íntimamente ligadas».

OceanofPDF.com

Notas

[1] Fuerzas de Seguridad. <<

[2] S. R. P. J. Servicio de Informes de la Policía Judicial. <<

[3] G. I.: soldados norteamericanos. Infantes. <<

[4] No hemos podido establecer ninguna prueba formal de que semejantes consignas hayan sido dadas. Parece sin embargo que un alto funcionario perteneciente a la subsecretaría de Informaciones de Estado haya hecho presión, a título personal, sobre algunos directores de diarios, en conversaciones privadas, sin dejar ningún rastro. <<

OceanofPDF.com